
FRANCISCO ÁNGELES
Austin, Texas 1979
LITERATURA RANDOM HOUSE

Francisco Ángeles

Austin, Texas 1979

Literatura Random House

SÍGUENOS EN

megustaleer



Me Gusta Leer Perú



@megustaleerpe



@megustaleerpe

Penguin Random House Grupo Editorial

Para Jennifer, sin que sea necesaria una palabra adicional

Ice age coming Ice age coming
Let me hear both sides Let me hear both sides
Let me hear
… We're not scaremongering This is really happening
Happening We're not scaremongering This is really happening
Happening
… Here I'm alive Everything all of the time
Here I'm alive Everything all of the time

«Idioteque», Radiohead

PRIMERA PARTE

INVIERNO EN LIMA
(2007)

1

En el invierno de 2007, unos meses después de separarme de Emilia, empecé a ir al psiquiatra. No sería preciso decir que la separación fue el origen de mis problemas, pero fue definitivamente un agravante: me costaba acostumbrarme a la ausencia de la mujer que compartiera conmigo el fracaso que, a partir de cierto momento, dominaba mi vida. Nos casamos a los veintiuno y nos separamos a los veintisiete, seis años como un agujero en el que me fui precipitando tan hondo que al volver a la superficie no estaba preparado para enfrentar la nueva realidad que se me presentaba. Pensé que un psiquiatra era el único que podría ayudarme.

Después de varios días investigando encontré a quien buscaba: un hombre de unos cincuenta y cinco años, pelo gris, bufanda al cuello, mirada traviesa, sonrisa paternal. Cuando lo vi por primera vez, en la puerta de su consultorio, intuí que me ponía en sus manos con la esperanza, seguramente injustificada, de que me iba a salvar. Él me trató desde el inicio como si yo fuera un paciente especial, y por un momento creí que lo era. Considerando sus altísimos honorarios, imaginaba a sus otros pacientes como gente mayor, viejos que no aceptaban que su dinero no era suficiente para conseguir lo que creían necesitar. El doctor tenía que darse cuenta de que yo era distinto. Para empezar, me imaginaba más joven que el promedio de sus pacientes, ya que uno supone, al menos hasta cierta edad, que cuando se trata de enfermedades uno siempre es más joven que las otras personas que las sufren, quizá porque necesitamos convencernos de que nuestro problema tiene algo de excepcional, cuando en realidad es simple mala suerte o mera decadencia. Pensaba entonces que el psiquiatra debía darse cuenta de que yo era un paciente especial, quizá hasta podía identificarse conmigo, un tipo más joven que parece inteligente, un tipo más o menos ensimismado que tiene sin embargo cierta onda,

cierta rara energía, pero cuya inteligencia resulta inútil e incluso indeseable, un tipo roto o partido que no sabe qué hacer consigo mismo. El psiquiatra me escuchaba hablar, sonrisa congelada, pies descalzos sobre la alfombra. Me escuchaba y por ratos intervenía demostrando incluso un afecto que me sorprendió, pero que después pensé que tenía que ser falso, pura formalidad sin contenido, un afecto que quizá alguna vez fue genuino pero que los años habían reducido al gesto desprendido de su origen. Pero en esas primeras semanas que empecé a visitarlo y dejarle un buen porcentaje de mi modesto salario, en esas primeras semanas simplemente me dejé llevar, hablaba sin detenerme, las palabras siempre listas, acumuladas en la garganta, salían como piedras, puro nervio, pura emoción, cincuenta minutos sin parar, y así hasta la siguiente reunión.

Pasaron seis semanas sin contratiempos, martes y jueves, once de la mañana, piso quince de un edificio en Miraflores. Todo en orden: nunca me había cruzado con otros pacientes, nadie me había visto entrar ni salir. Pero esa rutina se quebró la mañana del martes 21 de agosto, cuando en vez de llevarme directamente a la habitación que utilizaba como consultorio, el psiquiatra me condujo a una pequeña salita y me dijo en voz baja que lo espere unos minutos. Me acomodé en el sofá y al instante oí gritos detrás de la puerta, la voz de una mujer que parecía haber perdido el control. La imaginé detrás de la puerta, en el mismo sillón que yo debía ocupar minutos después, una mujer de cuarenta años moviendo las manos, los dedos crispados en el aire, la desesperación en la cara. Frente a ella, el psiquiatra en la misma posición de siempre, intentando disimular su incomodidad, consciente de que yo estaba en la sala del costado y podía escucharlos. Y entonces al hablarle a la mujer, él ya no sabría si intentaba tranquilizarla porque en eso consistía su trabajo, o para evitar que yo fuera a enterarme de que el descontrol no era ajeno a su práctica curativa. Y sin embargo yo, replegado en el sillón de la salita, me esforzaba por no entender. No quería escuchar, tenía suficiente conmigo mismo, no podría soportar hacerme cargo de las historias de nadie más. Me puse de pie, me acerqué a la ventana y me quedé mirando el movimiento incesante de la avenida Pardo, quince pisos

abajo. Me sorprendió darme cuenta de que podía distinguir a la gente a pesar de la altura, definir sus rasgos y sus características individuales. Los observaba a la distancia, mínimos, fugaces, piezas intercambiables de un engranaje mayor, mientras que en el consultorio retumbaba la voz femenina, voz histérica que ahora parecía haber perdido el control y gritaba desesperada palabras que yo no quería interpretar. Y entonces cayó un repentino silencio. Supuse que la cita de la mujer por fin se daba por concluida, y que cuando saliera debía evitarle la mirada para no incomodarla. Pero la persona que salió de la habitación no era una mujer, sino una chica bastante joven, seguramente menor que yo, lo que me dejó sorprendido. La chica, bien vestida, el pelo recogido en una cola que parecía improvisada, el rostro altivo, el gesto inconfundible de quien se ha acostumbrado a que todo marche a su ritmo, la clara expresión de control y dominio, no parecía en absoluto avergonzada. Como si supiera que yo esperaba ahí sentado, clavó sus ojos en los míos y me miró desafiante. Y yo bajé la mirada, como quien acepta una derrota que en el fondo me debió haber reconfortado.

(abril 2007)

(despertar)

Estoy en la cama, intentando trasladarme desde el sueño hacia la vigilia, pero cierto desajuste me deja en un espacio intermedio. Y por eso permanezco rígido, la espalda sobre el colchón, los brazos estirados a mi lado. Estoy despierto, estoy consciente, pero no puedo moverme. Quiero levantarme o al menos agitar las extremidades, pero el cuerpo no responde. Me ha ocurrido muchas veces, cada vez con más frecuencia desde que Emilia se fue de casa, y por eso ya no me desespero como antes. Ya aprendí a no perder el control. Sé que la inmovilidad se prolongará unos minutos y después todo volverá a ser como antes.

Y entonces el conejo, el conejo que Emilia y yo compramos al inicio de nuestra relación y que se quedó viviendo conmigo después de su partida, había subido a la cama y me lamía las plantas de los pies. Sentía el con tacto con su lengua como un aguijón, áspero, punzante. No podía hacer nada para sacarlo de allí. Volví a cerrar los ojos y esperé que se aburriera. Pero el animal continuaba pasando su lengua pequeña y rugosa, cada vez con más fuerza. Hice el esfuerzo más grande del que fui capaz, y por fin conseguí que mi cuerpo respondiera, que se reactivara como si lo hubieran sometido a una descarga eléctrica, y pude reclinarme sobre los codos y reconocer la silueta del animal en la oscuridad. Después de un instante fugaz en que se detuvo para mirarme, sus ojos brillantes en la espesa negrura de la madrugada, el conejo volvió a lamerme. Y yo, agotado por el esfuerzo que me tomó recuperar el movimiento, me dejé otra vez caer sobre el colchón. Pensé que tenía que llamar a Emilia y contarle que me había despertado y no podía moverme.

En noches como esa, cuando vivíamos juntos, le daba la espalda, me ovillaba como un feto y esperaba que ella me abrazara por detrás. Le decía que no entendía nada, que la vida me parecía demasiado confusa, demasiado compleja, que tenía miedo y solo podía soportarlo así, de

espaldas a ella, con los ojos cerrados y recogido sobre mi propio cuerpo. Le hablaba sin mirarla, sintiendo el calor de su cuerpo detrás del mío, sus brazos rodeándome, su voz al borde de mi oído. Pero los meses pasaron y ahora estoy, otra vez, despertando en mi cama solitaria, sin poder moverme. Pienso una vez más que tengo que llamarla, que no importa que sean las tres o las cuatro de la mañana, tengo que llamarla porque ya no está en la cama, aquí, conmigo. Y porque su ausencia es lo único que ha cambiado. Todo lo demás, todo lo que en realidad debió haber cambiado, seguía igual.

(cuerpo)

Despierto al lado de un cuerpo desconocido. Hay oscuridad en mi cabeza, la mujer está desnuda y duerme. Trato de recordar lo ocurrido. Recupero algunas imágenes inconexas, la desconocida y yo con una lata de cerveza en un parque que no me resulta familiar. Es de noche y nosotros nos reímos no sé por qué y bebemos intercalando sorbos sentados en una banca. Y de pronto ella empieza a decir cosas sin sentido, habla de un tipo que la persigue, un tipo que acaba de salir de la cárcel y que está cerca y la va a matar. Y entonces ella se levanta y empieza a caminar a toda marcha. Yo voy detrás sin entender. Una cuadra después le doy el alcance y la sujeto por los brazos con fuerza y la beso. Y ella llora mientras se deja besar y me dice que tenemos que escapar.

Y después nada tiene sentido. Las calles son extrañas, la ciudad no es la mía, la desconocida y yo escapamos no sé de qué paranoia o de qué oscura historia del pasado. Lo cierto es que huimos juntos, y después, no sé cuánto después, la chica duerme a mi lado como si nada pasara, y yo me pregunto quién es, dónde la conocí, qué hago ahí, en la cama, con ella. La tomo por los brazos para despertarla, la sacudo levemente. Y ella, los ojos aún cerrados, susurra con un acento extraño algo que no alcanzo a comprender, quizá un nombre que no es el mío. La muevo con violencia porque comprendo que ella es la única que me puede decir qué está pasando. Pero la chica no despierta. El que despierta soy yo.

Y entonces ahí, a los pies, el conejo sigue lamiendo.

(debajo de la cama)

—...

—Soy yo....

—¿Pablo? ¿Te *pasa algo?*

—Disculpa la hora. Me acabo de despertar y tenía que llamarte...

—Estoy durmiendo...

—Escúchame. Solo te lo puedo contar a ti. Nadie más me va a entender...

—...

—Me desperté y no podía moverme. Como antes, ¿te acuerdas? No podía moverme. Y el conejo estaba ahí...

—¿De qué hablas? ¿Sabes qué hora es?

—El conejo, nuestro conejo. Me desperté y no podía moverme. Y el conejo me lamía...

— No sé de qué hablas. Déjame dormir.

La línea telefónica me devuelve un silencio definitivo. El conejo sigue a los pies de la cama y me mira. Estiro las piernas y lo empujo violentamente con los pies. El animal cae al suelo, produce un sonido seco y desaparece debajo de la cama.

2

Esa mañana, al finalizar la sesión con el psiquiatra, salí del edificio, crucé la avenida y me metí a comprar cigarros al supermercado. Pedí una cajetilla de Lucky y después, mientras iba a paso lento hacia la puerta, la misma chica que había visto en el consultorio una hora antes, la misma que me había clavado esa mirada amenazante que me hizo bajar los ojos, la misma que más tarde dijo llamarse Adriana, se interpuso en mi camino tan sorpresivamente que estuve a punto de chocarme con ella. No te imaginas la cara que pusiste al verme, me dijo, más tarde, en su departamento. Me contó que me había espiado desde una banca de la alameda central de Pardo, me reconoció apenas salí del edificio y decidió ir a mi encuentro. Contaba lo mismo una y otra vez, divertida, como si nuestros movimientos justificaran un relato que sin duda no merecían. Y aunque actuaba de esa manera extraña, yo no estaba en absoluto sorprendido por su comportamiento. Creo que no fue sorpresa sino miedo, dijo ella, más tarde, en su departamento. Quizá no me reconociste del todo, pero conectaste mi presencia con una amenaza. Me miraste, siguió, el cuerpo tenso, los ojos muy abiertos, como si de pronto te hubieras dado cuenta de que ahí mismo, en esa fría mañana y delante de toda esa gente, yo hubiera podido agarrarte a cuchilladas. Pero nada de eso ocurrió. Lo que ocurrió fue que te saludé, te saludé de lo más bien, como si fuéramos dos viejos amigos y esa forma de interceptarte no fuera más que una broma que después celebraríamos juntos. Y creo que captaste rápido que no había peligro, continuó, como si de pronto tu preocupación ya no fuera defenderte de una mujer demente que podía incluso asesinarte, sino simplemente identificar a una desconocida que te saludaba con familiaridad. Y entonces seguro pasaste por esa secuencia de imágenes en que el cerebro corre vertiginoso intentando ubicar entre cientos de rostros aquel que calza perfecto con la persona

que tenemos al frente. Una operación como de computadoras, dijo ella, las únicas veces en que el cerebro trabaja realmente al límite de sus posibilidades. Plantea opciones, descarta, relaciona rasgos con lugares o con voces, y esas voces con contenidos que puedan ayudar a la identificación. Y todo eso en dos o tres segundos. ¿No es una maravilla?, preguntó Adriana, y yo le dije que sí, que era una maravilla. Lo dije así, utilizando la palabra maravilla, quizá por primera vez en mi vida, y sintiéndome confundido y ridículo, me acomodé en el sofá y traté de calcular hacia dónde nos dirigíamos con esa extraña charla. Y entonces, continuó ella, te pregunté si acaso no te acordabas de mí, y en ese momento fue como si tu cerebro te hubiera ordenado concluir la búsqueda y jugártela por un nombre. Eres una paciente, dijiste sin mucha convicción, y yo mentí y dije que sí, que era la paciente del turno anterior. Te mentí confirmando lo que tú creías saber, y parece que funcionó, ya que sentí claramente cómo tu cuerpo bajaba la guardia.

La chica hizo una pausa, como si en ese punto se hubiera producido un quiebre, un giro en la dirección de los eventos, y fuera necesario remarcarlo con un breve silencio, mientras yo, en el sofá de su sala, incapaz de preguntarle por el sentido de toda esa conversación, me dejé llevar por su relato. Vinieron a mi cabeza imágenes inconexas de lo que ocurrió en los siguientes minutos: dábamos vueltas por el parque Kennedy, conversación con intermitencias, frases sueltas, dábamos vueltas sin dirigirnos a ningún lugar, anónimos entre la multitud apurada del mediodía, y en una de esas, reclinados contra una de las bancas de cemento del borde de la avenida Diagonal, ella me propuso acompañarla a su departamento. Yo acepté, pero le dije que no espere demasiado porque no tenía ganas de hacer nada, que últimamente nunca tenía ganas de hacer nada y probablemente ni siquiera iba a abrir la boca. Ella aceptó las condiciones sin hacer preguntas, y después subimos a un taxi. El conductor tomó la Vía Expresa, subió por el puente Aramburú, y de pronto, mientras avanzábamos por Parque Sur, Adriana se volvió hacia mí y dijo que me había mentido y que no era paciente del psiquiatra. Íbamos callados en el taxi, las ventanillas cerradas para protegernos del frío,

la avenida despejada, cuando de pronto dijo que no era su paciente sino su hija, y que su presencia esa mañana en el consultorio no tenía relación con sesiones terapéuticas sino con un problema bastante más serio que al menos por ahora no iba a compartir conmigo.

(julio 2007 / 9 p. m. / Starbucks de Frutales con Javier Prado)

Salgo de casa y voy caminando, cigarro entre los dedos, mano izquierda en el bolsillo. Hace un frío inusual para esta ciudad, mi cuerpo tiembla mientras avanzo. Un leve temblor que se ha convertido en parte natural de los ritmos de mi cuerpo; un temblor permanente que no es una simple metáfora sino datos numéricos que podrían ser confirmados si me sometieran, como a veces pienso que deberían someterme, a ciertos análisis clínicos; si me conectaran, como a veces pienso que deberían conectarme, una serie de tubos al cuerpo. Voy caminando, las piernas, lentas, entumecidas, hacia el encuentro con mi exmujer, un encuentro que no tiene sentido alguno, que ya no recuerdo por qué se pactó ni qué objetivo tiene.

Voy caminando, entonces, y de pronto reconozco el café al final de la avenida, un cuadrado de luz amarilla al que me aproximo aunque los ojos se me nublen, como deslumbrados por un destello insoportable. Pero ya es muy tarde para arrepentirme, mis piernas avanzan hacia el segundo piso, a la terraza descubierta de ese café donde han conectado unos aparatos para calentar los cuerpos, unos aparatos que despiden vapor y se ven extraños, fuera de lugar, porque en esta ciudad nunca son necesarios, en esta ciudad no se necesita calor artificial para combatir el invierno, los inviernos son por lo general tibios, amables, al menos por la temperatura, acaso lo único amable que le queda a esta ciudad, pienso, desordenado, confundido, mientras reconozco a Emilia en medio de esa terraza llena de gente. Me acerco a ella rodeando las mesas, cuerpos inclinados sobre vasos de cartón, nubes de humo dispersándose en el aire. Veo dos cafés humeantes sobre la mesa, y Emilia mueve las manos dentro de su cartera, las agita en su interior sin que yo pueda distinguir qué es exactamente lo que busca o acaso lo que intenta ocultar, y de pronto se me ocurre que busca un revólver, o mejor un cuchillo, filo largo, hoja reluciente, que brille en la

fría noche limeña, esta noche en la que espero que ocurra algo, lo que sea, que empuje los acontecimientos en otra dirección.

—Hola —saludo, serio.

—Hola.

—Disculpa la demora. Estaba haciendo unas cosas.

—No hay problema —dice Emilia—. Justo había comprado los cafés. Latte. Sin azúcar y sin crema, como siempre.

(Recibo mi vaso, agradezco con voz inaudible, prendo un cigarro para cubrir el silencio. Fumo y espero)

—¿Y qué tal? ¿Cómo has estado? —pregunta Emilia.

—Normal. Todo normal.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Por qué?

—Me hablas como si hubiéramos pasado la noche juntos.

—Bueno, hemos pasado la noche juntos muchas veces. Demasiadas, quizá.

—…

—Casi seis años. ¿Cuánto es eso? ¿Dos mil veces?

—Eso fue hace tiempo, Pablo.

—Sí, hace tiempo. Es verdad.

(Emilia siempre se levantaba a las siete de la mañana para irse a trabajar, yo seguía durmiendo un poco más. Pero ese día salté de la cama antes de lo usual porque fui alcanzado por la certeza de que el matrimonio entre esa mujer y yo estaba definitivamente terminado. Una revelación a la que se accede durante el sueño, cuando el cerebro sigue trabajando, sigue moviéndose y pensando, menos conectado a lo emocional, menos susceptible de ser interrumpido en su proceso, y así hasta que brota una conclusión, limpia, rotunda. Miré la hora. Cinco para las siete. El despertador iba a sonar en cualquier momento. Decidí volver a la cama, cubrirme con las sábanas, fingir que seguía durmiendo. Esperé los cinco minutos, y cuando el despertador finalmente retumbó, y Emilia estiró el

brazo para aplacar su sonido y se puso de pie, sin volverse hacia mí, sin comprobar si yo seguía a su lado, como si el gesto fuera innecesario o ya no fuera importante, me apoyé en los codos y la quedé mirando. Pero a ella no le pareció rara esa variación. Levanté al conejo, lo puse entre mis brazos, y mientras acariciaba la cabeza del animal, vi a Emilia tomar un café, sorbos intercalados, mientras terminaba de arreglarse. No dijo nada a pesar de que había algo claramente extraño en la situación, algo no encajaba, yo ahí con el conejo en brazos, siguiendo en silencio sus movimientos. Me pregunté si todos los días hacía exactamente lo mismo, si ese era el orden en que tomaba el café o se arreglaba el pelo, como si esa rutina mereciera ser observada porque estaba a punto de desaparecer. Emilia se despidió de mí, beso corto, palabras repetidas, bajó las escaleras y cerró la puerta tras de sí. Yo corrí hacia la sala, abrí la ventana, saqué la cabeza y la vi alejarse. La llamé en voz alta, la llamé por su nombre, y Emilia se volvió hacia mí (media cuadra detrás, tercer piso) y sonrió. Por toda respuesta yo alcé la mano y la agité levemente, como si la despedida comprendiera un gesto definitivo del que nadie más que yo era consciente. Y ella hizo el mismo gesto, su mano derecha alzada diciéndome adiós, adiós, adiós, aunque solo yo hubiera podido interpretar el verdadero alcance de esa despedida. Cerré la ventana, me moví hacia un rincón de la sala, me planté delante del espejo y me miré a los ojos. Y entonces allí, mirando en el espejo a esa persona que estaba a punto de extinguirse, empecé a llorar por esa decisión que iba a tener que tomar, pero que en realidad no era exactamente una decisión. De ninguna manera era yo quien decidía, fui simplemente el primero en descubrir la ruina que estaba por caernos encima y en decirle a Emilia que debíamos evitarla a cualquier precio, incluso al de la separación. No fui yo quien lo decidió, sino que así ocurrió, así nos pasó, esa mañana, una de las últimas).

—Bueno, cuéntame —dice Emilia.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Sobre tu libro, por ejemplo. ¿Ya lo publicaste?

—No, todavía no. Pero prefiero no hablar de eso.

—¿Entonces de qué quieres hablar?

—No sé.

—Estás raro…

—No. Estoy normal.

—No sé para qué he venido.

—Yo tampoco. Pero no lo digas como si me estuvieras haciendo un favor...

—Creo que mejor me voy.

—Espera. Acabo de llegar. ¿Está bien tu café?

—Sí.

—Bien. El mío no me gusta. Pero al menos déjame terminarlo…

Tiempo atrás yo había sido un apostador de caballos. Un apostador profesional, alguien que vive de las apuestas. No faltaba a ninguna carrera, estudiaba el programa y jugaba con responsabilidad, cálculo, estrategia. Emilia y yo nos habíamos dado cuenta de que mi habilidad nos podía permitir vivir de las apuestas, no era necesario hacer otra cosa, y así podíamos pasar el día juntos y disponer del tiempo como quisiéramos. En esa época, antes de que se termine mi buena suerte, durante esos dos o tres años en que la fortuna estaba de mi lado, algunos caballos me hicieron ganar dinero muchas veces y me hicieron sentir muy bien, no tanto por el dinero obtenido sino porque consideraba el triunfo en las apuestas como el símbolo definitivo de que la suerte estaba de mi lado. Y entonces una noche, al volver de las carreras, le conté que había corrido Augusto Martín, el caballo que nunca me fallaba. Le dije que Augusto Martín aparentemente no tenía opción, pagaba veinte a uno, ponías cien soles y te llevabas dos mil, ponías doscientos y te llevabas cuatro mil. Lo montaba el Chueco Castro, cuya manera irracional de correr animales sin opción me gustaba. El Chueco los castigaba desde la partida, como si fuera una carrera de pique, se separaba varios cuerpos del grupo y después, en la recta final, remaba sin estilo ni elegancia esperando que el animal exhausto pudiera resistir a los que, llenos de energía, se acercaban por detrás. Esa noche le conté a Emilia que la estrategia suicida del Chueco casi nunca le daba resultado, y por eso no estaba entre los jinetes más cotizados y se dedicaba a tomar cerveza en la tribuna mientras esperaba que algún propietario sin alternativas le ofreciera algún caballo sin opción para la semana siguiente. Pero ese día, en una carrera anónima, en una

carrera que seguramente nadie más que yo recuerda, un martes o un jueves del invierno de 2003 o 2004, el Chueco y Augusto Martín salieron como una flecha del partidor, se alejaron varios metros del resto de competidores, y un minuto después, en la recta final, mientras el caballo negro agitaba la cola por el agotamiento y sus rivales le acortaban distancia, yo fumaba con el corazón latiendo muy fuerte y repitiendo que Augusto Martín no me iba a fallar. Agitaba la mano y gritaba, el Chueco pegaba con la fusta y sacudía los brazos con desesperación. El caballo negro reaccionaba con valentía, la línea de llegada estaba cada vez más cerca, los rivales acortaban distancia, y una fracción de segundo antes de que los enemigos pudieran darle caza, el caballo negro cruzó la meta en primer lugar. Yo celebré jubiloso en la pelouse, al borde de la pista de carreras, y más tarde saqué los billetes, los puse sobre la mesa y le dije a Emilia que con eso teníamos como mínimo para dos buenos meses. Y después seguí hablando de las carreras, de caballos, jinetes, preparadores, de animales que siempre me hacían ganar dinero y a quienes quería como si fueran míos. Le decía que la literatura nunca sería capaz de hacerme sentir lo mismo que uno de esos caballos cruzando triunfal la meta. Emilia me alargaba una botella de cerveza. Y yo bebía unos sorbos, acariciaba la cabeza del conejo y seguía hablando de caballos. Parecía que el círculo estaba cerrado, que nada iba a cambiar nunca.

—Entonces, ¿cuándo vas a publicar tu novela? —pregunta Emilia.

—Dentro de poco.

—Desde que te conozco dices lo mismo...

—Sí, pero esta vez es verdad...

—No publicas porque te cagas de miedo. Siempre te lo dije. Pensé que ya lo habías superado.

—No voy a discutir eso ahora. Piensa lo que quieras.

Augusto Martín y el Chueco Castro volvían al paddock después de la carrera. Yo estaba solo, de pie en la pelouse, y recibí con aplausos el regreso de los triunfadores. Todo el hipódromo estaba en silencio, rompiendo sus boletos, y yo sentí que al frente, al otro lado de la pista de carrera, toda la tribuna me miraba. Fue rara la sensación: mis manos sonaban muy fuerte, pero nadie me acompañaba con las palmas. Y el

Chueco, al pasar frente a mí, me miró un poco extrañado por ese solitario entusiasmo, y ni siquiera se animó a levantar la fusta en señal de agradecimiento. Y entonces recordé que era una carrera cualquiera, que los caballos eran del montón, que el mismo Castro era del montón. Pero eso no me importaba. Seguí aplaudiendo en ese silencio raro que se produce cuando tienes dos mil personas al frente y no escuchas más que el sonido seco de los cascos de los caballos sobre la arena. Esperé que Augusto Martín oyera mis palmas y se volviera hacia mí, que hiciera algo, un sonido, un galope improvisado, una mínima señal que me indicara que era suficiente, que podía dejar de aplaudir. Pero no lo hizo.

3

Después de terminar con Emilia, pasé por varias relaciones cortas, raras, violentas, ocho meses de pesadilla tras los cuales me había quedado vacío, desgarrado, sin nada más que ofrecer. Había conseguido un trabajo que podía hacer en mi casa, con un peruano que planeaba sacar una revista de libros desde Nueva York. El peruano era un lector apasionado que disponía de una suculenta herencia, de inquietudes intelectuales y de mucho tiempo libre, feliz combinación con la que uno rara vez tiene la suerte de encontrarse. Y por eso, cuando el refinado compatriota visitó Lima el mismo invierno de 2007 y me citó en un café, me presenté con el mayor entusiasmo que las circunstancias me permitían, entusiasmo rápidamente aniquilado cuando me ofreció un salario bastante inferior al que imaginaba. Y aunque el pequeño magnate de la cultura había alquilado una simpática oficina en Park Avenue para su revista, prueba contundente de su abundancia de fondos, acepté la oferta.

A partir de ese día empecé a revisar artículos aburridos a los que tenía que afinarle el estilo, y eso me permitía ejecutar lo que se estaba convirtiendo en mi única necesidad real: pasarme la vida encerrado en casa. No ver a nadie, no hablar con nadie. Desaparecer completamente, sin más rastro que los *mails* que recibían de mí en Park Avenue, con los artículos mejorados, como si los recibieran de una máquina programada para cumplir diariamente con el objetivo que la justifica, una máquina a la que hay que depositarle una cantidad ínfima al mes para que siga funcionando, y no de un ser humano encerrado entre las paredes sucias de su habitación. Trabajaba en los artículos por las noches, muy tarde, al borde de la medianoche, y cuatro o cinco horas después abría mi *mail*, cargaba los archivos del día, apretaba el botón de enviar y me iba a dormir, sin satisfacción, sin orgullo. A veces pensaba que podía morirme ahí en

mi cama, y que pasaría mucho tiempo hasta que alguien se entere de mi fallecimiento. La certeza me estremecía con una mezcla de miedo y soberbia. Me quedaba largo rato pensando en esa posibilidad, en mi muerte solitaria, inadvertida acaso por varias semanas incluso por mis familiares más cercanos, y me quedaba dormido en posición fetal, abrazado a mi propio cuerpo, como si aún me quedara un vestigio de cariño no por mí mismo, que finalmente era ente desconocido, identidad esquiva, construcción artificial, sino por la menos ilusoria materialidad de mi cuerpo enflaquecido. Al despertarme podían ser las once de la mañana o las tres de la tarde. A veces, como una reacción natural, como un animal inspeccionando los rincones de su cueva, espiaba el refrigerador buscando alimentos. Pero no encontraba nada, nunca encontraba nada, y entonces, sin ganas de salir a almorzar, sin ganas de sentarme en una mesa pública como si alimentarse fuera un espectáculo, iba al supermercado y sacaba un paquete de galletas, una barra de chocolate, una botella de jugo de naranja. Comencé a bajar de peso. Cinco kilos menos, diez kilos menos. No me sentía mal; es decir, no era del todo consciente de que andaba realmente mal. Sin embargo, me daba cuenta de que, visto con lo que se suele llamar objetividad, algo debía andar muy mal con mi forma de vida. Y entonces me puse a buscar un psiquiatra. Lo encontré, empezamos a reunirnos, y en eso estuvimos durante dos o tres meses, dos veces por semana, martes y jueves, quince o veinte sesiones, unos dos mil dólares en total, sin resultados aparentes además de cierta tranquilidad, cierta expectativa por ir a verlo, no tanto como si se tratara de una curación sino más bien como un placer transitorio del que no se espera ningún resultado adicional. Y así hasta que Adriana apareció.

Ahora estoy de pie frente a ella, en la sala de su departamento, confundido por su relato. Sus palabras parecen oídas bajo el agua, distorsionadas, difíciles de captar, como si el sentido fuera una característica física, medible, que reposa más allá de mi alcance. La escucho, atento y confundido por igual, sin reaccionar. No tengo ganas de decir nada, me siento demasiado cansado, solo quiero irme a dormir. Le digo que quiero tomar una siesta, y ella, como si mi

petición estuviera prevista, como si hubiera sabido de antemano que su padre me había recetado unas pastillas y que esas pastillas han borrado mi apetito sexual, que lo han desterrado al punto que puedo estar en el departamento de una desconocida, que en otras circunstancias resultaría incluso apetecible, y solo quiero dormir, Adriana me dice que no hay problema y de inmediato, como entrenada para atender mi solicitud, me lleva a una habitación, no la suya, sino otra más pequeña, que tiene un televisor, una cama bien arreglada, unos libros en la mesa de noche, trae una camiseta blanca, manga larga, un pantalón azul de algodón, y me dice que con esa ropa voy a estar más cómodo. Procedo tal como me indica, y después me tiendo en la cama, estiro las frazadas y me cubro hasta el cuello para protegerme de un frío que solo ahora empieza a incomodarme. Y mientras tanto veo que Adriana, con movimientos de enfermera, con esa mezcla de confianza y distancia que solo las enfermeras pueden tener con la intimidad de otra persona, cierra las cortinas y deja el cuarto en una penumbra razonable para dormir. Y después, sin decir una palabra, cierra la puerta tras de sí y desaparece. De inmediato siento una quieta alegría, más corporal que emotiva. Cierro los ojos y me concentro en la plácida sensación de estar en una cama limpia, tibia, acogedora, un buen lugar para concentrarse en las vibraciones placenteras del cuerpo distendido y olvidarse de todo lo demás.

Anduve dormitando un buen rato, pero más tarde, mientras floto en ese estado indefinible entre sueño y vigilia, percibo claramente que Adriana abre la puerta de la habitación, y se acerca, sigilosa, al borde la cama. En silencio, con cautela, menos por temor a ser descubierta que por la certeza de que debe actuar sin prisa, sin excesivos arrebatos, retira muy despacio las frazadas con que cubro mi cuerpo. Las desliza suavemente y luego, ayudada por mi propio alzar de caderas, movimiento que realizo tranquilo, como quien obedece una orden, hace lo mismo con el pantalón de dormir. Con los ojos cerrados, dejándome llevar por sus deseos, siento que mi sexo es suavemente introducido en su boca. Lo encaja despacio, los labios abiertos para dejarlo pasar, un movimiento suave y placentero que me arranca un involuntario ruido de satisfacción en el pecho.

Adormecido, como en un sueño, estremecido por el suave contacto, sin ser plenamente consciente de lo que está pasando, escucho mi propia voz anunciando a gritos una reacción del cuerpo a algo extremadamente satisfactorio a lo que está siendo sometido.

(agosto 2007)

(caminar)

Cuando las cosas van mal salgo a caminar a medianoche. Tengo una ruta más o menos definida, doy vueltas por los parques por sesenta o noventa minutos y después regreso a casa más tranquilo. Una noche estaba dando vueltas por mi cuarto sin saber qué hacer. Las paredes me asfixiaban y un impulso incontrolable me empujó hacia las calles. En la primera esquina desvié el camino y quebré mi ruta acostumbrada, como buscando un pequeño riesgo o una pequeña aventura, o como si quisiera finalmente romper con lo único que en mi vida aún conservaba cierto orden. Me sentía como en un laberinto y en cada esquina optaba por la dirección que prometía más extravío. Avancé veinte o treinta cuadras por calles desconocidas y llegué a un parque en el que nunca antes había estado. Me interné entre los jardines y terminé sentado en una banca de cemento. Me puse a fumar mirando las casas con las luces apagadas. Creo que esperaba que alguien más, quien sea, surgiera de improviso. Pero eso no ocurrió. Saqué un cigarro y me quedé mirando las casas y después el cielo oscurecido. Fumaba y esperaba ya no a otra persona en el parque sino a un ser humano en una ventana, un insomne o un desesperado que distinguiera mi silueta solitaria entre las sombras. Quería que mi presencia espectral le regalara cierta extraña complicidad o acaso una inexplicable esperanza a alguien, a cualquiera.

(diario)

Hubo una época en la que todos los días pasaban cosas y que la vida, su dirección o su relato, podía alterarse de una semana a otra. En esa época escribía absolutamente todo. El resultado es un diario de dos mil páginas, veinte cuadernos a mano donde se cuentan historias que parecían importantes y después olvidé, nombres de personas que se me hace difícil

identificar, largas conversaciones transcritas palabra por palabra.

Un día fui a buscar esos cuadernos y me puse a leer. Repasé mi propia letra sin sentirme identificado, pero después de un rato algo en mi interior conectó con la persona que había sido diez o doce años atrás, y me di cuenta de que no iba a poder parar. Leía, cigarro interminable entre los dedos, como si al fin descubriera la verdadera historia de alguien que pensé cercano y que nunca había llegado a conocer. Y al final de la lectura estaba al borde del llanto y con ganas de abrazar a esa persona que había desaparecido para siempre en esos cuadernos. Habían pasado seis o siete horas desde que empecé a leer y ya bordeábamos la medianoche. Fui a guardar los cuadernos, sintiéndome quebrado, cuando timbró mi teléfono. Era una de esas llamadas raras, que nunca ocurren más de una vez al año. Era mi hermano, mi único hermano, que me preguntó si estaba en mi casa y qué estaba haciendo.

Le dije: sí, estoy acá y no estoy haciendo nada.

Él respondió: entonces ábreme la puerta que estoy llegando.

(hermano)

Me acerqué a la ventana y vi el auto asomándose en la esquina. Avanzó por la calle vacía y se estacionó frente a mi puerta. Mi hermano bajó del vehículo, sonriente, y me saludó con una mano. Con la otra sostenía una bolsa blanca.

Al rato estábamos de pie uno al lado del otro, mirando la calle desde lo alto, cerveza en la mano, en silencio. Si él esperaba simplemente tomar una cerveza, fumar y reírse, captó muy rápido que no había llegado al lugar indicado. Pero eso no parecía molestarle. Le dio sorbos a la botella, sin decir nada, como si estuviera esperando que yo explicara qué ocurría. Y entonces le dije que había estado leyendo mi vida y que me sentía destrozado. Le dije que por ocho años escribí un diario que nunca nadie había visto y quería mostrarlo por primera vez. Fui a sacar los cuadernos y los llevé amontonados entre mis brazos. Los puse sobre la mesa y le dije que ahí estaba todo, que no había más. Pensé que no le iba a interesar, que apuraría las cervezas para marcharse rápido. Pero se quedó mirando esa ruma de cuadernos de una manera que no podría describir con otra palabra que no sea maravillado. Y después empezamos a hablar.

Reconstruimos una parte del pasado: cuando vivíamos con nuestros padres y a veces, antes de dormir, yo le contaba las cosas que me pasaban. Nos quedamos hablando de una época específica, la época en que tuve diecisiete años, el tiempo que sentí como el más intenso en toda mi vida, y me sorprendió que él, que en esa época tenía doce, recordara todo incluso mejor que yo. Súbitamente entusiasmado, tuve ganas de volverme hacia él y darle un abrazo y decirle que lo quería. Pero no lo hice. Solo nos miramos, golpeamos nuestras botellas de cerveza y sonreímos.

4

Esa tarde la eyaculación fue más abundante de lo usual. Supongo que no solo por la extrema satisfacción que la antecedió, sino porque su proceso fue más largo de lo acostumbrado, cuarenta o cincuenta minutos. Esa demora, sin embargo, no despertó en Adriana angustia ni cansancio. Nunca aceleró con violencia ni utilizó los dedos para incrementar el ritmo y adelantar la explosión final. Se mantuvo en la misma posición, las rodillas sobre la cama, la espalda reclinada, el pelo amarrado en una cola, concentrada en el movimiento suave y continuo que ejercía sobre mi sexo. Y mientras ella continuaba con su labor, yo manifestaba únicamente con la voz las sensaciones que me iba produciendo el accionar que ella venía fríamente ejecutando. No tardé mucho en empezar a gritar con una potencia que yo mismo desconocía. Fusionados de esa manera, su boca enroscada en mi sexo, debíamos parecer un único ser vivo, un animal sometido a una metamorfosis que no comprende. Los gritos parecen una forma de defensa, un cable a tierra para mantener la cordura, tan altos, tan fuertes, tan ajenos a mi propia voluntad, y la chica tan indiferente, sus labios acarician la piel de mi miembro, repliegan el húmedo prepucio con delicadeza, y después lo regresa a su lugar intensificando la presión. Adriana parece una máquina, no manifiesta ninguna satisfacción al comprobar su eficacia, mientras que yo presiento que una parte de mi cuerpo me va abandonando y deja de pertenecerme, y esos gritos provienen en realidad de otra persona a la que no puedo controlar. Y de pronto una aproximación surge como una amenaza, un anuncio que empieza en los dedos de los pies, un rápido chispazo que me estremece y parece dispuesto a extenderse. Los gritos se intensifican y suenan desesperados. Empiezo a temblar, el cuerpo incontrolado, abro ansiosamente los ojos, como si quisiera comprobar la existencia de lo que parece irreal, y miro a la chica cuando estoy a

punto de llegar al límite. Una sombra de descontrol se asoma desde mi interior, un estremecimiento que me impulsa a trascender esa frontera. Estoy dispuesto a cerrar los ojos y pasar al otro lado, no me importa lo que ocurra después. Adriana comprende bien lo que estoy sintiendo, y la correcta interpretación de mis deseos la lleva a detenerse. Y entonces, como bus cando una comunicación hasta ese momento innecesaria, alza la cabeza y me mira, tan inexpresiva que llega a ser desafiante. Sonríe fugazmente, una breve mueca, la satisfacción de haber conseguido lo que quiere, saca la lengua y lame la punta de mi pene al borde del estallido. Yo empiezo a rugir y ella se lanza con decisión sobre mi sexo. Lo mete en la boca y retoma el ritmo brevemente suspendido, acelerando un poco, solo un poco más, y mi grito se convierte en un único, largo, estruendoso bramido que inunda la habitación, sale por las ventanas y se oye nítido fuera del edificio, en las esquinas y en las calles adyacentes, y mientras emito esa volcánica erupción sonora la miro sin entender, la miro a ella que continúa diligente hasta el último instante. Y después de que me ha arrancado la última gota, después de que mi sexo convulsiona entre sus labios suaves, dejo caer la cabeza sobre la almohada y todo queda en blanco. Una sonrisa se me ha dibujado en la cara, una sonrisa amplia, abierta, estúpida, que no puedo observar directamente pero adivino en la manera en que se han dispuesto los músculos de mi cara. Y luego, entre brumas, presiento que ella se levanta y sale de la habitación sin decir nada. El colchón se mueve a su partida, la puerta tiembla con un breve estremecimiento al cerrarse. Decido que no ha ocurrido nada, que la experiencia por la que acabo de pasar no ha sido posible ni ha sido real. Cierro los ojos e intento dormir. Pero no lo consigo. Lentamente me incorporo, sin poder quitarme la sensación de que algo ha cambiado radicalmente, que nada volverá a ser igual, pero la naturaleza de ese cambio me resulta desconocida. Y entonces, sin pensarlo demasiado, sin ser consciente de qué es exactamente lo que pretendo, decido ir a buscarla. Me levanto de la cama, avanzo hacia la puerta a paso lento, los pies cómodos sobre el parqué, el frío atenuado por las ventanas cerradas, cierta sensación de levedad, de estar flotando, de que nada de eso está realmente ocurriendo. Me detengo

ante la puerta sin abrir, no porque una duda repentina me haya hecho demorar la operación sino para disfrutar la incertidumbre. Tomo suavemente la perilla y me dispongo a abrir la puerta. Y no he terminado de hacerlo, no he terminado de abrirla de par en par, cuando Adriana aparece ante mis ojos, sentada frente a mí en una silla que ha colocado delante de la puerta, como si hubiera sabido de antemano que yo no tardaría en buscarla. La veo ahí sentada, la pierna izquierda cruzada sobre la derecha, el talón pegado a la pantorrilla, la sonrisa inequívoca de placer, la satisfacción de que la realidad comprueba lo que ella suponía. Me mira, los ojos vivos y brillantes, una complicidad rara, la certificación de que en adelante estoy bajo control, la prueba de que he sido definitivamente sometido. Pero luego congela la sonrisa y retoma la seriedad. Me dice que vuelva a acostarme, que seguramente necesito seguir descansando. Dice también que puede prepararme algo de comer y me lo puede llevar a la cama. Obedezco sin decir nada. Regreso a la habitación, pero al cruzar el umbral me detengo a observar las paredes porque me asalta la rara sensación de que me están observando. Busco en las paredes, como si detrás de ellas se escondieran quienes siguen mis movimientos, y al dirigir mi atención hacia un estante de libros en una esquina del cuarto, veo una cámara de video que me confirma que estoy siendo vigilado. Me acerco a la cámara, oculta entre libros y otros objetos que intentan disimularla, y me pregunto qué sentido tiene haber sido filmado. Sería ridículo suponer que un video donde aparezco recibiendo sexo oral pueda ser usado en mi contra. Me acerco a la cámara, lento, con precaución, como si el aparato fuera un ser vivo que pudiera lanzarse violentamente sobre mí mientras extiendo una mano para extraerla de la ruma de objetos que pretenden ocultarla. Y después, cuando ya he comprobado que probablemente no pasará nada, que el aparato no explotará entre mis dedos, tomo la cámara con cuidado, con las dos manos, y la llevo hacia mi pecho para analizarla. Veo que está apagada, que en realidad parece nunca haber funcionado. La aprieto contra mi pecho, confundido, mientras oigo pasos que se acercan a mi puerta. Como si estuviera a punto de ser descubierto en medio de un delito

inconfesable, muevo torpemente las manos para devolver el aparato a su lugar. Pero el tiempo no me basta, no es suficiente para completar la operación. La chica reingresa al dormitorio a ofrecerme una copa de vino y me mira directamente, de pie en el rincón, la cámara en las manos. Sonríe una vez más, una sonrisa desconectada del resto de su expresión, me entrega el vino y me dice que beberlo me ayudará a relajarme, y que en un momento me traerá algo de comer. No dice nada sobre la cámara, aunque claramente adivina mi nerviosismo y mi paranoia. Por un momento siento que eso es exactamente lo que ella estaba buscando, despertar ese nerviosismo y esa paranoia inmediatamente después de haberme entregado esas sensaciones corporales tan satisfactorias y que ahora encuentro despreciables. Antes de volver a marcharse, Adriana señala la cámara alzando levemente las cejas, una señal débil, desinteresada, como si no tuviera mayor importancia, como si pudiera deslizar un comentario sobre ella o no hacerlo y en el fondo esa diferencia no tuviera ninguna significación. Pero finalmente deja caer el comentario, lánguido, casi imperceptible, sin resonancia. Está vieja y malograda, dice, no sé por qué no la he tirado a la basura. Se da media vuelta, como disponiéndose a salir otra vez de la habitación, y dice esa cámara no sirve para nada, comentario final inútil, redundante, está vieja y malograda, dice, una mierda de cámara, no sirve para absolutamente nada, y después desaparece, tal como la primera vez, en medio de un silencio recubierto de una extraña sonoridad.

Otra vez solo en la habitación, dejo la cámara en su lugar, regreso a la cama y me acomodo entre las sábanas. Alzo la copa de vino y espero que ocurra algo más, el movimiento falso o el error imprevisto que me permita vislumbrar, a la distancia, partes adelantadas de esa historia a la que hasta ahora, por pura dejadez y sometimiento, estaba dejándome arrastrar. Tomo la copa de vino y bebo un sorbo. El líquido me tiempla inmediatamente el ánimo, menos por una reacción física que por una conexión emocional, cuando Adriana reaparece, seria y tranquila bajo el marco de la puerta, con una bandeja entre las manos, en medio del cual humea un plato de comida. Una instintiva salivación me humedece la boca cuando identifico un trozo de carne,

una porción de arroz y una mancha amarilla que reconozco como puré de papas. Adriana se acerca a ofrecerme el plato, yo lo recibo por instinto y empiezo a masticar. Mezclo los jugos de la carne con el puré, me llevo la bola de alimento a la boca, lo alterno con el vino y voy mascando y voy tragando y me voy sintiendo mucho mejor, cada vez mejor, el mundo se estabiliza, no solo mi ánimo sino también mi cuerpo se va recomponiendo. Como y bebo bajo la atenta mirada de Adriana, que sigue cada uno de mis movimientos, de pie, al lado de la cama, sin expresión. Como y bebo satisfecho, un placer creciente en el sencillo acto de morder y quebrar la resistencia de los alimentos en mi boca. Placer en tragar y desaparecer la bola de comida en mi interior. Siento el movimiento de mi estómago, agradecido, revitalizado por el alimento, y le pregunto si tiene más vino. Ella me señala la botella, que está a mi lado, en la mesa de noche, y dice que puedo tomar todo lo que quiera. Levanto la botella y vierto el líquido sobre mi copa. Cierro los ojos y lo bebo hasta la última gota, y después vuelvo sobre el plato de comida, corto los pedazos de carne, que a medida que avanzo parecen reproducirse, no acabarse nunca, pero eso no me incomoda sino que aumenta mi hambre, y sigo cortando con el cuchillo y mezclo la carne con los granos de arroz y las manchas de puré, y sigo comiendo y tomando vino, y de pronto me entran ganas de arrancar la carne con las manos, de lanzar los cubiertos al suelo y comer con las manos, beber del pico de la botella, comer hasta embrutecer, beber hasta olvidarme de todo, pero no con desesperación, no con ansiedad ni dolor ni deseo de olvidar, sino impulsado por una fuerza vital, una energía creativa que me lleva a mí mismo, a lo que realmente soy. Y de pronto veo que ya no queda vino y que mi plato está vacío. Me limpio los labios con la lengua y gruño de satisfacción. Me dejo caer sobre la cama, peso muerto, espíritu inerte, levemente mareado pero sobre todo contento por el hambre y la sed saciadas, la almohada bajo la cabeza, la sonrisa en los labios, y escucho que ella me dice que me acomode boca abajo. Yo le hago caso, y Adriana viene sobre mí, a mis espaldas, arrodillada sobre la cama, las piernas ágilmente abiertas por fuera de las mías. Dice que la tensión corporal se acumula en la parte trasera de los muslos, debajo

de las nalgas, en esos músculos que se extienden en la parte posterior de las piernas, a medio camino entre las nalgas y el reverso de las rodillas. Y después agrega que la única manera de acabar con ese foco de resistencia, el último resquicio que impide la relajación completa del cuerpo, es atacándolo con los codos. Y de inmediato levanta el codo derecho, lo coloca en la zona señalada y empieza a presionar mi muslo derecho. Ejerce presión con el codo y lo va girando en círculos. Y yo siento que a su movimiento van cediendo pequeñas resistencias, mínimos obstáculos son eliminados y van dejando el músculo plano, continuo, carne sin nervio ni trabas, y de esa aniquilación emerge un placer desconocido. Y mientras ella sigue pasando el codo, yo mantengo la boca contra la almohada, los ojos cerrados, los muslos libres de una antigua tensión que se vuelve más perceptible en ausencia. Disfruto entonces, levemente borracho, el estómago jubiloso, el sexo relajado, cierro los ojos y empiezo a soñar despierto. Divago en un estado de extrema relajación mientras los codos de Adriana siguen frotando mis muslos y removiendo sus imperfecciones. Pienso que no necesito nada más que esa plenitud desconocida cuando escucho su voz suave pidiéndome que me ponga hacia arriba. Obedezco sin decir nada. Y entonces siento que Adriana vuelve a deslizarme el pantalón y acerca otra vez su boca hacia mi sexo. Acepto sus labios de buena gana. Los acepto aunque empiezo a comprender que me voy alejando hacia un lugar del que ya no podré regresar.

(mayo 2007)

(abuelos)

Voy en un taxi que avanza por la avenida Javier Prado. He abierto la ventanilla, el aire en la cara y el sueño acumulado. Siento que me deslizo, que en realidad no estoy en ese taxi sino en otro lugar, en el que me siento más cómodo y en el que me gustaría permanecer. Quiero que el trayecto se prolongue, que no termine nunca, pero más temprano de lo esperado oigo la voz ronca del conductor que me pregunta dónde tiene que dejarme. Abro los ojos y reconozco el parque frente a casa de mis abuelos. La mañana es soleada, me parece tranquila y silenciosa, una mañana cotidiana en la que nada puede pasar, una de esas mañanas que de tan rutinarias pasarán rápidamente al olvido. Bajo del vehículo y poso mis pies sobre el asfalto. Pienso que ese silencio y esa tranquilidad son engañosos, que ninguna mañana es del todo cotidiana, y esto me produce un ligero malestar. Y en ese momento aparece la silueta de mi abuela en la puerta. La saludo con una sonrisa, pero sin agregarle un falso entusiasmo que podría cuestionar la sonrisa y ponerla bajo sospecha. Simulando una culpa que en realidad no siento, no tanto porque tenga algo contra mis abuelos sino porque últimamente no siento nada, últimamente soy incapaz de sentir algo más que sueño y vacío, un vacío que en realidad no es tal, un vacío que tiene un contenido que no puedo o no quiero descifrar, simulando ese pesar, me disculpo por haber dejado pasar tanto tiempo sin dar señales de vida. Mi abuela no hace ningún comentario, como si no me hubiera escuchado, o acaso realmente no me ha escuchado, y a cambio dice que está almorzando con mi abuelo y me invita a acompañarlos.

Entro a la casa a tientas, como si estuviéramos en penumbras y no en el mediodía luminoso que en realidad nos rodea. Cruzo la puerta del comedor y veo a mi abuelo en la cabecera, inclinado sobre su plato, tranquilo, sereno, moviendo los cubiertos con cierta calmada majestuosidad que me llama la atención. Mi abuelo tiene ciento dos años y, al verlo allí sentado,

pienso que en realidad no es él, que el cuerpo que veo acomodado a la cabecera de la mesa es una especie de continuidad transformada de algo que ya no existe, de algo que se extinguió, y que el verdadero está lejos, muy lejos, extraviado en un punto indefinible del pasado. Me acerco a saludar a mi abuelo, y por un breve instante me parece descubrir una chispa de alegría en sus ojos, o un destello al menos de sorpresa, pero rápidamente esa promesa inicial se desvanece, y mi abuelo vuelve a su plato o a donde quiera que en realidad haya estado, como si mi presencia hubiese por un instante prometido traerlo de vuelta a esta realidad, a este presente, mediodía de un lunes, mayo de 2007 en Lima, pero que finalmente el estímulo no resultó lo bastante fuerte, y entonces vuelve a ese lugar en el que habita, quién sabe desde cuándo.

Me siento a la mesa y empiezo a comer en silencio. Mi abuela se acomoda frente a mí, me mira. Tiene once hijos y más de treinta nietos; sabe cómo me llamo, sabe quiénes son mis padres, pero a pesar de manejar esa información de memoria es probable que le sea complicado pensar en mí como un individuo que existe fuera de la red de tíos y primos que organiza al conjunto en su cabeza. Luego, mientras ella comenta una exposición a la que uno de esos tíos o primos la llevó hace unos días, pienso que soy un desconocido para ella, un total desconocido sin que importe en absoluto que ella de alguna manera me haya criado o que algunas veces, durante mi adolescencia, hayamos conversado sobre clásicos de la literatura universal que en realidad yo no había leído y probablemente ella tampoco. Un total desconocido para ella, pienso, a pesar de que es posible que recuerde, a lo lejos, con una distancia no solo temporal sino también emocional, la distancia que se establece con lo que ya no es importante o con lo que nunca lo fue, es posible que recuerde que cuando era chico iba con ella al mercado y la ayudaba a cargar la canasta, que me parecía de un tamaño descomunal. Pero con seguridad confunde esos recuerdos con los de otros nietos, y seguramente tiene razón. Pienso que todo es intercambiable y no tiene sentido reclamar reconocimiento individual por lo que no tiene ninguna trascendencia. Pienso en todo eso mientras ella termina de hablar sobre la exposición que visitó hace poco, y pienso en mí llevando esforzadamente la canasta, al lado de mi abuela, y recuerdo el orgullo que me invadía cuando era capaz

de cargarla unos cuantos metros sin su ayuda. Me pregunto cuándo se rompió esa relación, por qué nunca me he detenido a pensar en su origen. Miro a mis abuelos y pienso que ninguno de los dos sabe nada de mí y tampoco me interesa que lo sepan y a ellos tampoco parece importarles. Llega el silencio, incómodo, un silencio que promete una discusión, una discusión inevitable porque en esas ocasiones la única posibilidad de diálogo es que mi abuela me pregunte por mis padres, y en ese caso tendré que decir que tampoco sé nada de ellos, seguramente ella sabe mucho más que yo, pero tampoco me interesa escuchar lo que pueda contarme. Observo a la distancia que esa discusión se produce y que soy parte de ella. Y de inmediato soy invadido por el sueño o por la intensa sensación de que estoy con un par de desconocidos y que no tengo nada más que hacer allí. Dejo el almuerzo apenas comenzado, me pongo de pie, digo en voz baja que me voy. Salgo sin más despedida, cierro la puerta a mis espaldas, pienso que nunca más volveré a pisar esa casa. Y después cruzo el parque de enfrente, ese parque en el que todas las tardes jugaba cuando era niño, pero que ahora me parece una experiencia ajena, un recuerdo de otro que no soy yo. Y entonces siento que no hay nada más. Que estoy solo. Ahora sí, acaso por primera vez, estoy verdaderamente solo.

5

Después de esa primera tarde que pasé en casa de Adriana, tomé dos decisiones: dejar, al menos por un tiempo, la terapia con el padre; y aceptar su ofrecimiento de pasar la noche en su departamento. Pero no imaginé que iba a quedarme más tiempo del previsto, cinco días extraños, el cuerpo desparramado sobre la cama viendo televisión, miraba comedias o programas de concursos, que me hacían reír aunque en realidad no entendía los chistes. Quizá me reía porque los programas tenían risas grabadas, y entonces cuando las carcajadas empezaban a sonar, yo también me largaba a reír, divertido, contento, satisfecho, despreocupado, me echaba a reír a carcajadas, el control remoto en la mano, la cabeza en la almohada, y a veces entraba Adriana con un jugo de naranja o unas galletas y las dejaba en la mesa de noche, a mi lado, sin decir nada, y yo tampoco decía nada, seguía mirando la televisión, me reía y después estiraba la mano y empezaba a comer. Más tarde ella reaparecía para hacerme sexo oral o masajearme la espalda o dejarme una botella de vino, casi siempre en silencio, sin más palabras que las necesarias para seguir ejecutando sus labores cotidianas conmigo, esa especie de asistencia corporal a la que me había sometido y a la que yo me dejé arrastrar de buena gana. Ella venía a mi habitación cuatro o cinco veces al día, dejaba el almuerzo, me preguntaba si me sentía mejor, y claro que me sentía mejor, mi cuerpo marchaba a la perfección desde que empezó a ser regulado por su extraño procedimiento. Adriana dominaba y yo tenía que obedecer, estaba claro que las cosas funcionaban de esa manera. Sin embargo, una mañana, su boca enroscada en mi sexo, succión y humedad, profundidad y vértigo, incapaz de manejar el des control de mis sensaciones, gozoso y desesperado, alcé la cabeza para hacerle notar que tenía intención de algo más, que no solo quería que me recibiera en su cavidad bucal sino que deseaba también sentirla por

otros orificios de su cuerpo, lado oculto, fluidos, suciedad, impureza, salvajismo, quería sentir todo eso, dentro de ella, con una furia que era la única respuesta posible a tanta gratificación, penetrarla con violencia, ponerla en cuatro patas y sacudirla lo más fuerte posible, castigarla lo más fuerte posible aunque me doliera el hueso del pubis en cada embestida, aunque me doliera al punto que podría parecer que estaba a punto de quebrarse. Hice entonces el gesto de levantarme, pero de inmediato, como activada por una alarma para la que estaba convenientemente preparada, Adriana detuvo su movimiento. Se quedó en su misma posición, rodillas sobre la cama, el pene erguido al lado de su boca, a dos centímetros de sus labios aún entreabiertos, saliva en la comisura, tibieza en el aliento, se quedó al borde de mi sexo pero dejó de accionar. Extendió una mano sobre mi pecho, palma abierta, dedos afilados. Y fue tan claro el mensaje, tan rotunda la energía de su negativa que no volví a intentarlo sino días más tarde, paréntesis en el cual disfruté de varias sesiones y varios orgasmos más, en la mayoría de los cuales no tuve necesidad de nada adicional, sino que aceptaba su boca en mi sexo como lo único posible y lo único necesario, y por eso las cosas iban muy bien esos días, invierno de 2007, en el departamento de esa chica tan extraña. Y así hasta que una mañana, después del desayuno, mientras ella me succionaba el miembro con el esmero acostumbrado, acompasada, rítmica, lengua, saliva, garganta, y yo con la cabeza dando vueltas, los gritos retumbando en el aire quieto de la habitación, sin ser capaz todavía de acostumbrarme a ese nivel de intensidad, sin poder habituarme a ella a pesar del ejercicio constante, emití un jadeo largo, extraño, agonizante, y por un momento pensé que me iba a morir, que el corazón aceleraba demasiado y realmente podía morirme, una falla cardíaca o acaso cerebral, una sustancia que se emite en exceso y bloquea su funcionamiento para siempre, y después, sin decidirlo, estiré el brazo con violencia y la golpeé en el pecho. No decidí golpearla, no lo planifiqué, veía todo como a la distancia, sin perspectiva, como si hubiéramos estado muy lejos uno del otro. Ella despegó sus labios de mi sexo y sentí como si emergiera de otra realidad, distinta a como la conocía, confundida, derrotada, y

entonces aproveché ese inesperado descuido y me incorporé de un solo movimiento, debía actuar rápido, lo más rápido posible antes de que ella pudiera recomponerse. Me puse de rodillas y recliné mi cuerpo para quitarle el pantalón, presintiendo que probablemente iba a verme obligado a una corta lucha o al menos a quebrantar una indecisión, pero cuando mis dedos tomaron contacto con el broche de su pantalón y pensé que tendría que vulnerar su resistencia, cuando pensé que tendría que romper al menos transitoriamente el dominio que Adriana ejercía sobre mí, me sorprendió descubrir que en lugar de resistir ella se esforzó también en quitarse el pantalón, y entonces cuatro manos lo arrancan, torpes, desesperadas, manos que se estorban y se anulan, sin orden y sin coordinación, y una línea de pelos no tardó en hacerse visible bajo el pantalón a medio quitar, negra línea en el pubis, fina, bien delineada, apenas la alcanzo a observar aprieto los dientes, ajusto la mandíbula y los aprieto, con tal fuerza que en otras circunstancias hubiera resultado doloroso, acaso insoportable, pero la adrenalina corre, bloquea el dolor y la indecisión, estimula, animaliza, impulsa, la empujo con fuerza sobre la cama, y Adriana separa las rodillas, brillante entrepierna a la luz de la mañana, palpitan los labios rojizos, la ventana abierta, las cortinas flotando, húmeda, manchada, reluciente, mi sexo tieso, venoso, erguido, me lanzo sobre ella con violencia, me abismo en su interior y voy entrando centímetro a centímetro, como si en cada pequeño espacio fuera percibiendo la humedad excesiva, la piel pegajosa, los fluidos moviéndose, gritamos los dos al mismo tiempo mientras la penetro, avanzo dentro de ella como en tiempo suspendido, voy cavando más y más profundo, y al sentir que no puedo seguir avanzando, que mi pubis ha golpeado el suyo, hueso contra hueso peleando por ocupar el mismo espacio, empiezo a moverme con furia, violento, salvaje, criminal, me muevo y la vista se me nubla, jadeo como un animal, exhausto, satisfecho, y la escucho gritar, voz profunda que sale del estómago, grita intensamente, alza las caderas, movimientos breves sobre la cama, las nalgas contra el colchón, húmedas las sábanas, brillante la piel, sudor y fluidos, todo mezclado, se mueve corto, las caderas arriba y abajo, adelante y atrás,

movimiento diagonal, preciso, repetido, se contrae por dentro, sus paredes me aprietan el sexo, se sigue moviendo mientras grita, se mueve rápido, solo las caderas, nada más que las caderas, como si pudiera separarlas del resto del cuerpo, se mueve incansable, grita y se mueve esta chica que después me va a contar que odia a su padre y que no tiene en la vida deseo más grande que hacerle daño, nada que me resulte más apasionante que joderle la vida, dice, y yo aún montado sobre ella intuyo un descontrol monstruoso, excesivo, insoportable, que se acerca. Y ella acelera la agitación de sus caderas y me mira, sus ojos a veinte centímetros de los míos, pupilas dilatadas, resoplamos y nos miramos con rabia, como si estuviéramos midiendo quién detenta el poder, y entonces con todo el ímpetu que me ha despertado su encierro y su dominio, decido que llegó el tiempo de mi revancha. Tomo aire, la miro lleno de rencor, la miro como si fuera mi enemiga, y golpeo en sus profundidades lo más fuerte que puedo, lo más hondo y violento y rápido que puedo, montado sobre esa hembra con quien me comunico sin palabras, cuerpo e instinto, esa hembra que más tarde va a contarme que odia al padre, mi padre es un hijo de puta, dice, lo voy a joder todos los días de su vida, y yo me sacudo dentro, y ella dice que el día que su padre muera se pegará un tiro por que la vida no tendrá más sentido, nada tendrá sentido el día que ya no pueda joderlo más, dice, ojos brillantes, ronroneo agudo, la siento contraerse abajo, palpitantes las carnosas paredes, y entonces me mira un instante como derrotada, como si el orgasmo, largo, estruendoso, palpitante, hubiera sido contra su voluntad o incluso contra ella misma, esa chica que después me dirá que a veces quisiera meterse un balazo delante de su padre, la vagina se estira y se contrae, pero tampoco quiero privarme del placer de verlo muerto, dice, no me voy a matar antes de verlo muerto, sus pliegues me estrangulan el miembro muy en lo profundo, lo aniquilan y lo extinguen, voy a seguir odiándolo hasta el último día de mi vida, dice, emisión, fluidez, calentura, caigo sobre ella, su cuello late fuerte, el cuerpo en tensión, la cara en un gesto congelado, resoplo, extenuado, destruido, piel sudorosa, corazón acelerado, cansancio y sueño, rabia y satisfacción, caído sobre ella, la boca abierta como si estuviera a punto de



ahogarme.

6

Esa tarde tuve sexo con Adriana dos veces, una tras otra, breve intervalo en medio, y después fuimos a la sala de su departamento a beber una cerveza. Fue allí que Adriana, el cuerpo estirado a lo largo del sillón, la espalda contra el vértice, empezó a hablarme de su padre. Parecía una conversación natural, hasta cierto punto previsible: nos habíamos conocido gracias a su involuntaria mediación, no era extraño que me contara algunas cosas sobre él. Pero no pensé que el tema nos conduciría a un relato que yo no esperaba, mucho menos que en cierto sentido terminaría siendo decisivo para mí. Y sin embargo, cuando Adriana empezó a hablarme de él, cuando dijo que su padre era una persona muy inteligente, de alguna manera yo me iba preparando para algo que iba a trascender la simple anécdota. Un tipo muy inteligente, dijo, no lo dudo, quizá extraordinariamente inteligente, estratégico, frío, planificado, un enemigo de cuidado, un tipo realmente de temer, extremadamente racional, eso es lo que pienso de él, no para de pensar, su cerebro trabaja todos los días, todo el tiempo, segundo a segundo, en sueño y en vigilia, no para de pensar, máquina incansable, siempre en funcionamiento. Un tipo demasiado estable que en toda su vida sufrió un único desequilibrio, hace veinticinco años, del que yo soy producto. Pero lo más probable es que ese desequilibrio en realidad no haya sido tal, dijo Adriana, entrando en terreno, la botella de cerveza en la mano, no se dejó arrastrar por donde lo llevaban los acontecimientos, sino que trazó un plan y lo ejecutó con una frialdad asombrosa, una crueldad pura, inhumana. Yo soy el producto de ese plan, y por eso la mayor parte de mi vida he estado obsesionada con mi padre. Desde niña quise interpretar su lógica aunque a partir de cierto punto la comprensión parece absolutamente bloqueada, inasible, obturada, fuera de mi alcance. Adriana apoyó la espalda en el respaldar del mueble y dejó

caer las piernas al suelo. Pero en vez de que su cuerpo se relajara con la soltura de sus extremidades la tensión pareció incrementarse. Nunca entendí cómo una persona como él, siguió, alguien que demostró que lo que menos le importaba en la vida eran los sentimientos de los demás, una persona cuya carencia más grande era precisamente un mínimo nivel de empatía con los demás, podía terminar siendo psiquiatra. Pero tiene sentido si pensamos que la psiquiatría utiliza componentes químicos no para resolver problemas sino para cortar la atadura emocional que los une a las personas. Les instala una cortina en el medio y eso le permite a la gente continuar con su ritmo cotidiano. Supongo que eso le gusta a mi padre, transformar a sus pacientes en personas que en cierto sentido sean como él, frías, distantes, inmunes al dolor. Eso es mi padre, dijo la chica, así lo veo, un tipo que receta pastillas, que disfruta sedar a sus pacientes y convertirlos en máquinas, en cuerpos productivos que avanzan sin cuestionamientos hacia las metas que se han trazado. No lo hace por dinero, no es esa la razón, a él nunca le ha interesado el dinero. El dinero, me dijo una vez mi padre, en mi adolescencia, cuando pasaba algunos fines de semana con él, es una pasión muy baja, muy vulgar, muy previsible. Ser ambicioso en el sentido económico no tiene mérito alguno, dijo mi padre, cualquiera puede tener ambición económica y cualquiera puede satisfacerla. Lo verdaderamente difícil, siguió, es la ambición intelectual. Conocer al ser humano, manipular sus deseos, producir su conducta y convencerlo de que actúa por propia voluntad. Y nadie mejor para esos experimentos que las personas que no se reprimen. Por eso le gusta atender criminales, dijo la chica, gente que ha cruzado la frontera de la ley y se mueve fuera de los límites del ordenamiento social. Le gustan tanto los criminales que a veces ni siquiera les cobra la consulta. ¿No lo sabías? No te imaginas los pacientes que tiene, dijo la chica, no necesariamente gente de aspecto temerario, no necesariamente sicarios ni jefes de bandas, sino incluso peores, gente de la calaña más baja que te puedas imaginar. Una vez, hace años, me dijo que le parecía un contrasentido que los criminales sufran problemas mentales. Un criminal es ante todo una persona que dejó de reprimirse, me dijo, nada lo limita, se mueve con libertad,

fuera de la ley y la moral, su único problema debería ser escapar de la justicia y la policía. Pero normalmente eso no ocurre porque son malos criminales, dijo mi padre, criminales patéticos porque no sal tan la barrera de la legalidad para ser libres, sino simplemente para ganar dinero. Son criminales en el sentido liberal, decía mi padre, yo tenía catorce o quince años, pasaba todavía algunos fines de semana con él, los sábados por la tarde me llevaba a un café o a una heladería y se ponía a hablar de cosas como esa. En el fondo son empresarios, decía mi padre, mirándome a los ojos, el crimen es una inversión, no juegan dinero, no arriesgan un capital monetario sino la propia libertad, esa es su apuesta empresarial, quieren ganar dinero arriesgando su libertad, y por eso a veces se desestabilizan o se vuelven paranoicos o sencillamente se deprimen y vienen a verme, decía mi padre, sentado en la heladería, saco elegante, espalda recta, sonriente, sus ojos de reptil clavados en los míos. Debía parecer un buen padre, serio, responsable, preocupado, un padre que sale a conversar con su hija adolescente y le cuenta cosas. Yo sorbía mi helado, dijo Adriana, lo tragaba con furia porque en realidad tenía ganas de golpearlo y ganas de llorar, lo miraba al otro lado de la mesa, imperturbable, invulnerable, lo miraba llena de rabia porque a él le debía mi indeseada existencia y la temprana orfandad a la que me condenó. Y él captaba la intensidad de mi malestar, estoy segura de que lo captaba, pero en vez de callarse o cambiar de tema me miraba y me decía: ya vas a entender de qué estoy hablando. Cuando seas más grande vas a entenderlo todo.

7

Mi padre se casó a los veintinueve años con una chica de veintidós a la que había embarazado. Se conocieron en el cumpleaños de un amigo común, un tipo carismático a quien por razones que desconozco llamaban «Kostia». Mi padre y él habían estudiado juntos los dos primeros años de la escuela de medicina, pero después Kostia abandonó la facultad para irse a vivir un tiempo a Iquitos, donde tenía pensado abrir un local de bailarinas. Nunca he podido ponerme en contacto con Kostia, dijo Adriana, pero quienes lo conocieron en esa primera etapa de la historia, cuando tenía veinte o veintiún años, dicen que siempre que se emborrachaba se ponía a hablar de su proyecto de abrir un cabaret al que iba a ponerle como nombre KGB. Lo voy a abrir en la selva, decía Kostia, mochila al hombro, como si estuviera listo para marcharse, voy a conseguir unas cuantas chicas en la selva y les voy a enseñar bailes rusos, decía Kostia, y cruzaba los brazos sobre el pecho y empezaba a saltar, pateaba intercaladamente, primero la pierna izquierda, después la derecha, pateaba el aire una y otra vez mientras cantaba en voz alta sonidos vagamente rusos, una tonada jocosa y festiva que despertaba sin dificultad las ganas de bailar. ¿Cómo se quita la ropa una mujer mientras baila como rusa?, preguntaba Kostia. Eso les voy a enseñar a mis chicas, decía. Voy a vestirlas con su traje ruso, que yo mismo voy a confeccionar, saldrán al escenario ligeras de ropa, no solo porque es lo que corresponde a un cabaret sino porque en la selva el calor es tremendo, decía Kostia, en la selva uno tiene que andar sin ropa o se muere, y entonces las chicas llevarán su vestimenta roja y blanca, esos son los colores que utilizan las bailarinas rusas, no por nacionalismo, no por la bandera del Perú, sino porque esos son los colores que corresponden, hay que tomar las cosas con seriedad. Y entonces mis chicas darán saltitos en el aire, algo más o menos así, Kostia se ponía a saltar, borracho, los brazos

cruzados, van a bailar así y se irán desprendiendo de la ropa hasta quedar desnudas, y una vez desnudas seguirán pateando al aire, y después se dejarán caer al suelo y sacudirán las piernas, y la música subirá, todos en el KGB estaremos borrachos y nos pondremos a bailar también, como si de pronto hubiéramos instalado un búnker soviético en plena selva peruana, un foco de resistencia antiimperialista en medio de la Amazonía, decía Kostia, donde todos íbamos a tener un sexo comunista, sexo como fuerza colectiva, sexo como herramienta de construcción, democracia absoluta y poder popular, mientras la música suena cada vez más alto en los parlantes y el vodka corre por las gargantas y la alegría vital del socialismo nos empapa hasta el fondo del estómago. El único problema por resolver, decía Kostia, es que todo será un negocio, tendré que cobrar entrada, pagarle a las bailarinas, mover dinero capitalista, de lo contrario la cosa no va a funcionar. Esa es mi única contradicción, decía siempre Kostia, según los testimonios que he recogido, lo único que no consigo solucionar. Y después desapareció un tiempo, siguió Adriana, y regresó cinco años más tarde, gordo, pelo largo, barba desordenada, aparentaba más años de los que tenía, y se compró o quizá heredó un terreno en Pachacámac, donde comenzó una vida solitaria. Sembraba col, tomates, limones, y criaba animales menores, gallinas o cuyes, y de esa manera se vinculó a unas chicas que estudiaban agronomía. Se llamaban Verónica y Angélica y eran como hermanas, dicen quienes las conocieron en esa época, dijo Adriana, dos amigas inseparables, andaban para todos lados juntas, era imposible ver a una sin la otra. Kostia venía los fines de semana a Lima para pasearse por los bares de Barranco, y en uno de esos bares las había conocido, una noche, dos chicas jóvenes, siete u ocho años menores que él, abiertas, sencillas, simpáticas, tan cercanas que con el tiempo habían llegado a parecerse. Las conoció en un bar y desde entonces empezó a frecuentarlas, le gustaba conversar con ellas sobre fertilizantes, métodos de cultivo, tipos de suelo, formas de regadío. Y al parecer en una de esas visitas de fin de semana, dijo Adriana, Kostia se reencontró también con mi padre. Parece que intercambiaron teléfonos o que de alguna manera mantuvieron el contacto, aunque todo indica que no volvieron a

frecuentarse. Sin embargo, en una de las pocas ocasiones en que volvieron a verse, el día que Kostia cumplió veintiocho o veintinueve años, mi padre conoció a Verónica, la mujer a la que poco tiempo después embarazó y con la que iba a terminar casado. La conexión entre ellos fue inmediata, desaparecieron juntos de la fiesta, el mismo día en que se conocieron, y desde entonces no volvieron a separarse. Algunos recuerdan que esa situación le estropeó la noche a Kostia, le dolió que Verónica se marchara de su fiesta con ese tipo al que recién había conocido, un tipo al que a esas alturas, tantos años después de la escuela de medicina, probablemente ya ni siquiera consideraba su amigo.

Adriana hizo una breve pausa y luego prosiguió. Verónica salió embarazada dos meses después. Casi de inmediato ella y mi padre se casaron. Nació el primer hijo sin contratiempos, y un par de años más tarde Verónica quedó nuevamente embarazada y esta vez tuvieron una niña. Un matrimonio feliz o que al menos aparentaba serlo. Yo creo que sí eran razonablemente felices, y que después todo se fue a la mierda no por una espiral de circunstancias negativas ni por un problema estructural que tardó en manifestarse, sino porque en algún momento mi padre decidió tirar todo por la borda. Una decisión fría, racional, bien calculada, perfectamente planificada, que lo llevó a aniquilar el tipo de vida que hasta ese momento había construido. Pero eso fue cuando la niña estaba por cumplir dos años. Hasta entonces, al menos en apariencia, las cosas marchaban a la perfección. Verónica se dedicaba a la casa, mi padre abrió su propio consultorio y se construyó un rápido prestigio como psiquiatra. Todo muy bien, tres o cuatro años, muy buenos, sin problemas, tenían un círculo de amigos en el que destacaba Angélica, pero también otras personas cuyo papel en esta historia no tiene más importancia que el de testigos. Kostia, en cambio, salió del panorama, dejaron de verlo, a pesar de que algunos sostienen que mi padre sí lo veía, muy de vez en cuando, pero como un amigo personal, no un amigo de la familia sino un amigo suyo, como en la primera juventud. A veces he pensado que mi padre era consciente de que Kostia quería vengarse de ellos. Quizá intuyó que su antiguo amigo estaba obsesionado con su mujer y había

interpretado su matrimonio como una traición, y por eso lo mantenía alejado de la familia, pero prefería verlo de vez en cuando, fingir que la amistad continuaba, como un mecanismo para frenar su posible ansia de venganza. Lo cierto es que Kostia tuvo un papel en esta historia, dijo Adriana, no solo porque fue el nexo para que Verónica y mi padre se conocieran, sino porque cumplió una función en su desenlace, facilitó los planes destructivos de mi padre, el deseo de arrasar su matrimonio con Verónica, lo único indispensable para que los hechos se desencadenaran tal como ocurrieron. Las motivaciones de ese deseo destructivo, dijo Adriana, constituyen la zona más oscura de la historia. En este punto nadie puede ofrecer testimonio alguno, la única verdad la conoce mi padre, aunque seguramente a estas alturas, tantos años después, él mismo lo ha olvidado o no le interesa recordar. Lo cierto es que en algún momento, quién sabe por qué, pero no por otra mujer, sino algo más oculto y más profundo, quizá la sensación de cierto estancamiento, el bienestar o la felicidad como una forma congelada congelados y por eso mismo indeseable, mi padre decidió terminar con todo y un día le dijo directamente a Verónica que quería divorciarse de ella. Se lo dijo por sorpresa, sin señales previas que hubieran permitido suponer que avanzaban hacia esa disolución, lo dijo de manera tan inesperada, tan fuera de contexto, tan inverosímil para lo que en ese momento venía ocurriendo en sus vidas, que Verónica no se dio cuenta de que mi padre hablaba completamente en serio y no le creyó. Y ese fue su error, dijo Adriana. Verónica pensó que no era posible que fueran a divorciarse: no faltaba dinero, los niños crecían sin problemas, no existía una sola señal que le permitiera suponer que había otra mujer. Porque no la había. De eso estoy segura, dijo Adriana, en eso Verónica no se equivocó. Esa no era la razón, sino algo mucho más sencillo y por tanto más difícil de comprender. Una vida en la que uno se encuentra atrapado, aburrido, hastiado, y por tanto ya no quiere continuar viviendo. No porque sea mala, no porque no haya resultado como uno esperaba, sino exactamente por lo contrario, porque todo salió de acuerdo a lo planificado y no quedaba por tanto nada más que hacer, nada más que mantenerla, conservarla, luchar para que siga igual. Una sensación de

final, dijo Adriana, un camino que se ha recorrido con éxito y ya no ofrece nuevas posibilidades, y entonces solo queda la huida o la resignación, y mi padre por supuesto optó por la huida. Pero Verónica no fue capaz de comprender nada de eso, y tampoco pudo imaginar que cuando mi padre se dio cuenta de que la separación no iba a resultar tan sencilla, empezaría a imaginar una salida rápida, directa, contundente, que le permitiera saltarse la etapa de gritos destemplados que preceden a cualquier separación. Verónica estuvo muy lejos de prever la maquinaria que mi padre estaba dispuesto a poner en marcha para destruir su matrimonio, maquinaria en la cual terminamos todos incluidos.

Adriana siguió hablando. Es posible que mi padre haya insistido en el tema del divorcio una vez más, pero eso nadie lo puede confirmar. Y entonces ocurrió que una no che, muy tarde, al filo de la medianoche, Kostia telefoneó por sorpresa y le dijo a mi padre que estaba en Lima y que tenía ganas de tomarse unas cervezas con él. Mi padre seguramente no tenía ganas de verlo, le dijo que no podía y colgó. Pero dos o tres minutos después Kostia volvió a llamar e insistió. Quizá le dijo que se sentía solo y necesitaba la compañía de un amigo con quien conversar, pero no creo que sus palabras hayan te nido ningún efecto. Supongo que mientras su viejo amigo le hablaba desde un teléfono público, en un rincón del bar en el que apuraba una cerveza solitaria, rogándole para que fuera a acompañarlo, mientras escuchaba a ese tipo a quien en el fondo supongo que despreciaba, un inútil o un fracasado, un tipo que no sirve para nada, mi padre calculó que salir a esa hora sin dar explicaciones podía ayudarlo a facilitar las cosas. Le dijo a Verónica que se marchaba, tomó un taxi y fue al bar donde Kostia le había dicho que lo estaría esperando. Pensó encontrarlo en la barra, acaso frustrado o deprimido, pero apenas avanzó entre las luces bajas del bar, mi padre se encontró con un grupo de diez o doce personas que bebían, jubilosos, celebratorios, diez o doce personas que brindaban,expansivos, entusiastas, entre los cuales solo reconoció a dos. Uno era el mismo Kostia, gordísimo, borracho, pelo largo sobre el rostro sudoroso, camiseta negra que parecía no haberse quitado en varios días, quien con excesivas

muestras de afecto, con gestos ampulosos y exagerados, alzó la voz para presentarlo a sus compañeros de bebida. La segunda persona que reconoció en ese grupo fue a Angélica. Mi padre saludó entonces a los desconocidos, quizá sorprendido pero sin manifestarlo, sin perder la compostura, los saludó amable, sonriente, cordial, pidió algo de beber y se acercó a Angélica, que a esas alturas de la noche ya andaba suficientemente estimulada. Mi padre se puso a conversar con ella, o más bien a hacerle preguntas breves, tontas, vacías, como para que ella hable y él la fuera midiendo, whisky en la mano, preguntas sin importancia, mientras él iba calculando, maquinan do, anticipando movimientos, y en ese momento comprendió que era posible que Kostia lo hubiera planeado todo, que esa llamada imprevista no tenía otra motivación que propiciar un encuentro entre Angélica y él. Pero cuando empezó a conversar con la mejor amiga de su mujer, suelto, relajado, y le dijo qué guapa estás, por primera vez en todo el tiempo que la conocía, pero no como una frase inocente sino con una entonación que pretende evidenciar que hay un significado detrás, que no es mera fórmula, cuando le dijo esa frase y ella no le clavó una mirada de reprobación, sino que por el contrario sonrió, se acarició el pelo e inclinó la cabeza, divertida, satisfecha, cuando ella le agradeció el cumplido y un ligero brillo se hizo visible en sus ojos, fue acaso cuando mi padre comprobó que toda amistad, especialmente cuando es cercana, especialmente cuando los amigos se conocen de muchos años y han pasado demasiadas cosas juntos, toda amistad de ese tipo tiene una grieta, una grieta que por muy pequeña que parezca resulta suficiente para introducir un cincel que, bien manipulado, puede terminar destruyéndolo todo. Cierto espíritu de competencia, dijo Adriana, que uno intenta disimular bajo muestras de un cariño que por otro lado no es fingido, pero se torna fugazmente visible cuando uno comprende que los triunfos de la otra persona, más allá de una genuina alegría, de cierta limpia satisfacción, son también asumidos como una derrota personal. Y en esa competencia inconfesada era definitivamente Angélica la que venía perdiendo. Poco tiempo después de que Verónica dejó la universidad para casarse, se le veía despistada, sin brújula, y decidió que se tomaría un semestre en

blanco. Buscaría trabajo mientras pensaba las cosas, y así terminó como vendedora en una tienda por departamentos, un trabajo temporal, después vería qué hacer. Lo cierto es que nunca volvió a estudiar, se fue quedando en la situación en la que estaba, rotando de trabajos, siempre menores, usualmente como vendedora, ya que tenía carisma y lo que antes llamaban «buena presencia», pero era indiscutible que algo no andaba bien con su vida, algo se estaba extraviando, pasaba los veinticinco, la gente de su entorno iba definiendo su vida, le iba dando una dirección mientras ella seguía perdida, a la deriva, sin planes ni futuro, sin una relación estable, sin trabajo fijo ni perspectivas. Estoy segura, dijo Adriana, de que cuando Angélica iba a visitar a Verónica, cuando cruzaba la puerta de entrada y veía la casa elegante, ordenada, cierta tranquila felicidad en el ambiente, a pesar de que la sincera alegría por el éxito de su amiga no había cesado, me parece imposible imaginar que no haya brotado en Angélica el deseo oculto de que las cosas también le empezaran a salir mal. Y entonces, cuando esa noche mi padre llegó al bar y se puso a conversar con ella, el lado oculto de la amistad de alguna manera emergió, limpió todas las capas superiores y se puso en primer plano, y en medio del alcohol y las luces bajas y la algarabía se anunció la posibilidad de una reivindicación o incluso de una revancha. Quizá todo eso cruzó por la mente de Angélica, esa noche, cuando hablaba con mi padre, todas esas ideas, confusas, sin coherencia, cruzaban por su mente, otro sorbo de vodka, *no soy menos que tú, no soy en absoluto menos que tú*, la sangre corriendo por las venas, los ojos fragmentando la realidad, *puedo conseguir cualquier cosa que tú hayas conseguido*, coqueta, sonriente, altiva, llena de energía, de confianza en sí misma, sintiéndose fuerte, *cualquier cosa que tú hayas conseguido,* esa noche, las piernas una sobre la otra, la sonrisa prolongada, esa noche, los dos en un taxi, el cuerpo de Angélica pegado al de mi padre en el asiento trasero, *cualquier cosa sin excepción.*

Adriana se detuvo un momento y después continuó. Horas después, cuando mi padre apareció en la puerta de la habitación que compartía con Verónica, serio, frío, sin mostrar ninguna emoción, y le dijo sin mayor preámbulo que había estado con Angélica, Verónica no se

quedó en blanco, no hubo periodo de shock ni de incomprensión, sino que la situación se perfiló con asombrosa nitidez. Y por eso, sentada en la cama, el cuerpo tenso, ojeras visibles bajo la luz clara del amanecer, no tardó más de un instante en comprender todo a la perfección. Una sola frase pronunció mi padre, una única frase sin temblor en la voz: estuve con Angélica. Y eso le bastó a Verónica para confirmar lo que esa noche en vela por primera vez había supuesto posible. Se había pasado la madrugada imaginando qué podía estar haciendo su marido, dónde había ido, con quién estaba, su cabeza volaba lanzando conjeturas, y en algún momento la imagen de Angélica se le cruzó por la cabeza para no volverse a ir, y entonces cuando el amanecer le trajo la confirmación fue como si ya hubiera estado preparada para asumirlo. Pero no lo estaba, dijo Adriana, ,y por eso su conducta se volvió extraña, errática, sin dirección. Lo único que tenía claro Verónica, lo único a lo cual se aferró en su intento de salvar el matrimonio, era que mi padre no fue tanto el culpable como la víctima de un plan que lo trascendía. Kostia y Angélica eran los verdaderos culpables, decidió Verónica, un par de fracasados que complotaban en secreto para destruir la felicidad de su matrimonio, pensó Verónica, un par de fracasados que en el fondo los odiaban y por eso habían venido calculando cómo destrozar ese matrimonio cuya simple existencia les recordaba su propia insignificancia. Y por eso se comportó con orgullo, un orgullo que podríamos llamar burgués, una sensación de dignidad y decoro ante los enemigos, una imagen para presentarles, y por eso prefirió perdonar a mi padre o al menos intentar olvidar lo que había hecho, y a cambio se concentró en la culpa de Angélica. Decidió dar el episodio por superado en lo que correspondía a mi padre, y le dijo que quería seguir con él, que tenían que darse una oportunidad, olvidar lo ocurrido y seguir adelante. Y entonces, dijo Adriana, veo a mi padre sentado en su consultorio, reposado, tranquilo, satisfecho, pensando qué paso dar a continuación. Un placer intelectual, dijo Adriana, lo que más disfruta, resolver problemas, planear estrategias, el cuerpo extendido, templado el entusiasmo porque debía trabajar el cerebro, no solo para romper su matrimonio sino para seguir manejando esta historia como desde

afuera, un golpe maestro que se facilitaba porque Verónica le había declarado abiertamente la guerra a Angélica, la llamaba todos los días a insultarla, ni una sola lágrima, ningún reclamo por la traición, nada que pudiera recordar su antigua amistad, solo insultos, como si siempre hubiera sido su enemiga, como si la odiara de toda la vida, la llamaba a insultarla y amenazaba con vengarse por lo que le había hecho. Angélica la dejaba hablar, acaso con cierta dignidad la dejaba hablar, no la interrumpía sino que la dejaba hablar hasta el final. Y cuando las cosas estuvieron planteadas de esa manera, mi padre cavilaba, sentado en el sillón de su consultorio, sereno, satisfecho, decidió que había llegado el momento de intervenir en esa batalla entre las dos. Me lo imagino, dijo Adriana, planeando fríamente el futuro, el suyo propio, pero también el de las dos mujeres que menos de un año después iban a terminar fuera de carrera. No puedo asegurar que mi padre haya planificado un desenlace como el que finalmente se produjo. No necesariamente quiso empujar las cosas hasta el extremo trágico al que se llegó, pero la manera en que alimentó en Verónica el odio hacia la chica que había sido su mejor amiga, la manera en que se empeñó en poner a las dos mujeres una en contra de la otra, demuestra que una nube de destrucción le pasaba por la cabeza como único final deseado. Lo que decidió mi padre una de esas tardes, sentado en el sofá de su consultorio, sonrisa satisfecha, taza de café en la mano, fue que para destruir definitivamente su matrimonio con Verónica debía tener un hijo con Angélica. En su avance hacia la destrucción final, mi padre la convenció de que podían construir un futuro juntos, y para demostrar que sus palabras eran sinceras le propuso tener un hijo. Angélica le creyó, era su reivindicación y su triunfo definitivo, una persona que la tomaba en serio, un futuro distinto, Angélica le creyó, repitió Adriana, y en esa grieta trabajó mi padre y se movió muy bien para alimentar el odio entre esas dos mujeres que en el fondo le eran indiferentes, eso está bastante claro, no le importaba en absoluto ninguna de las dos, quería simplemente destrozarles la vida para construir una nueva para sí mismo. Y por eso en los días siguientes a su primer encuentro sexual, mi padre y Angélica se siguieron viendo, y en uno de esos encuentros

clandestinos se produjo el coito en el que fui engendrada. En una de esas cópulas fui concebida y empecé a existir en el vientre de Angélica en medio de un clima enrarecido. Mi padre probablemente se alegró por el embarazo, no porque quisiera tener otro hijo sino porque mi concepción implicaba un triunfo en los planes que se había planteado, como si yo, la niña que se formaba en el vientre de Angélica, no fuera sino un arma para acabar con su matrimonio o para vengarse de su mujer.

Adriana se detuvo un momento, concentrada, sin mirarme, y después siguió. No tengo muchos datos sobre los meses de embarazo, dijo. Sé que mis padres habían empezado una relación, o al menos una especie de relación, y que él le prometió matrimonio una vez que yo naciera. Pero en paralelo, acaso con el propósito de mantener viva la tensión entre las dos, siguió viendo a Verónica. No estoy segura con qué frecuencia ni bajo qué condiciones, pero la siguió viendo y quizá le aseguró que en poco tiempo, una vez que las cosas empezaran a calmarse, podían superar el episodio y continuar con su matrimonio. Pero su verdadero propósito debió ser preparar el terreno para que unos meses más tarde, cuando le dijera que había tenido una hija con su mejor amiga, el efecto destructivo fuera más potente. En medio de ese ambiente contaminado, mi padre moviéndose en los dos frentes, instigando una rivalidad que a esas alturas se presentía que iba a terminar mal, que iba a terminar de la peor forma posible, nací yo, en febrero de 1983. A las pocas semanas, dijo Adriana, mi padre le confirmó a Verónica que había tenido una hija con Angélica. Y desde ese momento el crimen con que esta historia terminó no podía de ninguna manera resultar sorpresivo. Verónica andaba desequilibrada, sus llamadas ganaron violencia, y entonces, un día antes del final de esta historia, un día antes de que las cosas terminaran para ellas dos, pero que comenzaran para mí, dijo Adriana, recién nacida, desprotegida, víctima inocente de esta historia confusa, víctima de una historia que incluso hoy, veinticinco años después, no termino de comprender, un día antes de ese final Verónica llamó a mi madre por última vez. Nadie sabe lo que le dijo, pero no es difícil intuirlo. Lo cierto es que la mañana siguiente, cuando mi madre salió de casa para

ir al supermercado, Verónica, que la espiaba desde el parque de enfrente, se puso de pie apenas la vio salir, cuchillo largo empuñado en la mano derecha, se le acercó por la espalda, sin prisa, seria, decidida, se aproximó a paso lento, sigilosa, como siguiendo un libreto planeado al milímetro por mi padre desde su consultorio, se acercó hasta tenerla a un metro de distancia, y según los testigos la llamó por su nombre para que mi madre se volviera, como si quisiera ser reconocida, como si tuviera la necesidad de que su antigua amiga la viera y que en el instante final de su vida fuera consciente de su derrota. Y después de que sus miradas se cruzaron, miedo, rabia, incomprensión, después de ese segundo en que se miraron y las dos comprendieron todo, lo comprendieron mucho mejor de lo que hoy yo misma soy capaz de entender, Verónica le clavó nueve puñaladas. Después de la última, sin mostrar ninguna emoción, como si estuviera sedada o como si volviera de un sueño, Verónica fue a sentarse en una banca del parque, el puñal ensangrentado aún en la mano, y esperó tranquilamente que viniera la policía.

(sangre)

(escribir)

La sangre y la escritura

el temple suficiente para hacer un buen tajo

hay que desgarrar la piel de raíz / sin cerrar los ojos

después todo fluye

(conejo)

Sangre manchando las patas blancas del conejo

nunca se dejó cortar las uñas

me veía acercarme con el aparato metálico con que iba a cortarle las garras y salía brincando por la sala

como si supiera que yo aceptaría su negativa sin insistir

se ponía a dar vueltas, divertido

como si fuera consciente de que mis intentos con ese aparato metálico no eran en realidad intentos

sino el deseo de hacerle saber que alguna vez tendría que cortarle esas garras que seguían creciendo, incontrolables

que iba a ser necesario cortárselas porque a veces, por las noches, especialmente cuando el sueño se vuelve intranquilo

especialmente cuando el sueño se pone tan malo que sería preferible despertar

el conejo salta a la cama y me cae directamente en el rostro

y esas garras delanteras, cada vez más afiladas, se me clavan en las mejillas

(señal)

El conejo nunca se dejó cortar las uñas

las raspa contra el suelo y anda saltando por la casa y por eso de vez en cuando se le quiebran

sale sangre, mucha sangre, borbotones de sangre

una cantidad descomunal de sangre para el tamaño del animal

Ayer llegué a casa y un hilo de sangre corría entre mi estante de libros y la computadora

No fue un accidente sino una señal: no es la primera que me manda

(sangre)

Limpio la sangre con los dedos, la vuelvo invisible sobre el parqué utilizo la mano derecha, dos dedos estirados

el índice y el medio corren sobre la sangre, lento, sintiendo el contacto miro su rastro en mis yemas, quedan teñidas de un rojo brillante

y entonces recuerdo que hace unos días estaba tomando pisco con Izquierdo y que hablábamos de escritura

Izquierdo me dijo que sangre es lo que se necesita para escribir

alzó la botella y dijo: sangre es lo que quiero ver derramarse entre las líneas cada vez que abro un libro

y yo pensé que eso es precisamente lo que tengo que hacer una cuchilla, una herida breve y profunda

y después mirar el punto rojo y su mínima erupción y después sentir la humedad corriendo por la piel

y después un torrente incontenible

durará treinta o cuarenta páginas

no necesito más

no quiero más

SEGUNDA PARTE

AUSTIN, TEXAS 1979

1

El origen, el verdadero origen de la historia, se encuentra en un suceso aparentemente inconexo que ocurrió en Austin, Texas, en 1979. Me lo contó mi padre una noche en que, después de varias semanas, acaso varios meses sin dejarme ver por la casa familiar, fui a buscarlo para contarle que las cosas no iban del todo bien. No le contaba nada específico, ninguna situación en particular, solo que las cosas no iban del todo bien. Él escuchaba sin decir nada; movía la cabeza, serio, callado, condescendiente, la mano frotando el espacio sobre el labio superior, donde años atrás había llevado un bigote y ahora solo quedaba un vacío, acariciaba esa zona ahora despoblada con las yemas de los dedos, como comprobando físicamente la pérdida, y de pronto me dijo qué te parece si vamos a comprar unas hamburguesas. Lo dijo exactamente así, unas hamburguesas, como si fuera una especie de ritual o como si tuviera alguna tácita implicancia, una resonancia adicional que yo no podía interpretar, a pesar de lo cual dije que sí, que estaba bien, que podíamos ir por unas hamburguesas. Nos pusimos de pie y cinco minutos después íbamos en silencio, uno al lado del otro, en su auto. Mi padre, sesenta años, la mirada fija al frente, un temblor en la mandíbula que reaparece cada tanto y parece indicar una ansiedad que probablemente no lo deja dormir y que tal vez por las noches lo obliga a mantenerse de pie detrás de la ventana, mirando el agotamiento de la madrugada reflejado en las calles vacías. Mi padre, mirada fija al frente, mandíbula temblando de rato en rato, conduce callado y con la mano derecha manipula la radio y va cambiando estaciones. Sé que le gustan las noticias, y que seguramente busca algún locutor que lo mantenga informado de lo que ocurre, como ha hecho siempre desde que mi memoria es capaz de registrar. Sé que mis recuerdos más antiguos son de mi padre escuchando las noticias; desde mi niñez más temprana fui consciente

de que lo que más le gustaba a mi padre era escuchar las noticias, y que las noticias eran un enemigo con el que no podía competir si pretendía captar su atención. Para mi padre las noticias siempre tenían que ser recibidas por la radio, nunca por televisión, nunca en periódicos, como si la imagen o la letra pudieran estropear el verdadero mensaje, la voz debía llegar limpia, clara, sin estorbos ni interferencias, para ser captada en su verdadero sentido. Pensaba en todo eso mientras mi padre cambiaba las estaciones sin decir nada, pero rápidamente me di cuenta de que esta vez mi padre no buscaba la estación de noticias, sino que se detuvo en unas canciones antiguas, un programa que parecía del recuerdo, en el que retumbaba la voz de un cantante de otra época, un cantante que sonaba como si ya estuviera muerto, y con él muerta toda una época. Amigos y enemigos extintos, tristezas y alegrías terminadas, finalizadas, olvidadas, desaparecidas, sin consecuencias. Y sin embargo esa noche, todo ese clima, todo ese conjunto de fantasmas condensados en esa voz muerta que no solo canta sino que también convoca, rescata, resucita, todo ese espíritu aparentemente perdido reaparecía ahí, en el auto de mi padre, esa noche, rumbo a comprar las hamburguesas.

Bonita noche, dijo mi padre. Me gusta cuando está así, agregó, buen clima, poca gente en las calles. Se puede manejar tranquilo. Yo no dije nada. Miraba las calles por la ventana abierta. Bajamos por Frutales hasta Javier Prado, volteamos a la derecha y un minuto después bordeamos el Óvalo Monitor y pasamos frente a la Universidad de Lima. Y después mi padre giró otra vez a la derecha, salimos por una callecita delgada y cruzamos Olguín como si el auto fuera una flecha que atraviesa un cuerpo, e ingresamos al estacionamiento del Burger King. Acá está bien, dijo mi padre, sintiéndose en su territorio, cerca del hipódromo, cerca de los caballos que tanto le han gustado siempre, dentro del área en que usualmente se mueve, en esa mínima porción de la ciudad en la que vive, trabaja y pasa sus ratos libres. En esa porción de la ciudad que seguramente siente como propia. De todo lo que está afuera de sus límites, pensé yo, sentado a su lado, prefiere enterarse solo a través de las noticias, voces de locutores radiales, sin rostro y por tanto sin angustia, voces que suenan como murmullos de

otro mundo.

Acá está bien, repitió mi padre. Ni siquiera tenemos que bajar del auto y podemos seguir conversando aquí, agregó, sin mirarme, y después avanzó hacia la pequeña fila de autos que esperaban turno frente al parlante donde una voz sin rostro, voz sin cuerpo, voz estándar, sin carácter ni personalidad, preguntó con mecánica cordialidad qué nos íbamos a servir. Di una rápida mirada al tablero junto al parlante, donde estaba escrito el menú, y elegí lo primero que me salió pronunciar. Mi padre repitió el pedido ante el micrófono donde la voz anónima saludaba con no menos anónima cordialidad, y pidió lo mismo para él. Y al rato tenía las hamburguesas en las manos, metidas en unas cajitas de cartón. Sentía su calor en mis brazos mientras el auto avanzaba como una serpiente nocturna en medio del estacionamiento casi vacío hasta ubicarse en un rincón. Bueno, dijo mi padre, apagando el motor, acá está bien. Hice el ademán de entregarle su hamburguesa, pero él dijo que me la podía comer yo. Pásame las papas fritas, dijo, solo quiero papas fritas. Yo también quería comer papas fritas, y recordé que cuando era chico casi nunca había papas fritas en el menú de la casa, y cuando llegaba el día en que había papas fritas era como algo especial. Pensé comentárselo, decirle algo así como recuerdas la manera en que esperaba las papas fritas, me parecían la mejor comida del mundo, me parecían un lujo, algo demasiado bueno como para repetirse muy seguido. Pensé decirle eso y agregar un comentario del tipo qué increíble que con los años las percepciones sobre las cosas cambien tan radicalmente, y que ahora las papas fritas no sean más que esta cajita, tan modestas, tan poca cosa. Pero no le dije nada, no tenía sentido decirle nada, no tenía sentido porque seguramente a él no iba a parecerle importante, seguramente no iba a decir nada, y a cambio seguiría pensando en otra cosa, quizá en las noticias que había escuchado en la mañana, mientras conducía hacia su trabajo, o acaso en lo que todavía puede venir, en lo que todavía puede pasar en la vida de un hombre de sesenta años, casado hace más de treinta, con dos hijos adultos. Quizá pensaba en esa esquiva idea de futuro que tiene la gente a partir de cierta edad, en el futuro como un espacio aparentemente cerrado,

aparentemente impenetrable, al que se mira sin embargo con cierta esperanza, buscándole una grieta, un resquicio por el cual meter la mano, arañar con el dedo, atisbar un poco el interior.

Mi padre se llevó una papa frita a la boca, solo una, toma da con dos dedos, con cierta delicada elegancia, y la introdujo recta, horizontal, como un cigarro que de pronto la locura o la ansiedad juzgan comestible, y después bajó completamente el volumen de la radio, en lugar de apagarlo lo bajó hasta adelgazar la voz cantante lo suficiente como para hacerla desaparecer, y me dijo, como si por largo rato hubiese estado pensando cómo empezar, me dijo hay algo que nunca te he contado. Lo dijo así, «hay algo que nunca te he contado», y la frase me sonó rara, me sonó muy rara porque en realidad mi padre casi nunca me ha contado nada, casi no sé nada sobre su vida, no sé nada sobre su pasado y en realidad tampoco sobre su presente, y lo poco que sé no me lo ha contado él. Entendí que la frase era imprecisa y que debía referirse a algo más, algo que seguramente no le había contado a nadie, o que en todo caso no tendría por qué contarme a mí. Me dispuse a escucharlo con atención, y mordí la hamburguesa como intentando aferrarme al presente, convencerme de que sea lo que fuere lo que iba a decirme mi padre, él y yo estábamos anclados en esa noche tranquila, y que todo lo demás no era sino relato, recuerdo, borroso fragmento de un pasado que ya no importaba, que ya no tenía por qué importar.

Tú sabes, dijo mi padre, que hace años, antes de que tú nacieras, me fui a hacer una maestría a Austin. Me fui con tu madre, como tú seguramente sabes, y nos quedamos allá un par de años. Era una maestría en filosofía política, que me interesaba mucho en ese tiempo, quizá porque en mi época, cuando era joven, en el Perú a todo el mundo le interesaba la política y todos pensábamos que la revolución era una necesidad histórica. A inicios de los setenta empezaron a circular los libros de Luis de la Puente Uceda, asesinado arriba, en las alturas de Mesa Pelada, y todos leíamos sus cartas y comentábamos que había muerto por un error conceptual. Muerto por un error conceptual, ¿entiendes? De la Puente había leído al Che Guevara y tal vez también a Regis Debray. Era entonces un lector, esencialmente un

lector, pero un lector que se equivocó, que leyó mal, que no supo interpretar, y por eso en lugar de dirigir la guerrilla como aconsejaba el canon, al menos el canon cubano, que era el que en ese momento se intentaba replicar, en vez de internarse con sus hombres, atacar en la oscuridad y después replegarse y desvanecerse, De la Puente se atrincheró en Mesa Pelada y ahí murió acribillado por las balas del ejército. Un error de lectura que se paga con la muerte, ¿no es impresionante?, dijo mi padre, las papas fritas enfriándose entre los dedos. A mí me quedó dando vueltas esa idea del error conceptual, siguió él, esa idea de que uno puede morirse si no es capaz de leer bien, uno puede ser asesinado si no demuestra que es un buen lector, y esas conclusiones me llevaban a la filosofía, a la necesidad de pensar en abstracto, más allá de la coyuntura, en lugar de limitarme a seguir llamados a la acción, llamados que por otro lado nunca supimos a qué estaban exactamente dirigidos. Y entonces empecé a leer filosofía mientras avanzaba mis estudios de Derecho, en mis ratos libres, mitad como pasatiempo y mitad con convicción, libros sueltos, sin plan que los organice, que leía de vez en cuando, en las noches, cuando tenía tiempo. Pero después la cosa se puso medio fea, no había trabajo, y nosotros, quiero decir tu madre y yo, empezamos a tenerla difícil. Y de pronto, un día, en una reunión familiar, en una de esas extrañas reuniones familiares que con sospechoso espíritu ecuménico organiza el que tiene más plata de la familia, pero que en realidad no son más que un pretexto para la ostentación, en una de esas reuniones que ocurren cada diez años y a las que invitan a todo el mundo, incluso a esos familiares a los que nunca en tu vida has escuchado siquiera mencionar, en una de esas reuniones llenas de supuestos tíos y supuestos primos absolutamente desconocidos, dijo mi padre, sin dejar de mirar las pistas vacías del estacionamiento del Burger King, conocimos a un tío lejano de tu madre, el padre de un primo de tercer grado o algo así. Se llamaba Mario, dijo mi padre, y se jactaba de haberse casado siete veces, siempre con mujeres de distintas nacionalidades, ninguna peruana, todas mucho menores que él, y todas con plata y buen culo, decía, con plata y buen culo. Y lo más importante de todo, decía Mario, es que nunca he tenido un solo hijo.

No quise preñar a ninguna, decía Mario, orgulloso y levemente borracho, con ese coqueto tono de embriaguez permanente que tienen quienes beben al menos un par copas todos los días. Pero ahora quiero casarme con una chilena, decía Mario. Nunca he estado con una chilena, estoy buscando una chilena con cierta desesperación. Y a esa, sobrino, me decía Mario tomándome del brazo, la mano derecha ocupada en un vaso de *whisky*, a esa sí que la voy a preñar. Ya vas a ver.

Mi padre se detuvo un instante y me miró de reojo, como calculando si su relato despertaba mi interés. Después levantó la mirada brevemente hacia el retrovisor, se miró a sí mismo en el espejo oscurecido, como comprobando el tiempo transcurrido, las arrugas al lado de los ojos, la distancia entre lo que tenía en la cabeza, esos recuerdos lejanos, y esta realidad, con un hijo que se va acercando a los treinta años, arruinado, sin futuro, deprimido, separado hace un tiempo de una mujer con la que se casó a los veintiuno sin razón aparente, sin embarazo de por medio, sin planes concretos, con la que se casó contra la incredulidad de toda la familia, y con la que contra todo pronóstico había durado más de cinco años, a pesar de que finalmente las cosas le dieron tardíamente la razón al lugar común y el hijo raro se había terminado separando de su prematura mujer. Y entonces, le dije a mi padre, como invitándolo a continuar, y él se acarició el espacio vacío donde tenía el bigote, como si los años que llevaba afeitado no fueran suficientes para erradicar la costumbre de buscar la pelambrera sobre los labios, y añadió que ese tío casado siete veces, ese tipo alcohólico o casi alcohólico, era profesor de filosofía en la Universidad de Texas, en Austin, estaba medio retirado, y venía a Lima de vez en cuando a pasar el rato. ¿Cómo que medio retirado?, le pregunté a mi padre. Había dejado de enseñar, me explicó él, con un leve tono de hastío, como si esa aclaración lo distrajera de su objetivo. Ya no daba clases desde hacía un tiempo, pero no quería desvincularse del todo de la vida universitaria y por eso seguía a cargo de ciertas labores administrativas, como coordinador de cursos de pregrado o algo por el estilo. Tenía más de treinta años enseñando en esa universidad, así que esencialmente

podía hacer lo que le daba la gana. Tras un breve silencio en que volvió a mirarme, como calculando si su explicación me dejaba satisfecho y podía seguir moviéndose hacia el punto al que quería llegar, mi padre agregó que en una conversación con ese tío salió el tema de que a él, a mi padre, le interesaba la filosofía política. Y entonces Mario, súbitamente interesado, le dijo de inmediato que tenía que ir a hacer una maestría a Austin, y que él lo ayuda ría a conseguir una beca. Supongo que estaba aquí un poco aburrido, siguió mi padre, un poco hastiado. Tú sabes, dijo, mirándome directamente, uno llega a los treinta, siente que todo se acaba, que todo se va a la mierda. Eso está mejor, me dijo mi padre, uno siente que todo se va a la mierda, que dejó de ser joven, que solo falta seguir una línea ya trazada, durar, permanecer. Y por eso me motivó la idea, el deseo de cambiar de vida, de ser otra persona, de jugar al menos por un tiempo en otro papel. Y le dije a Mario que sí, que haría todo lo necesario, que podía estar seguro que daría lo mejor de mí para conseguir la beca. Hablé con tu madre, intenté convencerla de que era lo mejor, que cambiar de ambiente nos haría bien. Ella se sentía bastante cercana a su familia, un lazo que yo nunca comprendí del todo, un lazo hasta cierto punto indeseable o al menos innecesario, pero la fui convenciendo de que no estaba nada mal pasar por la experiencia de una sociedad desarrollada, mirar el Perú a la distancia, desvincularse un poco de este ambiente, de la gente de aquí, buscar alternativas. Teníamos cinco años casados, nos llevábamos bien, no teníamos hijos, era una buena oportunidad para cambiar de vida. Tu madre tenía aquí un trabajo menor, no parecía que hubiesen mayores perspectivas, quizá allá podríamos comenzar otra vez, de cero, intentar quedarnos, hacer una nueva vida, tener hijos allá, que no conozcan Perú, que no se sientan peruanos. Como quitar les ese estigma, ¿me entiendes?, dijo mi padre, y yo dije que sí, que sí lo entendía, aunque en el fondo mi comprensión era sobre todo interpretativa, cargada de suposiciones, luz propia sobre oscuridad ajena. Prendí un cigarro como quien remarca que ese será su único movimiento, fumar y echar humo mientras espera y escucha, a la expectativa. No fue tan difícil lo de la beca, dijo mi padre. Mario nos ayudó mucho con los trámites, pero en

realidad las cosas se simplificaban porque allá necesitaban profesores de español, gente con educación que enseñe la lengua, mano de obra calificada y barata. Y también por una cuestión de minorías, me imagino, mantener un porcentaje de hispanos becados, manejar con corrección política los fondos del gobierno, quién sabe cómo se movían esos temas, especialmente durante la Guerra Fría. El asunto es que me dieron la beca para hacer mi maestría en filosofía política. Nos íbamos por dos años, tenía que tomar tres cursos cada semestre y enseñar uno de español, y estudiaba gratis y recibía un dinero que era suficiente para vivir tu madre y yo con razonable decencia, al menos para los pobres estándares a los que estábamos acostumbrados aquí desde la época de Velasco. Con eso se instalan por allá, decía Mario, y después se quedan. A la mierda con Perú, decía Mario, a la mierda para siempre, dijo mi padre que los animaba Mario, comiendo las papas fritas que ya terminaban de enfriar. Yo era entonces un poco mayor que tú, me dijo, dos o tres años más, estaba casado, pero cuando al fin partimos, invierno del 78, estaba motivado, sentía que algo nuevo iba a ocurrir. Aterrizamos en Houston sin problemas, al amanecer, mucha luz a pesar del frío. Arrastramos las maletas, subimos a un bus y tres horas después llegamos a Austin. Y ahí, en la época en que Jimmy Carter liberó los insumos con que se elaboraba la cerveza y los Talking Heads empezaban a sonar en todas las radios texanas, comenzó nuestra nueva historia. El primer año fue todo perfecto, nos acomodamos bien, Mario ayudó a tu madre a conseguir un puesto como asistente del Graduate Chair del departamento, y de esa manera empezamos a organizar una vida nueva, una vida mejor. Todo marchaba perfecto. En pocos meses el Perú se iba des dibujando como un mal recuerdo. Algo lejano que de pronto parecía que ya no importaba más. Y así fue, dijo él, cambiando repentinamente el tono, hasta que unos meses después, al iniciar el segundo semestre, pasó algo. Y eso es lo que hoy quería contarte.

Mi padre se quedó un momento en silencio, mientras aplastaba el recipiente de cartón de las papas fritas hasta formar una bolita. Lo aplastó con los dedos, sin especial energía, y después deslizó la cajita contraída en la bolsa de papel donde nos habían entregado las

hamburguesas. Ese semestre, dijo mi padre, tuve en mi clase de español a una estudiante que me llamó la atención desde el primer día. No me llamó la atención porque fuera especialmente bonita, aunque seguramente lo era. Quiero decir, no era necesariamente la típica más linda del salón. Había como diez chicas en la clase y ella debía estar entre las dos o tres mejores, pero no era indiscutible que fuera la mejor. Pero bonita sí era. ¿Entiendes lo que quiero decir?, me preguntó mi padre, buscándome los ojos en la oscuridad, la voz de pronto impaciente, como si quisiera evitar cualquier añadido de mi parte, cualquier exceso de interpretación, como si quisiera reducir mi papel a simple decodificación de un mensaje transparente, mera interpretación de signos de contenido irrefutable. Y por eso le dije que sí, que lo entendía, y él continuó y dijo que esa chica, la chica de la que quería hablarme, la chica que ahora me doy cuenta era el verdadero objetivo de su historia, esa chica, dijo mi padre, tenía algo que me llamó la atención desde el primer día. Lo que distinguía a esa chica, continuó, era que tenía un entusiasmo desmedido que se le notaba en los ojos. Un entusiasmo desmedido, dijo mi padre, lento, como bus cando las palabras adecuadas para lo que quería describir. Y ese entusiasmo se le notaba en la mirada. Miraba siempre con los ojos muy abiertos, como permanentemente sorprendida, como permanentemente maravillada ante todo lo que iba ocurriendo, por mínimo que pareciera. Una especie de deslumbra miento constante ante el mundo, dijo mi padre. Y en esa clase el mundo era mi cuerpo, mi voz, mis palabras, allí, de pie en medio del salón, delante de todos esos estudiantes que querían aprender español. Y ella se sentaba adelante, en la primera fila, en esa fila en la que uno, por una cuestión de perspectiva, usualmente no repara. Se sentaba allí, muy cerca de mí, y yo hablaba mirando al centro de la clase, los ojos enfocados en la parte central del aula, y entonces por ratos, no sé si porque de alguna manera sentía la fuerza de su mirada, me desplazaba visualmente hasta la primera fila y la encontraba mirándome, directamente, claramente, con esos ojos deslumbrados, inmensos, brillantes, refulgentes. Eso, refulgentes, dijo mi padre, de pronto con cierta emoción, como si hubiera buscado la palabra por largo tiempo y

que ahora, hablando conmigo en el estacionamiento vacío de un Burger King, tantos años después, hubiese por fin encontrado el término exacto. Sus ojos refulgían, repitió mi padre, concentrado, las manos en el timón. Sus ojos me miraban como nunca nadie me había mirado. Y entonces mi respuesta, mi respuesta interna, era sobre todo de agradecimiento. Agradecimiento porque sabía que esa era una mirada como de bondad, una mirada que demostraba que valía la pena seguir vivo, que aunque todo el mundo se fuera a la mierda, había ahí una persona en la que se podía confiar, una chica de veinte años que mantenía una especie de pureza con la que yo me sentía cómodo, con la que de alguna manera, dijo mi padre, yo me sentía gratificado. No pensaba que esa chica me gustaba, no pensaba que me entraban ganas de meterme un buen polvo con ella. Ni siquiera se me ocurría esperar que, al final de la clase, se levantara de su carpeta para mirarle el culo. Solo agradecía que me mirara así, con esos ojos inmensos, la postura firme, la sonrisa medio tímida, un poco nerviosa cuando se daba cuenta de que por unos segundos yo también la quedaba observando.

Mi padre hizo una pausa. Y yo miré al estacionamiento vacío y traté de imaginar la escena. Un profesor de treinta años, aire juvenil, amable, sonriente, cierta languidez oculta tras su visible entusiasmo; una chica de veinte, los ojos grandes, la mirada abierta, sentada en la primera fila de un salón de clases en Austin, Texas, en 1979, mirándolo. La imagen no enfoca del todo: aparece mi madre, aparezco yo de niño, en los brazos de mi madre, a pesar de la perturbadora certeza de que yo, en ese tiempo, aún no existía. Y así pasaron dos semanas de clase, siguió mi padre, un par de semanas en que me acostumbré a reconocerla, lejana, sonriente, entusiasmada. Ella casi no hablaba en clase, casi nunca intervenía, había dicho que porque estaba nerviosa, me lo había dicho en unos formularios que entregué en la primera clase, donde les preguntaba a mis alumnos por su experiencia anterior con el español, y ella escribió que estaba nerviosa. Lo dijo con una sola frase, con esa misma frase escrita en español, entre signos de admiración. «¡Estoy nerviosa!», había escrito, y cuando me miraba podía parecer que sí, que no sentía suficiente

confianza con su nivel de español y entonces prefería callar y mirar, callar y mirarme, y por eso casi nunca la había escuchado hablar. Pero un día, después de dos semanas, se me acercó al final de la clase y me dijo que quería conversar conmigo en la oficina. Y yo le dije que sí y le di una fecha, un viernes por la tarde. Recuerdo que por alguna razón ese viernes por la tarde estaba yo un poco nervioso, o más precisamente un poco inquieto, inquieto por su visita, como si percibiera que algo iba a cambiar al hablar directamente con ella, sin la segura mediación de la clase de español. Llegué puntual a mi oficina, que estaba en el tercer piso del edificio, y pasaron cinco minutos y ella no llegaba, y yo decidí bajar a mirar, pensando que tal vez andaba por ahí perdida, y pisé la planta baja y justo en ese momento la vi entrando al edificio. Venía con ropa deportiva, una casaca y un pantalón de buzo negro, una vestimenta distinta a la que usaba en clase. Pero sobre todo tenía distinta la actitud. Llevaba audífonos en los oídos, dispositivo que veía multiplicarse en Austin desde que, pocos meses antes, los *walkman* habían empezado a venderse y los estudiantes más aficionados a la música, o con más ganas de demostrar su sincronía con los nuevos tiempos, utilizaban. Ella venía entonces con los auriculares puestos, y al verme a la distancia me saludó moviendo las manos, y después se quitó los audífonos, sin prisa, uno tras otro, como si a través de ese movimiento no solo se estuviera desprendiendo de un objeto sino también de una canción, de una música de fondo que la mantenía en otro clima, en otra atmósfera. Pero no dejó de sonreír mientras se acercaba, lento, como en tiempo detenido, mirándome con los mismos ojos de las clases. Y yo sentí algo raro, algo sobre todo como sorpresa. La mirada de la chica era exactamente la que tenía en clase, pero su postura corporal, la manera como avanzaba, como sonreía, habían adquirido una firmeza mayor, una seguridad que en clase se mantenía oculta. Era como si hubiera asumido un rol más activo, dijo mi padre, los ojos clavados al frente, como si la contemplación pasiva de clase, dijo él, el deslumbramiento que mostraba durante las clases se hubieran transformado en una fuerza activa, una luz de la cual me costaba protegerme. Y yo la saludé, la saludé diciéndole simplemente hola, y

le señalé las escaleras para indicarle que debíamos subir a la oficina. Y mientras trepábamos los escalones le pregunté en español cómo estaba. Y ella, con inusual alegría, dijo muy bien, muy bien, lo dijo así, dos veces, ampliamente, sin atropellarse, con breve pausa al medio, sonriendo, como si no fuera una simple formalidad, como si en verdad estuviera muy bien, como si estuviera realmente muy bien, y entonces me preguntó cómo estaba yo, y yo le dije que estaba bien, que todo estaba bien. Y en ese momento me sentí incómodo, muy incómodo e incluso derrotado, ya que su insólita seguridad me aplastaba, no correspondía a la chica contemplativa de la clase y por eso no estaba me sentía preparado para enfrentarla. Inconscientemente aceleré el paso para llegar pronto a la oficina y empezar con los temas académicos, que era la razón por la cual venía a buscarme. Y por eso un minuto después, cuando entramos a la oficina, sentí la tranquilidad de quien vuelve a pisar territorio seguro. Me acomodé en la silla, esperé que ella se sentara frente a mí, y después seguramente hablamos de las clases, seguramente le expliqué alguna regla gramatical que no estaba clara, seguramente intenté ser preciso en enseñarle cuándo utilizar «por» y cuándo utilizar «para», y más probablemente le pregunté cómo iban las cosas en el curso, cómo se sentía ella en clase y qué sugerencias tenía para mejorarla, que era lo que usualmente le preguntaba a todos los estudiantes que pasaban a buscarme a la oficina. No tengo mayor recuerdo de esa conversación, dijo mi padre, no conservo su imagen sentada en la oficina, ese día, con ropa deportiva, frente a mí. Pero sí recuerdo que después de esa reunión, de esos quince o veinte minutos que pasamos juntos, percibí en ella cierto cambio de actitud durante las clases. Su nerviosismo parecía haber desaparecido, se le veía más segura, por ratos no parecía una simple estudiante, sino una oyente atenta que juzga, que da su aprobación con un gesto, que motiva a seguir por la misma vía o sugiere un cambio de dirección en el rumbo de la clase. Empezó a intervenir más, no demasiado, pero sí un poco más. De cualquier manera, dijo mi padre, enfatizando levemente, como si esa frase no solo fuera una simple transición sino que implicara un sentido adicional, una dirección desconocida sobre la que yo no estaba

dispuesto a aventurar opinión, de cualquier manera no le hice mucho caso. Ni siquiera pensaba que esa chica me gustaba. Andaba muy concentrado en mis clases de la maestría, la relación con tu madre iba mejor que nunca, como si nuestro vínculo se hubiese revitalizado en el exilio, palabra coqueta que sonaba excesiva, pero igual le decíamos así, «nos va muy bien en el exilio». Y era cierto: las cosas parecían marchar a la perfección. Y así hasta que dos semanas más tarde, antes de un examen, la chica volvió a aparecer por la oficina. Y esta segunda vez sí llegué a sentir, no demasiado violento, no demasiado visible, pero sí alcancé a percibir que algo se desmoronaba y empezaba a adquirir una forma imprevista. Lo percibí de a pocos, primero desde que entró a la oficina y me saludó con una apertura y una naturalidad que esta vez no me cogieron con la guardia baja, sino que me gustaron, y entonces respondí con similar desenvoltura, y después, durante los treinta o cuarenta minutos que pasamos juntos esa tarde, yo saqué un par de copias de sus ejercicios de escritura, le entregué una y me quedé con la otra, como para evitar la cercanía excesiva de mirar los dos de un mismo papel, y leímos en voz alta sus escritos. Le fui señalando los errores gramaticales o las imprecisiones de vocabulario, pero especialmente le comentaba el contenido, párrafos en los que ella contaba que le gustaba la pintura y le gustaba también escribir, pero sobre todo pensar, detenerse sobre lo que va ocurriendo. Y que escuchaba música que definió como melancólica, y que en general esa música la hacía sentir un poco triste, solo un poco, dijo ella, de pronto cambiando al inglés, solo un poco como para sentir que estoy viva, pero después sigo así, contenta, optimista, bien. Y entonces seguíamos leyendo su trabajo y por ratos hacíamos bromas y nos reíamos y cruzábamos las miradas, y en una de esas, ella reclinada con la hoja impresa en la mano, atenta y sonriente, pasándola bien, pasándola demasiado bien, quizá tan bien como yo, le miré directamente las tetas. Y recuerdo que pensé *qué ricas tetas carajo*, lo pensé así, con esas palabras, *qué ricas tetas carajo*, y me pregunté cómo había sido posible que en cuatro semanas que llevábamos de clase nunca se las había mirado, no me había dado cuenta de que las tenía duras, bien formadas, erguidas, y ahora

estaban ahí, a un metro de distancia, y entonces algo empezó a correr en esa oficina, algo tan invisible como claramente perceptible inundó esa oficina, algo que para ahorrar mayor explicación podría definirse como deseo sexual. Deseo sexual, no solo ganas, calentura, arrechura, sino deseo sexual, puro, intenso, una forma de amor que solo aparece de vez en cuando, que al menos yo no he conocido más que un puñado de veces en toda mi vida, dijo mi padre. Dejé de mirarle las tetas, sabiendo que podía perturbarme demasiado, y evité también mirarla más abajo, donde por primera vez intuí una forma más o menos voluptuosa, una redondez que adivinaba a ciegas, los ojos evitando la revelación directa, revelación que acaso habría producido consecuencias catastróficas, si no a mi futuro inmediato por lo menos a mi equilibrio espiritual, y me forcé a concentrarme en nuestra charla. Seguimos conversando de música un buen rato, pasando con soltura al inglés, lo que yo entendía como un tímido gesto de ruptura con lo profesional, un leve alejamiento de lo que supuestamente nos convocaba, una entrada sutil en un terreno donde como mínimo acechaba la ambigüedad, hasta que de pronto, en medio de nuestras risas distendidas, apareció en la puerta abierta de la oficina otra alumna, una chica seria, que se puso de pie en el umbral para anunciar su presencia, y de esa manera acabó violentamente con un chorro constante que fluía bien, que fluía demasiado bien para ser la oficina de un profesor en reunión con una alumna. Saludé a esa otra chica en voz alta, la saludé con fingida alegría, como para ocultar lo indeseable que me había resultado su aparición, y después miré a Alessa, que así se llamaba la chica de la que vengo hablando, Alessa, abrí los brazos al aire y le dije gracias por venir, Alessa, conversamos otro día. Y ella también me agradeció, cogió sus cosas, se levantó de la silla, saludó a la otra chica, un saludo breve, impersonal, el saludo que se le da a un compañero de clase con el que no se tiene ninguna relación cuando se le encuentra fuera del aula, y después se fue. La otra chica, la chica seria, entró a la oficina y pasó a ocupar el mismo asiento que un minuto antes había disfrutado las sentaderas de Alessa, y de pronto la diferencia me golpeó como una ráfaga, la inmensa diferencia de energía de lo intempestivamente perdido, la química, el

olor del cuerpo deseado, y tenía a cambio, en contraste, a la recién llegada que, el gesto ceñudo, abría su libro para hacerme algunas aburridas preguntas que seguramente había preparado de antemano. Y entonces, súbitamente deprimido, volteé los ojos hacia la mesa que tenía a mi lado, la mesa donde apoyaba mi codo derecho, como un intento desesperado por prolongar la visita anterior, de sentir sus vibraciones en ausencia, de mantenerme vivo en ese clima tan agradable, y me di cuenta de que Alessa se había olvidado su lápiz en la oficina. Fue como sin un chorro de electricidad me hubiera atravesado el cuerpo. Me puse de pie sin pensarlo, dijo mi padre, me puse de pie como un autómata, de un brinco, pura reacción, puro instinto, me puse de pie como quien ha perdido todo rastro de lucidez, y dije a voz en cuello: ¡Alessa se ha olvidado su lápiz! Y ante la sorpresa de la otra chica, de la alumna seria, salí de la oficina a la carrera gritando el nombre de Alessa, dos veces, tres veces, cuatro veces, voz clara, voz decidida, voz que convoca lo que no quiere perder, lo que no quiere que se desvanezca, y avancé a paso firme por el pasillo y al dar vuelta a la esquina comprobé que ella me había oído y me esperaba, el rostro curioso, de pie al lado del ascensor. Y yo me iba acercando a ella, lápiz en la mano, lápiz cortando el aire de la tarde tranquila, lápiz como un símbolo de entrega, y fui hacia ella con el lápiz desenvainado a la altura del pecho, y ella me miraba sonriente y sorprendida mientras me aproximaba, cuatro metros, tres metros, dos metros, y de pronto estoy a un paso y estiro el brazo y le extiendo el lápiz. Le alcanzo el lápiz y siento la vibración en su mano, la energía contenida en ese objeto que ella recibe entre los dedos y a través del cual por un momento siento que hacemos contacto, verdadero contacto, y de inmediato me golpea un crepitar interno que me cuesta explicar. Y ella, cuando recibió su lápiz, inclinó un poco la cabeza, coqueta, y me dijo *gracias, Lucas*, así, con mi nombre y con pronunciación anglosajona, *gracias, Lucas*. ¿Te imaginas eso?, preguntó mi padre, por primera vez sonriente, sentado a mi lado, en el auto. No esperaba que dijera mi nombre, nunca lo había pronunciado. No me acuerdo si me decía profesor o si se dirigía a mí sin apelativo previo, pero en ese momento dijo, por primera vez, *gracias, Lucas*.

Mi padre hizo una pausa, se volvió a aclarar la garganta y después continuó. Algo cambió ese día, dijo, pero darme cuenta de los efectos que produjo esa segunda visita a mi oficina no fue tan inmediato. Porque esa tarde, después de que la chica de las preguntas aburridas se fue, llevándose consigo no solo mis respuestas mecánicas sino también mis mal disimulados bostezos, no es que volví a casa pensando en Alessa. No es que más tarde me masturbé recordando su cuerpo. No es que por la noche su recuerdo me estuviera golpeando la cabeza. Nada de eso, dijo mi padre. Tomaba el episodio de la tarde simplemente como un momento agradable, un rato simpático con una chica que me gustaba, conversar, reírnos juntos, entregarle su lápiz, mirarla con los ojos brillantes, nada más. Y fue quizá al día siguiente, cuando al entrar a clase me di cuenta de que Alessa se había cambiado de lugar, que había dejado su carpeta en la primera fila y ahora lucía en medio del salón, en el justo medio, como una luz, fue quizá en ese instante que percibí que algo podía estar a punto de cambiar. Desde su nueva ubicación, Alessa empezó a intervenir mucho más en la clase, pero también a mover la cabeza como mostrando aprobación. Levantaba la mano, participaba, los ojos bien abiertos, mirándome mientras hablaba, y yo la escuchaba como congelado, sin pestañear, un pozo bajo mis pies, sacudón en la espina dorsal, ella intervenía para responder preguntas, pero a veces también lo hacía sin previo aviso, comentarios breves, una frase limpia, precisa, y algunos de esos comentarios sorpresivos me parecían muy divertidos, y me daban risa, mucha risa, y una vez incluso empecé a reír a carcajada limpia mientras golpeaba la pizarra repetidamente, la palma abierta, incontrolable, como un borracho que palmea la mesa mientras celebra un chiste, y después la quedaba mirando y los dos nos reíamos, a la distancia, los ojos del uno en el otro, mientras el resto de la clase observaba, sorprendido, esa extraña comunicación que por momentos debía parecer un lenguaje secreto. Y sin embargo, siguió mi padre, me daba cuenta de que debía controlar esas situaciones, y por ello dejé de prestar le tanta atención, mirarla menos, no solo para que no resulte demasiado evidente que era mi favorita, sino también porque gradualmente me fui acostumbrando a buscar su aprobación, a

provocar su risa con un chiste, a dirigirme directamente a ella, lo que de ninguna manera podía ser productivo para los fines educativos que justificaban mi presencia cinco veces por semana, sesenta minutos cada día, en ese salón de clase. Y entonces en esas semanas, mientras luchaba por no prestarle mucha atención, encontré un buen sustituto en la lectura de las tareas que les dejaba todos los días. Los mandaba a escribir breves composiciones todos los días, dijo mi padre, y por las noches, al leer las tareas que Alessa escribía, yo permanecía en un trance que nada que hubiese leído antes había sido capaz de provocarme. Corregía lo de Alessa siempre al final, me apresuraba con las tareas de los otros diecinueve alumnos, y dejaba lo suyo para el final, como un premio, una retribución o una justificación a todo el trabajo anterior. A veces me preguntaba qué me estaba pasando, por qué al leerla era como si una grieta se me abriera en medio del pecho. Alessa escribía mucho, el doble o el triple que los demás, y lo que decía siempre me parecía más inteligente y más divertido que lo de todos sus compañeros. Escribía sobre su vida adolescente, en Long Island, antes de llegar a Austin, y de los cuadros que había pintado y de cómo se había sentido una chica un poco rara en el *high school*, una chica medio ensimismada, quizá excesivamente sensible, que pintaba, escribía y andaba como en un mundo aparte. Yo le marcaba los errores gramaticales un poco desesperado, los marcaba con lapicero rojo, siempre al borde de la desesperación porque en realidad no era eso lo que quería decirle, no eran los errores gramaticales lo que en verdad quería expresar, sino algo más, algo más que escribía debajo, con tinta negra, donde le decía que me gustaba lo que ella escribía, que me gustaba mucho, que me gustaba leerla, que siga escribiendo así, que iba muy bien. Y después, más abajo, entre paréntesis, y cambiando ya directamente al inglés, después de muchas dudas agregaba frases cortas, frases que cuidaba para no exceder una delgada línea profesional que probablemente igual estaba excediendo, pero sobre todo para que no se note demasiado la diferencia con los comentarios a los otros estudiantes, que eran de una línea o a veces se limitaban a un «muy bien» entre signos de admiración. En esas breves anotaciones finales, en esas frases ambiguas que acaso podían salirse

de lo profesional, le decía que me sentía identificado con su historia y por ratos me parecía estar leyendo la mía. Y a veces, cuando llegaban las composiciones largas, le comentaba incluso sus comentarios, porque ella trazaba flechas en algunas partes de su texto y escribía comentarios del tipo «no estoy segura si esto se dice así, o creo que esta parte podría mejorarse», pero no sé cómo, y le decía que siempre todo puede mejorarse, siempre se puede dar un paso más, siempre, vas a ver. Y al final, después de leer la composición completa, a veces le escribía casi una página, con lapicero azul, con mis impresiones. Y más de una vez tuve que borrar a tachones algunas frases que le había escrito, frases que perdían sutileza y ambigüedad y podían por tanto sonar excesivas («quiero saber más, mucho más, quiero saber tanto como si yo también fuera parte de esta historia»). El hecho es que me gustaba escribirle esos comentarios, como si hubiera encontrado en ellos una manera de canalizar lo que al menos hasta ese momento no tenía posibilidad de tentar otro punto de escape. Mi padre hizo una ligera pausa, una pausa que se mantuvo colgada en el aire unos segundos, y después, en una sola frase, limpia, fluida, directa, con un inicio y un final claramente determinados, con esos límites que de tan nítidos tenían que haber sido previamente delineados, dijo: a Alessa yo le escribía esos comentarios como quien escribe cartas de amor. Así dijo mi padre, entre dos silencios, como si hubiera esperado mucho tiempo decir esa frase que seguramente tenía preparada de antemano, que seguramente le martillaba la cabeza allá, en Austin, Texas, en 1979, mientras le escribía esos comentarios a esa chica, esos comentarios que eran como cartas de amor. Y de pronto ahora largaba la frase y se estiraba a esperar la reacción de su propio cuerpo, a calcular cómo era por fin haberla pronunciado, qué se sentía habérsela participado a otra persona, tres décadas más tarde, en Lima, sentado en su auto, en el estacionamiento del Burger King de Olguín y Javier Prado, esa noche de primavera.

Usualmente, siguió mi padre, empezaba las clases entregándoles su tarea corregida. Lo hacía lento, de uno en uno, sin prisa. Siempre ponía las tareas de Alessa entre las primeras que iba a devolver, nunca la primera para no levantar sospechas pero siempre una de las cinco

primeras. Y de esa manera, mientras repartía las tareas de sus compañeros, mientras los llamaba para que se acerquen a recibir sus tareas corregidas, podía espiarla leyendo mis comentarios. La miraba de reojo mientras llamaba a otro alumno, y como no llamaba al siguiente hasta que el anterior me daba la espalda y se alejaba con su tarea en las manos, tenía tiempo para volver a mirarla, rápido, una ráfaga instantánea, fugaz, que era sin embargo suficiente para calcular su reacción frente a lo que yo, la noche anterior, en mi casa, le había escrito. La espiaba leyendo mis palabras en su hoja de papel, e interpretaba sin mayor dificultad las señales que ella, sentada en su carpeta, el papel entre las manos, me enviaba a través de los mínimos gestos que se le marcaban en el rostro. Había aprendido a reconocer los matices de su mirada mientras leía, sabía cuándo le gustaban mis comentarios, y sabía también cuándo se dejaba llevar sobre todo por la molestia de los errores que le señalaba, sabía reconocer en estos casos su decepción y fastidio, decepción y fastidio que en parte yo propiciaba con mis comentarios cuando sentía que ella en clase no me había mirado igual que siempre, y entonces en la noche, al comentarla, solo me limitaba a los errores gramaticales y por todo comentario le decía que siga estudiando. Pero sobre todo aprendí a reconocer y propiciar los comentarios que más le gustaban. Y hubo un día, siguió mi padre, un día en que le había escrito un párrafo largo, quince líneas que no recuerdo, pero que en mi imaginación se van transformando y pueden incluso llegar a ser una declaración abierta, ese día, mientras repartía los trabajos de sus compañeros, percibí que Alessa leía con una expresión que imaginé sería exactamente la misma que yo debía tener al leerla a ella. Alegre, alborozado, fuera de mí de satisfacción, mientras repartía mecánicamente las tareas de los otros estudiantes, pensé que a partir de ese momento definitivamente la tenía en mis manos y que en adelante podía hacer con ella lo que quisiera. Y al pensar que a partir de ese día ella tendría que cargar con un peso que seguramente tampoco habría previsto, intuí también que las cosas podían cambiar, y que tendría que pensar qué hacer con esa situación que, sin haberlo decidido racionalmente, sin haberlo trazado como un objetivo definido, de alguna manera yo había venido

persiguiendo. Y entonces yo, siguió mi padre, yo que siempre he sido perceptivo, que siempre he sabido calibrar las reacciones de la gente, ese día, al final de la clase, no me sorprendí en absoluto cuando ella, que siempre comprendía todo a la perfección, se me acercó para decirme que no había entendido las indicaciones de las tareas del día siguiente. No me sorprendí en absoluto, sino que incluso diría que lo esperaba. Captando bien las señales que se me presentaban, empecé a explicarle muy despacio las tareas que tenían que entregarme al día siguiente, tareas que estaba seguro ella había comprendido perfectamente, tareas sobre las que ella no tenía ninguna duda, se las expliqué lento, como haciendo tiempo para que los demás alumnos desaparezcan y el salón quede vacío, y una vez que no hubo nadie más, una vez que solo quedamos ella y yo en el aula desierta, sin dejar de explicarle esas tareas que no necesitaban ninguna explicación, salí caminando de la clase sin decirle nada, a paso lento, como dando por supuesto que estábamos saliendo juntos. Abandonamos la clase juntos, y al salir del edificio cambiamos rápidamente de tema, siempre hablando en español, y sin preguntarnos hacia dónde nos estábamos dirigiendo empezamos a cruzar el campus. Y de pronto ella me preguntó cuánto tiempo llevaba enseñando allí, en Austin, y yo le dije que ese era mi segundo semestre. Y entonces ella volvió a la carga y preguntó por qué me gustaba ser profesor de español. Y yo, ganas de descubrirme, necesidad confesional contenida, le dije que en realidad no era profesor de español, sino un estudiante graduado de filosofía política, un peruano becado que como parte de la beca de maestría tenía que dictar clases de español. Y ella, que iba caminando a mi lado, de pronto se volvió hacia mí con una energía que me pareció extraordinaria, descomunal, avasallante, y gritó *oh, really!*, así, cambiando súbitamente al inglés, con ese tono a medio camino entre pregunta y exclamación, *oh, really!* Yo me quedé en silencio. Y luego ella dijo *I'd never guessed. You're so good. I'd never guessed you're not a professor.* Y yo, sin dejar el inglés, le dije *I'm not supposed to tell you this. But I don't really mind. I'm not a real professor. Just a student, like you,* le dije, repitió mi padre, en inglés. Y ella, que caminaba a mi lado, que avanzaba a mi paso, unos centímetros a mi izquierda, asintió

con la cabeza, movimientos firmes, repetidos, enérgicos. *Grad student*, exclamó, moviendo las manos, *that's great*. Y después me miró, los ojos muy abiertos, brillantes, la sonrisa amplia, y repitió *great*. Pero esta última palabra, dijo mi padre, yo la escuché como en retrospectiva, como un eco que resuena en tiempo diferido, porque en ese momento, en el instante mismo en que dijo *great* por segunda vez, mi cuerpo ya había iniciado su alejamiento. Incapaz de seguirle el ritmo, de soportar con mediano éxito su expresividad y su entusiasmo, le había dicho que tenía que irme, que tenía que marcharme en ese mismo instante, y me empecé a alejar muy rápido, como si estuviera huyendo de un verdadero peligro, quiero decir, huyendo de un peligro real, me alejé sin mirar atrás, y recién mientras me alejaba retumbó el segundo *great* en mi cabeza, como una explosión. Giré la cabeza, miré hacia atrás y la vi de pie donde la había dejado, sin moverse, la sonrisa transformándose en una mueca de incredulidad, que parecía decir por qué te fuiste, qué pasó, no entiendo, pero rápidamente alzó la mano como para esbozar una breve despedida. Y puedo decir que me quedé congelado en ese instante, dijo mi padre. Quiero decir que lo que sentí en ese momento en que la miraba despidiéndose con la mano, a diez o quince metros de mí, se prolongó el resto del día, se extendió sin pausa toda la tarde, toda la noche, y siguió inalterable el día siguiente, y por eso cuando entré a la clase me sorprendí al ver a Alessa allí sentada, como si de alguna manera hubiese pensado imposible que pudiera estar allí y no donde la dejé el día anterior, de tan real que era la imagen de su recuerdo despidiéndose con la mano. Y ese día, al final de la clase, cuando ella se acercó otra vez para decirme que quería volver a pasar por mi oficina, quizá para calmar un poco las aguas, quizá para detener el aluvión de lo que a esas alturas empezaba a darme cuenta que podía venirse, o quizá para tener tiempo de pensar qué era exactamente lo que quería hacer, le dije que sí, que estaba muy bien, pero que esa semana no tenía tiempo. Le di una cita para la semana siguiente, era miércoles y le di una cita para el viernes siguiente. Nueve días después, aclaró mi padre, como si fuera necesario remarcar las fechas con exactitud, o como si quisiera significar que esos nueve días fueron mucho tiempo, demasiado

tiempo, más de doscientas horas en las cuales esperó, en silencio, al lado de mi madre, mientras veían aburridos noticieros por televisión, nueve días esperó mi padre ese encuentro, nueve días en que pensó qué decirle, qué hablarle, qué hacer cuando finalmente esa chica apareciera nuevamente para encontrarse con él, a solas, en la oficina.

Mi padre volteó hacia mí por primera vez en largo rato, y dijo que se estaba haciendo un poco tarde, que quizá yo prefería irme a descansar. Le dije que tenía tiempo, que trabajaba en mi casa, en una revista de Nueva York, que podía manejar los tiempos como quisiera y que usualmente trabajaba muy tarde. Nadie me espera, agregué, quizá para hacerle notar que yo también tenía mi historia, que había ido a buscarlo justamente porque tenía una historia, que quizá quería compartirla con él, o quizá simplemente esperaba pasar un rato acompañado por alguien de confianza, alguien a quien en realidad no conozco pero el hecho de ser mi padre y nunca haberme fallado de manera demasiado imperdonable lo volvían inmediatamente de confianza. Me hubiera gustado decirle que yo venía mal por un largo tiempo. Pero él nunca me había contado nada, no sabía nada sobre su vida, su pasado, sobre cómo lleva el envejecimiento, la decadencia, la ruina física, la proximidad de un final que no deja de acercarse. Porque yo, hubiera querido decirle a mi padre esa noche, yo lo llevo mal. Yo lo llevo hasta el culo, y por esa razón estoy gastando casi toda mi plata en un psiquiatra. Pero también voy a esa terapia, hubiera querido decirle, porque llevo mal la separación. No me encuentro a mí mismo después de la separación. No sé quién soy después de la separación. Todo eso hubiera querido decirle a mi padre, esa noche, en el estacionamiento vacío, pero no dije nada, y él no parecía enterarse de que esas ideas me retumbaban en la cabeza, o acaso sí lo entendía, lo entendía mucho mejor de lo que yo era capaz de suponer, y entonces, mano en la barbilla, codo en el timón, el cuerpo levemente reclinado hacia adelante, continuó.

No recuerdo exactamente cómo fueron esos días entre la breve caminata por el campus y la siguiente reunión en la oficina con Alessa. No he podido o no he querido retener muchas imágenes ni sensaciones de esos días. Pero sí recuerdo con una nitidez absoluta el día señalado,

el día en que ella pasó otra vez a buscarme. Entró a la oficina, hora exacta, yo la esperaba ahí desde mucho antes, quizá porque había estado con otro estudiante, o simplemente porque llegué temprano a la cita para no desaprovechar un solo minuto, no lo recuerdo, pero el hecho es que la esperaba ahí, y ella llegó con una alegría incluso mayor que la usual, y de entrada empezó a hablarme con una naturalidad que no correspondía a la relación profesional que supuestamente era lo único que nos congregaba, y de inmediato empezamos a conversar muy bien, una conexión que sentía desmesurada, excesiva, un nivel de empatía que no recuerdo haber tenido con muchas personas en mi vida, esa disposición que brota quién sabe de dónde y arrastra todo a su paso. Y todo muy rápido, cuestión de segundos, como si retomáramos una conversación puesta en suspenso solo unos minutos antes. Y a esas alturas del semestre, dijo mi padre, más de dos meses después del inicio de clases, un mes antes de terminar, con todos esos comentarios como cartas de amor en el medio, con unas sesenta clases de cincuenta minutos, con varias conversaciones dentro y fuera de clase, con todo ese pequeño pasado que de pronto se acumulaba ante mis ojos, ni bien Alessa llegó a la oficina esa tarde y empezamos a conversar, ella, sonriente, se sentó frente a mí y en menos de un minuto, lo recuerdo muy bien, en menos de un minuto, pensé que estaba perdido. Por primera vez pensé que estaba totalmente perdido, que esto había terminado por salirse de las manos, que llegados a este punto no iba a poder controlarlo, que una fuerza me obligaría a seguir, a ir hacia adelante incluso contra mi voluntad. A pesar de tu madre, a pesar de que en nuestro matrimonio todo marchaba muy bien, a pesar de la diferencia de edad con Alessa y de los problemas legales que me podía traer meterme con una alumna, mucho más para un extranjero de un país subdesarrollado que llega becado con fondos del gobierno y no puede ir por ahí como un animal intentando seducir estudiantes mucho menores que él, dijo mi padre con cierto rencor en la voz, como si hubiera encontrado una brecha insalvable entre lo que él sentía en ese momento, esa tarde en la oficina, un abismo entre eso que extrañamente crecía dentro de él y una legalidad que juzgaba las cosas desde otro punto de vista, pero

también la segura oposición de la familia de la chica que sería incapaz de entender que él, mi padre, por el simple hecho de ser más viejo y estar casado, quedaba moralmente incapacitado para querer sinceramente, así dijo mi padre, «querer sinceramente», a esa chica. Y entonces, continuó él, estuvimos conversando allí como una hora, no recuerdo exactamente de qué, pero sí que hablábamos sobre todo en inglés, y no del curso sino sencillamente hablando como en un café, los dos juntos en esa oficina que materializaba el intento de darle justificación y profesionalismo a eso que se iba formando incontrolable en el ambiente, y que a esas alturas no tenía nada que ver con el par de tetas ni con el ímpetu sexual, sino con una especie de abismo al que uno quiere meterse sabiendo que terminará mal, muy mal, sabiendo de antemano que terminará hecho mierda. Eso, dijo mi padre, un abismo al que uno quiere meterse aun sabiendo que finalmente todo se irá a la mierda. Mi padre hizo un breve silencio, un breve silencio que en realidad era más una interrupción que un silencio, una interrupción que utilizó para rechinar los dientes, quizá nervioso o impaciente, y después continuó. Quizá la única manera en que un sentimiento puede considerarse máximo, dijo, quizá su imprescindible condición, es aceptar desde el principio que en el fondo se sigue una vía segura hacia el dolor. Un impulso que uno sigue a pesar de que el descalabro posterior haya sido claramente previsto, aunque sea perfectamente consciente de que al final uno mismo será el más perjudicado, el más dañado, el que terminará peor. Como si eso fuera en el fondo lo que define al amor, dijo mi padre, de pronto reflexivo, como si esa fuera su condición, añadió, y yo moví la cabeza, tenso en la silla de copiloto, sin saber qué decir. Porque ese día algo sí cambió definitivamente. Había llegado el tramo final del curso, y en esas últimas semanas mis clases de español se convirtieron en una especie de obsesión. Necesitaba ver a Alessa, llegar a clase y verla, hablarle, mirar cómo me escuchaba. Y más de una vez, al final de la clase, cuando me despedía de los alumnos con fingida alegría, me la quedaba mirando, como esperando que se acercara a mí y viniera a decirme algo. Y a veces ella me miraba y sonreía, pero no se acercaba. Cogía su mochila, daba media vuelta y empezaba a caminar,

lento, hacia la puerta de salida. Y mientras mis alumnos hacían barullo moviendo sus cosas, yo, que en clase tenía mucha energía, mucha actitud, me quedaba en un rincón, mirando triste su partida, y a veces se me acercaban otros estudiantes a preguntarme algo, y yo les respondía distraído, sin mirarlos, triste por la desaparición de Alessa hasta el día siguiente. Y así pasaron las semanas finales, y un día antes de la última clase del semestre ella se me acercó para decirme que quería reunirse conmigo una vez más, después del fin de las clases, como para comentar sobre el curso. Y yo le dije que sí, le dije que la semana siguiente estaría bien, el martes de la semana siguiente, cuatro días después del final del semestre.

Mi padre apretó la mandíbula y después continuó. El día que terminaban las clases había un ambiente como de guerra en el salón, una mezcla de energía y adrenalina cargaba el ambiente. Yo me llevaba muy bien con todo ese grupo, quizá incluso hoy podría decirte de memoria los nombres de los veinte alumnos que tenía en esa sección. Había hecho muy buenas relaciones con varios de ellos, lo que no tenía nada que ver con Alessa, y por eso me sentía querido, respetado, admirado. Y ese día, cuando entré a la clase y los vi a todos ahí, energía en el ambiente, una fuerza rara sobrevolando la clase, me di cuenta de que Alessa había vuelto a la primera carpeta, la que utilizaba al inicio del semestre, más cerca de mí. Entré a la clase y dije como siempre: hola, hola, dos veces hola con voz animada, y escuché varias voces que me devolvían el saludo en voz alta, al mismo tiempo, llamándome por mi nombre, y escuché murmullos que no comprendía, pero sí pude captar el especial énfasis de sus saludos, como si fueran parte de una despedida indeseable. Y entonces, como en ese salón la puerta estaba por la parte trasera, yo caminé hacia adelante mientras escuchaba voces que me animaban y reconocí a Alessa en la primera fila, y cuando pasé a su lado, confundido por el inusual barullo, ella me acercó un papel. Estiré la mano para recibirlo, sin en tender, aun perturbado por esa rara efusividad general, y vi que en el papel que ella me había entregado estaban escritas tres palabras: *esto es triste*, en español. *Esto es triste*. Y yo la miré y la vi mirándome y dije en voz alta, como para todos, pero en realidad hablándole a ella, sí, es triste,

pero hay que seguir, siempre hay que seguir. Intenté mantener esas ideas al margen porque esa día no me despedía solamente de ella, sino de todo ese grupo con el que me identificaba tanto, y no quería que ella concentrara toda la tristeza del momento. Y al final, en los últimos minutos de la clase, tenía unas palabras para decirle a todo el grupo, a todo ese grupo que era muy especial para mí. Quería decirles a todos muchas gracias, muchas gracias por haber estado aquí conmigo, por haberme permitido conocerlos, porque a pesar de las diferencias de edad, de los intereses, del origen y de las personalidades distintas, a pesar de que muy probablemente nunca hubiéramos coincidido en otro lugar que no sea un salón de clase, ni en otro tipo de relación que la de profesor y alumno, hemos aprendido en estos meses a comunicarnos, a conocernos y a respetarnos. Y quería decirles que me habían hecho muy feliz, que me habían hecho realmente feliz esos meses, ahí, en la clase. Y que habían sacado lo mejor de mí, que habían conseguido que desde un fondo desconocido incluso para mí mismo emergiera mi mejor lado, y que gracias a ello sentía que ahora era una mejor persona, y que finalmente eso, ser una mejor persona, era mucho más importante que aprender español o que aprender cualquier otra cosa. Quería decirles todo eso, me dijo mi padre, pero cuando me tocó hablar, cuando iba a expresar esas palabras finales, cuando me clavé en el centro del aula para dejar salir mis palabras de agradecimiento y despedida, en ese mismo lugar donde normalmente me había desenvuelto con especial simpatía, donde siempre los había hecho reír y pasar buenos ratos, solo pude poner las palmas de las manos hacia arriba y encogerme de hombros, y hacer un gesto como diciendo bueno, esto es todo, esto fue todo, esto se acabó. Y sin fuerza para dirigirme a ellos, que me miraban, expectantes, solo dije gracias, gracias a todos, y la miré a ella, que me miraba con orgullo, con un instinto de posesión y orgullo al mismo tiempo, y de pronto oí aplausos que arrancaron al fondo del salón, muchos aplausos, y de pronto todo el salón aplaudía, todo el salón me aplaudía con fuerza, y yo la miré a ella, que también había empezado a aplaudir, y sin dejar de mirarla, con los puños apretados y a punto de llorar, salí de la clase a paso firme.

2

Nunca más volví a ver a la mayoría de estudiantes de esa clase, dijo mi padre, la voz áspera, el gesto concentrado. Pero a Alessa, en cambio, sí la vi en esa reunión adicional, esa que habíamos acordado, cuatro días después, martes, cinco de la tarde, mayo de 1979. Y allí es donde todo termina, dijo mi padre. No hay final glorioso, no hay épica en esta historia. Solo esa última reunión, mayo de 1979, entre Alessa y yo. Esperé esa reunión día a día, la esperé desde que salí de la última clase del curso, cuando me fui del aula con las palabras atracadas en la garganta. Esperé esa reunión aunque, al mismo tiempo, sentía la necesidad de diferirla, pasarla al miércoles, al jueves, a la semana siguiente, cambiarle la fecha, postergarla indefinidamente, mantener la expectativa, la certeza de que no estaba todo terminado, que todavía nos quedaba algo por delante. No quería consumar esa última reunión, como si en el fondo hubiese sabido que era la última, que no había opción para más. Habían pasado tres semanas desde la última conversación que tuve con ella en la oficina, y en esas tres semanas sentí que, a la distancia, el acercamiento y la complicidad habían seguido creciendo de manera desmesurada. Sabía que las reuniones individuales eran el espacio donde todo lo progresado en la clase, cualquier cosa que signifique progresado, se volvía evidente desde el momento en que ella asomaba la cabeza por la puerta de la oficina, y por eso me angustiaba no saber qué sentiría yo esta vez, nuevamente a solas, después de que las clases terminaron. La cité en otro edificio, dentro de la universidad, por supuesto, como para mantenernos dentro de los límites del profesionalismo, pero no en mi oficina, ni siquiera en mi edificio, como para jugar en el borde desde el principio. Y en el fondo, dijo mi padre, ese es el día del que quería hablarte, hace rato, cuando te dije para venir a comprar las hamburguesas. Ese es el día que me perturba. Ese es el día que por años me ha hecho

preguntarme por mi vida. Mi padre miró por primera vez a su izquierda, a través de la ventanilla abierta, como tomando aire antes del final de su historia. Ese día, dijo, me despedí de tu madre con toda naturalidad, como siempre, diciéndole que me iba a juntar con una estudiante que quería conversar conmigo. Le dije que me iba a encontrar con ella para hablar un rato del curso, y a tu madre no le pareció raro, sabía que yo me llevaba bien con los alumnos y le pareció normal. Y entonces, la primavera en marcha, brillante la luz, vivos los colores en las calles, salí caminando rumbo al que presentía iba a ser mi último encuentro con Alessa. Y mientras caminaba, lento, pensativo, imaginaba nuestro encuentro, ese encuentro que ocurriría solo unos minutos más tarde, sin haber decidido qué iba a hacer, y de pronto me vi llegando a ese edificio donde la había citado, y entré y no había nadie, no había absolutamente nadie en ese edificio, todo vacío, como remarcando que las clases ya habían terminado, y me senté en una sala grande que hay en medio del edificio, una sala donde me disponía a esperarla, pero ni bien me había terminado de acomodar en un sillón Alessa apareció con una inmediatez que solo podría calificar como delictiva, una rapidez y una capacidad de ocultamiento previo que solo pueden corresponder a un acto criminal. Apareció entonces, no sé desde dónde, a un metro de mí. No se lo pregunté, dijo mi padre, pero por la rapidez con que llegó apenas me hube acomodado en el sillón, supongo que había llegado antes, que andaba por ahí, no sé dónde, y cayó de improviso apenas me senté, dejándome sorprendido. Y esta vez su fuerza, esa energía, esa alegría al saludarme fue tan extremadamente contundente, tan extremadamente demoledora, que apenas se sentó frente a mí en esa sala vacía, con tal decisión, con tal dominio de la situación, con tal control, ella, muchos años menor que yo, ella, más arreglada que de costumbre, como vestida para una ocasión especial, mostraba tal entusiasmo y seguridad que pensé que no podría soportarlo. Nunca me había pasado algo así, dijo mi padre. Ni en los más de treinta años que tenía en ese momento, ni tampoco nunca después en toda mi vida he sentido como ese día, en la sala vacía de ese edificio, que alguien me desarmaba de esa manera. Sentí que esa chica me dejaba indefenso,

arruinado, sin voluntad. Ella venía extremadamente bonita, mucho más que de costumbre, de tal manera que me dolía mirarla, literalmente me dolía mirarla, como si su belleza acentuara el sentido de pérdida de no poder acercarme y darle un beso, de acercarme y poseerla. Y entonces ella empezó a hablar, a hablar sin parar, hablaba de nuestra clase, de todo lo bien que la había pasado en el semestre, y yo me sentía como un niño, indefenso, seducido, vulnerable, y después intenté recomponerme y retomar el control, pero mi defensa resultaba tan débil que me dio un ataque de risa. Me empecé a reír, a reír sin parar. Tal vez me reía por lo absurdo de la situación, por lo inverosímil que resultaba que yo, un tipo que pasaba los treinta, con un matrimonio feliz, con una vida que estaba funcionando bien, pudiera caer en ese nivel de desprotección frente a una chiquilla. Y por eso solo me quedaba reír. Pero también reía, dijo mi padre, porque era un mecanismo de defensa, mi único recurso para cortar lo que me estaba arrastrando hacia la desesperación más absoluta, tenerla allí, a solas, y no poder hacer nada, o no querer hacer nada porque finalmente uno sabe, uno intuye que un paso adicional será peor, que si uno decide dar ese paso después ya nada ni nadie podrá parar las cosas hasta el descalabro final, hasta el descalabro más absoluto, hasta la ruina más definitiva. Y también reía, supongo, porque en el fondo quería llorar, llorar sin parar, delante de ella, llorar por nuestra separación, porque aunque nunca habíamos estado realmente juntos sentía una separación. Llorar porque no entendía muchas cosas. No entendía, por ejemplo, qué estaba realmente pasando conmigo, que en ese momento tenía una vida feliz con tu madre, planes de futuro, proyectos en común. No entendía cómo podían las cosas ser tan terribles y tan injustas como para que yo quisiera no acostarme con esa chica, no revolcarme un rato con ella, lo que supongo hubiera sido bastante previsible, bastante normal, sino que mi verdadera necesidad era entregarme a ella, irme con ella, quedarme con ella. No entendía cómo podía abrirse una grieta tan fácilmente en una vida consolidada, en una vida que me había costado tanto enrumbar. Y de pronto, con gran esfuerzo, consigues un rumbo, un horizonte, una dirección, y después, de improviso, tal como sentí

esa tarde en la sala vacía, te das cuenta de lo precaria que es esa estabilidad que juzgabas segura. Y tampoco entendía por qué al pensar en la retirada, al pensar que lo mejor sería alejarme de Alessa, no era solo por amor a tu madre, no solo por respeto a tu madre ni a nuestro matrimonio ni a nuestro futuro juntos, sino también porque tenía miedo de lo que pudiera pasar después con esa chica, en esa relación que intentaría empezar con ella y que evidentemente iba a terminar mal. Quién era yo si a pesar de todo estaba dispuesto a seguir hasta el final. Quería decirle eso, a ella, a Alessa, ahí en ese edificio vacío, esa tarde de mayo de 1979, dijo mi padre, quería decírselo, pero no sabía cómo, no sabía para qué, y a cambio le dije que quería explicarle algo. Llevábamos media hora juntos y se lo dije de pronto, en inglés. *There is something I want to explain to you*, le dije, y ella asintió, coqueta, los ojos brillantes, el pelo ondulando en la tarde tranquila. Agregué que necesitaba una pizarra, y le pregunté si le gustaría que fuéramos a nuestra clase, al salón donde habíamos compartido el curso en los últimos meses. Ella dijo de inmediato que sí, y se puso de pie, tan rápida, tan decidida, tan fácil de convencer, que me tomó por sorpresa. Y entonces yo también me puse de pie, con menos agilidad que ella, sintiendo que flotaba, que perdía la perspectiva, que un vacío me quebraba por dentro, y uno al lado del otro salimos caminando y, corazón galopante, adrenalina e incertidumbre, cruzamos el campus hacia el otro edificio, donde habían transcurrido nuestras clases en un aula escondida en un rincón del sótano. Llegamos a ese edificio y estaba desierto, totalmente desierto, bajamos juntos hacia el sótano que estaba en relativa oscuridad y nos encaminamos, yo con paso dubitativo, paso como el de un condenado, hacia el salón de la última puerta, ese salón sin ventanas, impenetrable como una cueva, arrinconado contra el fondo del edificio, donde los últimos meses había sido su profesor. Avanzábamos ella y yo hacia la puerta de ese salón, treinta metros de los que no tengo consciencia, los pies como plumas, la cabeza flotando. Llegamos a la puerta del salón, y yo la abrí de golpe e hice un espacio para que ella ingresara. Y ella entró y me dijo gracias, alegre, sonriente, y en la penumbra vi que se internó unos pasos dentro del salón, con naturalidad, como si fuera un día

cualquiera, uno de esos días en que llegaba y se sentaba a escuchar mi clase, y en ese momento yo trastabillé en el umbral, trastabillé no físicamente sino por dentro, mientras mis manos temblorosas buscaban el interruptor para encender la luz antes de pasar. Trastabillé en mi interior porque había llegado el momento de decidir si, una vez dentro, iba a dejar la puerta abierta o la iba a cerrar detrás de mí. Sabía que ese gesto podía ser mi perdición. Pero seguí un impulso y cerré la puerta, la cerré con fuerza, un impacto que emitió un ruido seco, como para que ella no pensara que lo hacía con sigilo, sino queriendo informarle que decidía cerrarla asumiendo de antemano las implicancias. Que la cerraba a pesar de que siempre nos habían dicho que no podíamos reunirnos con estudiantes con la puerta de la oficina cerrada, que estaba prohibido, que siempre tenía que estar abierta y que proceder de otro modo era una falta que podía castigarse. Y yo cerré la puerta, en esa clase aislada de un sótano de un edificio vacío, y pensé que ese gesto podía despertar en Alessa al menos una pequeña sensación de peligro, un ligero reconocimiento de que la situación podía escaparse más allá de lo previsto. Pero ella no pareció darle ninguna importancia a la puerta cerrada, no pareció percibir nada extraño a pesar de que en ese lugar podía pasar cualquier cosa, podía incluso matarla con mis propias manos, y por mucho que ella gritara, detrás de esa maciza puerta cerrada de ese salón aislado del sótano de un edificio vacío, al inicio de las vacaciones, cualquier intento de auxilio sería probablemente en vano. Alessa no mostró ninguna señal de alarma, dijo mi padre, y se quedó de pie, reconociendo el lugar, como si fuera uno distinto del que nos había cobijado, de lunes a viernes, por dieciséis semanas, todas las mañanas, los últimos meses. Y yo lo reconocía también, como si en su silencio y su abandono la clase se hubiera convertido en un lugar distinto al de los meses anteriores, como si de pronto hubiese sido recubierto por una luz diferente, la apertura de una promesa antes cerrada, un potencial repentinamente adquirido. La clase como un templo, pensé, un poco confundido, intentando aclarar las ideas, un templo o el lugar de un crimen, que es más o menos lo mismo, pensé, y entonces la miré y le dije tú te sentabas allí al inicio del semestre. Se

lo dije en inglés, señalándole el lugar donde ella se había ubicado las primeras semanas, el lugar donde se había vuelto a colocar la última clase, cuatro días atrás. Quiero que te vuelvas a sentar allí, le dije. Sabía que la frase podía sonar extraña, pero ella no pareció sorprendida. Obedeció en silencio, yo la miré acomodarse en su lugar, fui a sacar una tiza y le dije que quería explicarle algo. Quiero que me prestes atención, añadí. Y ella dijo que sí y abrió los ojos, como había sido desde el principio. Y yo sentí una emoción grande, como si tener esa especie de clase final solo para ella, como tantas veces había secretamente deseado, como si por fin se cumpliera mi imposible deseo de que un día falten todos los alumnos y solo asista ella, sentí que todo eso era una retribución suficiente a esa pequeña historia que para mí se había hecho tan grande. Pero de inmediato, de pie en medio de la clase, de espaldas a la pizarra, la tiza en la mano, la cabeza volando, la clase con ella como única estudiante, sentí que de ninguna manera eso era suficiente. Que nada sería suficiente. Que, en todo caso, lo único suficiente sería acercarme en ese momento a ella, abrazarla, besarla, desnudarla, penetrarla, en esa clase donde la había conocido y la había querido y la había deseado, lo único suficiente sería sentirme dentro de ella, confundirme con ella, unirme a ella con esa mezcla de amor, incomprensión, dolor que solo puede definirse como una celebración de la vida, dijo mi padre. Una celebración triste, quizá, una celebración como un réquiem, dijo, ese tipo de alegría dolorosa, de quebradiza felicidad a la que solo se puede acceder a cierta edad, edad a la que yo, me di cuenta al conocer a esa chica, ya había llegado. Y después del sexo, después de esa celebración feliz y dolorosa, iba a necesitar quedarme allí, a su lado, para siempre. Ninguna otra cosa podía ser suficiente. Pero sabía también que eso no era posible, sabía que por innumerables razones eso no era posible, y entonces, la tiza en la mano, mi voz ligeramente quebrada, su mirada expectante, le dije, siempre en inglés para que me en tendiera sin trabas, para que no extraviara el sentido exacto de mis palabras, le dije que quería que me escuchara atentamente para que comprendiera de qué estaba realmente hablando. Ella asintió, curiosa, quizá un poco confundida, cuando yo me volví hacia la pizarra y al centro, en la

parte superior, escribí el nombre de Hannah Arendt. Y yo, sentado en el asiento del copiloto, lancé una exclamación de sorpresa. Mi padre movió las manos, con cierta prevista impaciencia, como si en este punto existiera un quiebre del que era consciente, pero quería que lo pase por alto y lo dejara continuar. Mostré mi aprobación con un gesto y me dispuse a seguir escuchando. De acuerdo con Arendt, le dije a Alessa, siguió mi padre, el ser humano realiza tres tipos de actividades. Labor, trabajo y acción, le dije, despacio, como dándole tiempo a asimilarlo. Me volví a la pizarra y escribí, una debajo de otra, sin prisa, con letra clara, las palabras *labor, work* y *action*. Ella miraba, los ojos muy abiertos, asintiendo, quizá preguntándose qué hacer con todo eso, qué sentido tenía en esas circunstancias. Y yo, como adelantándoadelantando me, le dije que tenía mucho sentido. No hay nada en el mundo que tenga más sentido que esto, le dije, señalándole la pizarra, y agregué que la palabra «labor», en términos de Arendt, se refiere a los procesos biológicos básicos. Las funciones que permiten que un cuerpo pueda continuar existiendo. Las funciones que un cuerpo lleva a cabo, todo el tiempo, para sobrevivir. La respiración, le dije, la digestión, la circulación. Sí, dijo ella, atenta, la espalda recta, los grandes ojos siempre atentos. Hice una pausa, como para comprobar que ella me estaba siguiendo, y después señalé la segunda palabra. El «trabajo», según Arendt, le dije, incluye todo lo que hacemos dentro del sistema económico. Lo que nos vuelve productivos desde el punto de vista económico, le dije, lo que nos permite ganar dinero. Empleo, formas de ganarse la vida. ¿Me entiendes? Y ella me dijo que sí, que estaba muy claro. Bien, le dije a Alessa, agregó mi padre mirándome fugazmente en la oscuridad del estacionamiento. Bien, repitió, sin que yo pudiera darme cuenta si me lo decía a mí, como otorgándome también un tiempo de asimilación, tal como al parecer se lo había dado a ella, o si simplemente repetía lo que dijo esa tarde en Austin, Texas, treinta años atrás, a esa chica sentada en la carpeta de la primera fila. Y finalmente, dijo mi padre, el dedo apuntando al cristal delantero del auto, como si de pronto hubiera encontrado en ese vidrio un débil eco de la pizarra que tenía al frente esa tarde de 1979, «acción» es la creación de lo que antes no

existía. La producción de lo nuevo, dijo mi padre. Algo que antes no estaba en el mundo y que nosotros, con la sola fuerza de nuestra voluntad y con un impulso creativo que nada puede detener, traemos a él. Así se lo dije, con convicción, y Alessa movió la cabeza, tal como hacía en las clases de español cuando una de mis ideas parecía coincidir con lo que ella tenía en mente. La acción, dijo mi padre, era para Arendt lo verdaderamente importante. La acción entendida como creación de lo que no existe, como radical producción de lo que todavía no está, es lo más importante que podemos hacer como seres humanos. La acción es en última instancia, le dije, lo que nos define como seres huma nos. Y con eso sentí que estaba cerca del final. Me correspondía un pequeño silencio o esperar una reacción de su parte. Y ella adelantó el cuerpo sobre su silla, apoyó los codos en el tablero, indecisa, y después dijo sí, entiendo lo que dices. Es como cuando pinto, dijo, es el arte, ahora lo entiendo mejor. Algo que no existía y que yo traigo al mundo, siguió Alessa, lento, como si de a pocos la idea fuera permeándola hasta lo más profundo. Y yo le dije que en cierto sentido tenía razón, que en cierto sentido los cuadros que ella pintaba eran un ejemplo, pero que en realidad no me estaba refiriendo a la producción artística. Al menos no al arte tal como usualmente suele entenderse, le dije, la pintura, la música, la literatura. Me refiero a algo más, le dije. Me acerqué un paso hacia ella y le dije que el arte, entendido de esa manera, no era el único ni tampoco el más importante acto de creación. *El arte, entendido de esa manera, no es el único ni tampoco el más importante acto de creación*. Y después, mientras me daba cuenta de que mi última frase la había dejado un poco desorientada, me volví hacia la pizarra y tracé con decisión dos líneas que terminaban en un único vértice. Dos líneas que convergían en un punto, una salía de la palabra *work* y otra de la palabra *action*, y le dije que en ese punto de encuentro, en ese vértice que era en realidad un punto de tensión e incluso de violencia, un punto sin estabilidad en el que uno tiene que aprender a manejarse, estábamos ella y yo atrapados para siempre. De inmediato una chispa le iluminó el rostro, un resplandor que deja al descubierto una destrucción que se presiente, pero en cuya inexistencia secretamente se mantiene una

esperanza. Me di cuenta de que ella pareció entender muy bien lo que quería decirle, incluso mejor de lo que yo quería insinuarlo. Por eso me volví rápidamente hacia la pizarra y le dije que en ese punto estaba, por ejemplo, el curso de español que ella había tomado conmigo. Este curso, le dije, debiera corresponder sobre todo a lo que hemos venido llamando *work*. Los exámenes, las tareas diarias, las composiciones, la gramática, las reglas de puntuación, el requerimiento de aprender una lengua extranjera, todo eso es parte del sistema, parte de una estructura que existe previamente, que no hemos elegido y tenemos sencillamente que respetar. Todo eso, le dije, son las normas que ustedes como estudiantes deben seguir, y yo como profesor tenía que ayudarlos, o forzarlos, a través del control permanente de asistencia, pruebas y calificaciones, a cumplir. Y sin embargo, le dije, cambiando el tono, desde la primera vez que te vi sentada en mi clase, en ese mismo lugar, desde que te vi mirándome por primera vez, sentí que debía dejar de lado todas esas normas que corresponden al sistema del trabajo y moverme cada vez más hacia la creación de lo nuevo, hacia lo que ahora venimos llamando acción. Desde la primera vez que te vi, le dije, tú has sido lo más importante para que esto sea posible. Aunque yo mismo no me hubiese dado cuenta del todo, aunque no me haya detenido a pensarlo con estas palabras, comprendí que tenía que crear algo para ti. Y lo que creé para todos los estudiantes del curso de español en el que tú estuviste, pero sobre todo para ti, le dije, de pie, a dos metros de ella, mirándola directamente a esos ojos inmensos, fue un espacio que no había existido antes. Y ese espacio fue esta clase, le dije. Por eso mi desinterés en la gramática y por eso los ayudaba en los exámenes. Por eso nos dedicábamos sobre todo a conversar, a conocernos, a reírnos, a pasarla bien. Un espacio en oposición al de afuera, le dije, a esa competencia insana que tienen ustedes afuera, a esos cursos asfixiantes que llevan durante los años que pasan aquí, estudiando. Demasiada competencia, le dije, demasiada rivalidad, y ella me miraba y asentía, y entonces yo quise crear un espacio, un espacio que fue aquí, en este salón de clase, con todos ustedes, detrás de esa puerta cerrada, un espacio que fuera como una suspensión del mundo

de afuera, que no siguiera las leyes criminales que rigen el mundo de afuera. Como un mundo paralelo, le dije, donde lo importante no fuera la gramática ni los exámenes ni los trabajos sino acercarnos, conocernos, convivir, construir relaciones distintas a las que suelen ocurrir allá, al otro lado de la puerta. Sin competitividad, le dije, sin egoísmo, sin pasar por encima del resto. Crear algo nuevo, eso es lo importante, eso será siempre lo importante. No seguir las reglas del juego, no luchar por una posición en este sistema que existe ajeno a nuestra voluntad, a este sistema que no hemos elegido, sino crear algo nuevo. Eso, no lo olvides nunca, será siempre lo más importante. La miré y me di cuenta de que en ese punto ella había bajado los ojos, como si de pronto mis palabras hubiesen golpeado una fibra demasiado sensible, y cuando los levantó miraba con una especie de súplica. Y en ese momento, incapaz de detener mi monólogo porque era el único descontrol que me estaba permitido, le dije que ese espacio lo había construido para ella lo mejor que había podido, con una limpieza que ni yo mismo conocía y que me alegraba y sorprendía aún conservar. Una pureza que ni yo mismo sabía que llevaba dentro y que conocí contigo, le dije. Pero todo eso se terminó. Vi su rostro debilitado, confundido, los ojos grandes llenos de tristeza. Me senté a su lado y le dije quiero que sepas, Alessa, y por eso hemos venido hoy hasta esta clase, por eso estoy aquí ahora contigo, que a pesar de todo lo que hoy te he explicado en la pizarra, a pesar de que siempre lo más importante será romper las reglas y crear nuestro propio espacio, no siempre se puede crear algo nuevo. Me detuve un instante como para recomponer fuerzas y poder continuar, y después le dije que por mucho que uno esté dispuesto a pelear, dijo mi padre, la voz quebrada ahora también ante mí, tantos años después, a veces no basta la voluntad y uno tiene que rendirse, claudicar, entregarse. Quiero que sepas, le dije, añadió mi padre, la voz emocionada, que a veces el sistema, las normas, la costumbre, el pasado y el miedo son demasiado fuertes y nos impiden crear algo verdaderamente nuevo, o en todo caso nos cortan con violencia la posibilidad de hacer que permanezca lo que con tanto esfuerzo hemos creado. Y por eso, aunque sea duro, aunque sea tan duro que uno cree que no podrá soportarlo, a veces

hay que dejarse someter. Algunas veces uno tiene que reconocer que va a perder y es mejor retirarse a tiempo. Por eso ahora que este espacio que hemos creado ya se terminó, ahora que tendremos que volver a nuestras vidas sin el intermedio con el que antes contábamos, ahora que todo vuelve a ser como antes de conocernos, lo único que quiero es que nunca olvides lo que estamos conversando, y de esa manera quizá puedas evitar alguna vez, en el futuro, que alguien te haga daño. Porque eso, le dije, que nadie te haga daño, aunque sé que a la larga es imposible, aunque sé que a la larga todos terminaremos dañados, es ahora lo único que me importa. Y en ese punto, dijo mi padre, sentí que mis palabras se agotaron. No tenía nada más que ofrecer, me había quedado vacío. Alessa bajó la cabeza, como quien no puede reponerse de un repentino dolor, y después la levantó y me miró directamente. Alzó la cabeza, me miró y dijo una sola frase, una sola frase que me tomó por sorpresa y no quise o no pude interpretar. *I have time*, dijo. ¿Qué?, le pregunté, confundido, cambiando inconscientemente al español. Y ella respondió: *I have time*. *I have all the time*. Me sentí perturbado, más perturbado de lo había estado nunca, y como por instinto extendí mis manos y busqué las suyas. Y ella correspondió al gesto, tomó mis manos y en ese momento reconocí, tibia, palpitante, la superficie de su piel. Era el primer contacto directo que teníamos en todos esos meses, el primer contacto corporal porque nunca antes, dijo mi padre, nunca antes la había tocado. Le apreté las manos con fuerza, temeroso por un contacto amenazante, y repetí que lo único que quería era que nunca nadie le hiciera daño. Apenas se escucharon mis palabras vi que sus ojos inmensos empezaban a humedecerse. Nadie, absolutamente nadie, le dije, con súbito rencor, con un intenso rencor hacia la fuerza represiva que limitaba mis palabras a las que estaba pronunciando, nadie tiene que hacerte daño. Nunca. Dime que no lo vas a permitir. Le apreté las manos, suplicante, y ella me miró y dijo que no lo iba a permitir. Y entonces le solté las manos y le dije que me tenía que ir. Me puse de pie y avancé hacia la puerta. Oí su voz a mis espaldas llamándome por mi nombre. Me llamó por mi nombre tal como se había acostumbrado a hacerlo desde el día que olvidó su lápiz en mi oficina, con esa forma

de pronunciarlo que me estremecía. Pero esta vez no me volví a mirarla. Abrí la puerta con furia, la abrí como si quisiera arrancarla del marco, y después salí de la clase y crucé el sótano desierto y subí a la carrera hacia la primera planta, hacia el aire fresco y hacia la luz, sintiendo que cargaba con un dolor, un sentido de pérdida, del que jamás podría recuperarme. Y entonces, destrozado por dentro, como si me hubieran atacado a cuchilladas por dentro, pisé campo abierto y por un instante me sentí tentado de regresar, sentí el nítido impulso de volver a la carrera al sótano, bajar las escaleras como un animal herido, correr hacia el rincón, abrir la puerta con fuerza, avanzar por el aula silenciosa y lanzarme sobre ella con una intensidad que nunca, ni antes ni después, he conocido, con nadie. Pero me mantuve firme, dijo mi padre, la mandíbula dura, tensos los músculos de la cara, y seguí caminando, de vuelta a casa. Me mantuve firme y seguí caminando, repitió, de vuelta a casa.

Mi padre colocó un dedo sobre el cristal delantero del auto y pareció que iba trazar una línea, una horizontal que fuera como un límite, una marca como un punto final. Pero no lo hizo. Nunca más volví a verla, dijo, nunca más supe de ella, su rostro de pronto envejecido bajo la luz nocturna del estacionamiento vacío del Burger King. Pero a pesar de eso, dijo, a pesar de que allí termina objetivamente la historia, en realidad esa no fue para mí su conclusión definitiva. Lo peor, dijo mi padre, lo peor es que después, durante años, he recordado ese día y me he arrepentido muchas veces de haber escapado de esa historia tal como hice. Sé que actué correctamente, dijo, seguí las reglas, no solo las legales sino las personales, la lealtad, la responsabilidad, el compromiso. Sé que fue sensato huir de algo que definitivamente iba a terminar mal. Quizá tu madre me hubiera perdonado que pasara algo con esa chica, unos cuantos polvos, pero nunca la deslealtad absoluta de intentar una nueva vida con ella. Tu hermano y tú nunca hubiesen existido, tampoco hubiéramos podido disfrutar esta vida que hemos construido juntos. Pero sabes qué, dijo mi padre cambiando el tono, con una energía que resultaba incluso desafiante, sabes qué, los ojos le brillaban como de rabia, sabes qué, a pesar de todo eso, durante años,

en noches de insomnio, he vuelto a pensar en ese día y a veces, incluso hoy, a los sesenta años, me arrepiento de no haber seguido el impulso de volver, esa tarde, a la clase del sótano, donde esa chica todavía me esperaba, llorando. Me arrepiento incluso hoy, tantos años después, de no haber sido consecuente con lo que pensaba y no habérmela jugado por completo. Me arrepiento de no haber podido dejar de pensar teleológicamente, dijo mi padre, remarcando la palabra, como si en ella estuviera contenido un sentido que no necesitara explicación adicional. No pude dejar de pensar como si todo fuera un movimiento trascendente que nos iba a llevar, a tu madre y a mí, a algo más, en vez de entregarme a la pura inmanencia de ese momento irrepetible con esa chica, en un salón vacío de la Universidad de Texas, esa tarde de mayo de 1979. Me arrepiento, siguió, de pronto imparable, como si pudiera al fin liberar una confesión definitiva, por no haber sido más egoísta y más autodestructivo. Fui correcto o fui sensato o fui cobarde o todo al mismo tiempo, pero a la larga, con los años, igual uno se vuelve viejo, igual todo se va a la mierda. Y después de un silencio corto, violento, un silencio lleno de matices, mi padre golpeó el timón con los puños, fuerte, y produjo un ruido seco, una marca en el aire tenso del automóvil, y repitió: igual después todo se va a la mierda. Y unos segundos más tarde agregó que eso había sido suficiente y que mejor me llevaba a mi casa.

Encendió el motor y arrancó suave, concentrado, como si todo lo que me había contado hubiera quedado repentinamente atrás, desaparecido, inexistente, y prendió la radio y puso la misma estación de canciones antiguas y condujo en silencio hasta llegar a la puerta de mi edificio. Antes de despedirnos, mi padre, sin mirarme, como si lo importante fuese el mensaje y no a quién estaba dirigido, me dijo que había algo que quería entregarme. Se movió sin prisa hacia la parte posterior del vehículo, y de una ruma de papeles extrajo un sobre y me lo entregó. Ábrelo, me dijo. Yo obedecí y del interior del sobre extraje un pedazo de papel doblado por la mitad. Llévate esto, dijo mi padre. Ahora que te he contado esta historia ya no lo quiero más conmigo. Llévatelo y haz con eso lo que quieras. Desdoblé la hoja de

papel y reconocí una letra grande, femenina, que con trazos redondos, bien dibujados, decía *esto es triste.* Guardé el papel en mi bolsillo del pantalón, sin decir nada, y me despedí de mi padre con un beso quieto en la mejilla, un beso como no le daba desde que era niño. Y después bajé del auto, entré al edificio, subí las escaleras hasta el tercer piso y me metí a mi departamento. Encendí la luz de mi habitación y me quedé mirando las paredes vacías. Mi mano, dentro del bolsillo del pantalón, aferraba aún el pedazo de papel.

TERCERA PARTE

CONEJO GRIS

1

Cinco días pasé en casa de Adriana; cinco días el conejo estuvo abandonado a su suerte en mi departamento. No me había preocupado por él ni pensado en sus posibilidades de sobrevivencia, pero ese domingo, de vuelta de casa de Adriana, sentado en el asiento trasero del taxi, pidiéndole a gritos al conductor que acelere lo máximo posible, sentí la urgencia de llegar pronto, como si cinco días después una diferencia de minutos pudiese todavía ser relevante. Pero probablemente no lo era. Quizá me apresuraba demasiado tarde, como si en el fondo hubiera querido condenar al animal a esa muerte lenta, tortuosa, o como si me hubiera quedado cinco días con Adriana solo como una coartada para dejarlo morir en soledad porque ya no quería tenerlo más conmigo, escombro indeseable, resto de un pasado del que constituía la última ruina, lo único que se había mantenido inalterable, seis años en que las cosas se habían derrumbado pero él seguía conmigo, prueba del paso del tiempo y una destrucción que no cesaba. El conejo, viejo, cansado, los bigotes como alambres, hastío en la mirada, fue abandonado por cinco días, y esa tarde, cuando el taxi me dejó en la puerta de mi edificio y trepé los escalones hasta el tercer piso con desesperación, menos por esperanza que por la convicción de que era mejor enfrentarme cuanto antes a la certeza de su muerte y también a mi propia culpa, abrí la puerta, el corazón golpeándome el pecho, abrí la puerta preparándome para lo peor o acaso para lo que secretamente deseaba, y lo encontré sentado en un rincón, el pelo gris, las orejas caídas, el gesto inexpresivo. Pero no sentí ninguna emoción por su sobrevivencia. Hubiera querido alegrarme, pero mi cuerpo no respondió. Lo saludé a la distancia, el silbido distintivo que siempre utilicé para llamarlo y al que, en otras épocas, el animal reaccionaba con entusiasmo.

El conejo levantó las orejas, como siempre, muy erguidas, y las

movió de un lado a otro como calculando desde dónde llegaban exactamente los sonidos. Pero esta vez ejecutó el movimiento sin energía, gesto repetido, pura costumbre o instinto, y entonces, perturbado por la evidencia de que las cosas habían cambiado, perturbado a pesar de que no tenía ningún sentido que lo estuviera, me acerqué a mirar su plato y descubrí restos de comida adheridos al fondo de plástico. En su tazón aún quedaba un centímetro de agua, líquido inmóvil donde flotaba un polvillo que brillaba como escarcha. No había estado a punto de morir de sed, el recipiente siempre fue demasiado grande, innecesariamente grande para el tamaño del animal, pero esa desproporción acaso le había salvado la vida. Tomé el recipiente, fui a llenarlo de agua fresca, le serví una nueva ración de alimento, que para mi sorpresa no se apuró en probar. Y después saqué el teléfono del bolsillo y lo encendí con la intención de llamar a Adriana para decirle que el conejo estaba vivo. Que seguía vivo y que en ese mismo instante se asomaba a su plato de comida, lento, tranquilo, como si no hubiera ninguna urgencia en alimentarse, como si en el fondo no hubiera ninguna urgencia en seguir vivo, que era también lo que había aprendido con ella, la única conclusión nítida que pude obtener de la experiencia encerrado en su departamento. Ninguna necesidad de seguir vivo, ninguna prisa por trazar un plan, pensé, el teléfono en la mano, los dedos extendidos en el aire, como esperando una orden que no terminaba de pronunciarse, cuando me di cuenta de que esa llamada no tenía sentido alguno. No le había hablado a Adriana del conejo, tampoco tenía por qué llamarla. No éramos amigos, ni siquiera nos conocíamos bien, al menos no bajo los parámetros que la gente utiliza para suponer que ha llegado a conocer a otra persona. Y aunque en cierto sentido estaba seguro de que Adriana y yo sí habíamos llegado a conocernos muy bien, eso de ninguna manera significaba que tenía justificación para llamarla. Yo no era nadie para ella. Si no comprendí antes que lo ocurrido conmigo no era nada excepcional, no fue tanto por exceso de inocencia, sino porque Adriana me recogió en tal estado de abandono que yo no hubiera sido capaz de darme cuenta de nada. Quizá por eso no imaginé que el plan que ejecutó conmigo, desde la intercepción fuera

del edificio donde trabajaba su padre hasta la vieja historia de su concepción, obedecía a un esquema que ella seguía en los últimos dos años. Cada dos o tres meses identificaba a uno de los pacientes de su padre y se lo arrebataba tal como había hecho conmigo. Ocho o diez personas habían pasado por su departamento en los últimos dos años, me dijo ella, fría, indiferente, una intervención repetida, monótona, sin mayor alteración. Una oscura venganza o acaso una secreta competencia que debió colocarla al borde de la desesperación. Y por eso cuando me confesó la verdad, o lo que se suponía era verdad en medio de tantas sombras, supuse que esa confesión ocultaba el deseo de ser rescatada. Y por eso le pregunté cuánto tiempo más pensaba seguir haciendo lo mismo. Lo dije de tal manera que parecía sugerir que yo podía colaborar con su salvación, y por eso no me pareció injustificado que por toda respuesta ella se riera a carcajadas, como burlándose de mí, quizá no tanto por la insinuación de que conmigo podía irle mejor, sino acaso porque mi intención era demasiado previsible, reiterada, esquemática, como esquemático terminaba siendo todo en esa relación, una estructura concebida por su padre, veinticinco años antes, de la que no podíamos escapar. Pero esa conclusión no era cierta: yo sí podía escapar. No tenía por qué quedar atrapado en una historia que podía terminar destruyéndome. No tenía por qué seguir viendo a esa mujer que podía resultar peligrosa, pensé esa tarde, antes de tomar el taxi que me llevaría de vuelta a casa, a pesar de que me aliviaba saber que yo no era nadie especial para ella, y que por tanto no me iba a matar ni tampoco esperaría que yo, precisamente yo, fuera su cómplice si decidía atentar contra su padre. Y sin embargo esa tarde, el teléfono en la mano, me daba cuenta de que llamarla menos de una hora después de haberme despedido de ella en la puerta de su departamento, una despedida sin ninguna emoción, una absoluta indiferencia que podía interpretarse tanto como la certeza de que era transitoria como que era definitiva pero no tenía ninguna importancia, esa tarde descarté llamarla, y en rápida confusión, mis dedos empezaron a teclear el número de Emilia, que lo tengo memorizado muy en lo profundo, no necesito recordarlo para mover los dedos y formar su secuencia, pero en el momento en que

estaba a punto de pulsar la opción de llamada, reaccioné a tiempo y la cancelé. Sentí una breve satisfacción por haber sabido contenerme a tiempo, un pequeño triunfo que me produjo una pálida sensación de fortaleza. Me quedé de pie, el teléfono en la mano y pensé que en realidad necesitaba una voz masculina al otro lado de la línea. No era una chica con quien yo necesitaba hablar, sino una voz masculina a la que pudiera incluso someterme sin sentirme inferior. Y entonces busqué el número de mi padre y timbré a su celular. Y después de reconocer su voz amable y sorprendida, le pregunté si esa noche iba a estar en casa. Mi padre, sin hacer preguntas, sin detenerse en averiguar los orígenes de esa llamada tan repentina, dijo que sí estaría y que podía pasar a buscarlo cuando quisiera. Le di las gracias, una sola palabra, gracias, la voz quebrada al pronunciarla, sin que quedara claro por qué estaba exactamente agradeciendo, o acaso sí quedaba claro en el acto mismo de agradecer con voz temblorosa, colgué el teléfono y me cambié de ropa para tomar una siesta. Eran las cuatro de la tarde de ese domingo cuando me metí a la cama y cerré los ojos. Intuía que esa noche, la noche en que terminaría enterándome de las circunstancias que finalmente llevaron a mi propio origen, casi treinta años antes, en Austin, Texas, algo imprevisto iba a ocurrir. Y que aquello que estaba por suceder le pondría punto final a esta historia.

2

Esa noche, después de la conversación con mi padre, me costó mucho calcular qué era exactamente lo que había sucedido en el estacionamiento del Burger King. Incapaz de trazarle un límite a mi historia personal, inútil el intento de establecer fronteras a mi propia experiencia, el papel con la antigua caligrafía de Alessa en la mano, me descubría sumergido en ese único movimiento donde todas las historias se confunden, un único núcleo que no conseguía atravesar. Imaginé a mis padres juntos, esa noche de mayo de 1979, cinco años de matrimonio y el sexo por primera vez detentaba un objetivo que lo trascendía. Pero ya no importaba la callada insinuación de que las cosas habían ocurrido de esa manera. Ya no importaba si la trunca experiencia que mi padre me había contado fue el detonante que lo impulsó a tener un hijo: no era esa la razón por la que me contó su historia. Debía concentrarme en sus efectos más que en su origen, acaso la única manera de dejar atrás lo que me se guía bloqueando la posibilidad de un futuro que nunca llegaba. Esa noche la forma en que hasta entonces percibía a mi padre sufrió un veloz reajuste, no por simple cuestión comparativa ni por los múltiples paralelos que estallaban, sino porque mi padre había transmitido siempre la sensación de algo incompleto o inacabado, y detrás de esa fisura al fin emergía una vieja renuncia de cuya confesión no era él quien resultaba favorecido, no era mi padre quien estaba a tiempo de una compensación que, treinta años después, ya no era posible, sino que fui yo quien esa noche recibí exactamente lo que necesitaba. Y aunque la intensidad de esa experiencia fuera intraducible, aunque no pudiera ordenar en palabras no tanto la historia que me contó, sino más bien la renuncia que la motivaba, comprendía que nada hubiera podido desplazar lo que esa noche, en el estacionamiento del Burger King, mi padre me entregó. Entendí que, después de esa experiencia, ya no era

posible dar marcha atrás. *Esto es triste*, leí una vez más la hoja de papel, como si fuera necesario. *Esto es triste*: como si en el acto mismo de lectura algún significado que escapaba a su comprensión literal pudiera ser incorporado. Pero ese significado adicional no descansaba en ninguna de las tres palabras que construían la frase, ni tampoco en los espacios en blanco que las separaban, sino acaso en el trazo redondeado en el papel o en la materia misma del objeto. Y por eso la lectura repetida parecía necesaria, nocivo deleite que debía cuanto antes acabar. Fui a dejar el papel en la mesa de noche, cierta emoción cuando lo coloqué junto a la lámpara y lo disimulé bajo un cuaderno, paso intermedio entre su concluyente visibilidad y su directa eliminación, y después me volví hacia la esquina del cuarto que el conejo había acostumbrado ocupar. Me acerqué al animal, lento, cauteloso, sin dejarme paralizar por su aparente indiferencia, tan distinta a años anteriores, lo levanté en brazos y lo empecé a acariciar. Y mientras mis manos se deslizaban por su pelo, tenue contacto que me erizaba la piel, tuve la nítida sensación de estar ejecutando un gesto de otra época. Cerré los ojos y me dejé llevar por la fluidez de mis dedos sobre su pelaje, delicada intimidad a través de la cual se producía un efímero regreso hacia un pasado que pronto debía concluir. Lo seguí acariciando, el conejo me miraba, sus ojos como negras esferas que se extendían por todo el globo ocular. Siempre fue difícil adivinar adónde apuntaba su mirada: el anillo blanco que rodeaba el iris se mantenía invisible bajo los párpados. A veces, uno al lado del otro sobre la cama, sentía su mirada vigilante, pero no encontraba ningún signo corporal que me permitiera suponer que me estaba mirando a mí. Irritado por la falta de certeza, me acercaba al animal, los dedos como delicadas pinzas, y le abría suavemente los párpados. Y al develar el círculo blanco que se dibujaba alrededor del iris, surgía su mirada auténtica, intensa, dirigida hacia mí. Pero esa noche de domingo, después de hablar con mi padre, no necesité abrirle los párpados para entender que era yo el objeto de su mirada. Lo seguí acariciando, cada vez más lento, como anunciando el inminente final del contacto en su progresiva atenuación, y después de que mis manos quedaron inmóviles sobre su pelaje, estiré los brazos y

lo volví a colocar en el suelo. El animal rápidamente contrajo las patas y las escondió debajo del pecho. Yo lo quedé mirando y dejé que la decisión que estaba empezando a tomar, o más bien sus consecuencias, me fueran gradualmente penetrando. Un minuto después el proceso seguía su curso natural, y por eso un profundo abatimiento me embistió desde el interior. Debieron pasar dos o tres horas sin mayores variantes. En todo ese tiempo no recuerdo haber hecho nada más que acariciar al animal mientras dejaba que las cosas fueran avanzando lentamente hacia el punto al que tendrían que llegar. Y más tarde, al filo de la medianoche, cuando al fin comprendí que ya no quedaba ninguna posibilidad de retractarme, cogí el teléfono y volví a llamar a mi padre. Tenía miedo de que no me respondiera, pero después de tres o cuatro timbradas mi padre contestó, la voz calmada, ningún atisbo de sorpresa en su entonación. Le expliqué rápidamente lo que estaba pasando. Mi padre me escuchó sin decir nada. Le pregunté si podía pasar por mi casa. En cinco minutos salgo para allá, respondió y colgó. Y ese es el momento en que la realidad se desdibuja. Di media vuelta, lento, sintiendo que podía perder el equilibrio, y me acerqué a la ventana a esperar que mi padre apareciera. Miraba la pista vacía desde el tercer piso, pero la perspectiva estaba distorsionada y veía la calle como si estuviera dos metros debajo de mí, y de pronto surgió el auto en la esquina y yo empecé a descender por las escaleras a toda marcha, bajaba los peldaños muy rápido, una intensidad desmesurada me inundaba, una conciencia excesiva del presente, el tiempo como un objeto extraño que se había introducido en mi cuerpo, la realidad desenfocada, abrí la puerta y mi padre apareció en el marco, no dijo nada, esbozó un gesto de reconocimiento y se precipitó al interior como si no quisiera ser visto, rara complicidad sin palabras, no por callada menos cristalina, y así marchamos juntos hasta el tercer piso, entramos a mi departamento y de inmediato, sin mayor transición, fui a la cocina y busqué debajo de las cañerías una vieja canasta. La encontré sin dificultad, pero no me sorprendió su rápido hallazgo, no me sorprendió a pesar de que la buscaba por primera vez desde que Emilia se marchó de casa. Salí con la canasta empuñada en la mano,

mi padre miraba al conejo que descansaba en un rincón y después observó alternadamente al animal y a la canasta, como calculando si el objeto era el adecuado para transportarlo, y después una duda pareció invadirlo, no una duda trascendente, no el cuestionamiento de una conclusión que a esas alturas resultaba inapelable, sino cuál sería la secuencia hacia su ejecución final. Pero yo evité mirarlo a los ojos, como si temiera que el cruce de miradas pudiera desvanecer la convicción que hasta ese momento me animaba. Me acerqué al conejo y lo levanté del suelo. Mis ojos empezaron a llenarse de lágrimas y tuve la impresión de que el tiempo fracturaba su ritmo natural. Ejecutaba los movimientos como observándolos desde el futuro, desde un punto en el cual las acciones ya habían concluido, las realizaba como un recuerdo, lágrimas en los ojos, tensos los músculos de la cara, mi padre estiró las manos cuando el conejo ya estaba dentro de la canasta, como ofreciéndome ayuda para cargarlo, como si el objeto con el animal dentro tuviera un peso no solo físico sino también simbólico, y que ese peso simbólico de alguna manera tuviera una consecuencia material que dificultara su transporte. Pero yo rechacé su ayuda con un gesto, estiré la cabeza hacia la puerta, como pidiéndole que nos marchemos de una vez, y mi padre asintió y avanzó por delante. Bajamos las escaleras uno tras otro, la canasta entre las manos, salimos del edificio, mi padre abrió la puerta del auto, me acomodé en el lugar del copiloto, el mismo en el que unas horas antes había escuchado la historia de Austin, Texas, y escuché el zumbido del coche puesto en funcionamiento. Mi padre no encendió la música sino que empezó a conducir en silencio, las calles se movían detrás de la ventana abierta, mis manos buscaban desesperadas la piel del animal dentro de la canasta, el calor de su cuerpo y su palpitar, la energía de una vida que en cualquier momento podía suspenderse. ¿Estás seguro?, me preguntó. Le dije que sí. Mi padre levantó la barbilla y se miró brevemente en el retrovisor, apretó la mandíbula como siempre que parecía nervioso, acaso también contaminado por la fuerza inusual del presente, la presión de un tiempo que parecía más denso que de costumbre, mucho más denso y más insoportable, seguimos avanzando por un trayecto que parecía ilimitado, volvimos a

pasar por el Óvalo Monitor, pero esta vez no giramos hacia Olguín sino que seguimos directo por el Golf Los Inkas, el coche aceleró hasta el final de la avenida, mis manos acariciaban al animal a oscuras, en el interior invisible de la canasta, cerré los ojos, dejé que el tiempo se agotara, cada vez más claro lo que estábamos haciendo, cada vez más rotunda las consecuencias de su definición, pisamos la carretera y salimos por un puente, y sin darme cuenta nos internábamos por una calle muy pequeña, señal inequívoca de que estábamos a punto de llegar. Y de pronto el coche se detuvo y mi padre se volvió lento hacia mí y me preguntó una vez más si estaba seguro de lo que estábamos haciendo. Yo moví la cabeza afirmativamente, una súplica más que una respuesta, como si mi verdadera urgencia fuera ejecutar sin demora lo que debíamos hacer. Mi padre me dijo que lo espere y bajó del auto. Lo vi acercarse a una puerta, tocar el timbre y quedarse de pie, a la expectativa. Un minuto después surgió en el marco una sombra indistinguible, mi padre se volvió hacia mí, hizo una señal con la mano, un gesto que parecía indicar que lo espere allí un momento, como si existiera para mí otra alternativa posible, como si yo hubiera podido desaparecer cuando en realidad ni siquiera sabía dónde estábamos, hizo ese gesto breve con las manos y después desapareció en el interior de la casa. Me quedé esperando en el coche, el conejo bajo mi mano no parecía incómodo, ninguna intuición de que la noche no era rutinaria, ningún reconocimiento del peligro. Lo seguí acariciando y sentí el tiempo correr, la noche silenciosa, la pista vacía, lágrimas que se secaban en los ojos y fueron reemplazadas por algo más profundo, una tristeza que acaso no era susceptible de exteriorización. Mi padre reapareció en la puerta de la casa acompañado por otro hombre, se acercaron juntos al auto, yo dejé la canasta en el asiento del costado, y salí del auto para saludar al amigo de mi padre, a quien no conocía o al menos no recordaba. La realidad terminaba de desdibujarse cuando pisé el asfalto, el amigo de mi padre me extendió la mano y me dio una palmada en el brazo, corta, símbolo de confianza, y dijo un par de palabras que no logré entender, como si preguntara por otra persona, y entonces mi padre señaló el interior del vehículo y el hombre introdujo medio cuerpo en el coche

y sacó la canasta. Dijo unas palabras breves, como si le hablara a otra persona aunque al parecer se dirigía al conejo, y después pasó por mi lado, la canasta en la mano. Me dio la impresión de que me guiñó el ojo al pasar, pero no estoy seguro de que ese gesto haya sido real, quizá lo estoy simplemente imaginando, me mantenía serio, aturdido, y de pronto los tres entrábamos a la casa, pasamos por un pequeño jardín interior y distinguí una puerta cerrada a mi derecha, que parecía la entrada a una oficina pero era en realidad su consultorio. El hombre le entregó la canasta a mi padre, metió la mano al bolsillo de su pantalón y buscó una llave en la oscuridad. Sacó un manojo que resonó en el silencio, eligió la llave adecuada y al instante ingresamos al consultorio. El amigo de mi padre encendió la luz, una mesa apareció en el centro del recinto, superficie de metal, base plateada que de pronto, en el silencio de esa noche de domingo, me pareció amenazante. El amigo de mi padre avanzó hacia el rincón, donde un uniforme blanco colgaba de un perchero, lo extrajo con cuidado, dijo que regresaría en un momento y salió del consultorio. Lo seguí con la mirada y lo vi desaparecer por el jardín y meterse a su casa. A solas con mi padre, me preguntó si quería ir un momento afuera, al jardín, con el animal. Le dije que no. Le dije que lo único que quería era que todo terminara rápido. Pensé que hacía tiempo lo único que quería era que las cosas terminaran rápido, ese quizá había sido mi único deseo por muchos años, pero nunca se había cumplido. Me acerqué a la canasta y acaricié al animal, sin emoción, como convertido en otra persona, alguien mucho más fuerte o mucho más insensible, a pesar de que no sentía haberme vuelto insensible, sino que algo andaba como en suspenso, una máscara que funcionaba muy bien pero que en cualquier momento podía caerse. Mi padre me preguntó si quería esperar afuera, le dije otra vez que no. Me moví hacia un rincón del consultorio, donde me disponía a observar lo que en realidad no quería observar, pero que de alguna manera suponía necesario. El amigo de mi padre, bien enfundado en su traje de veterinario, volvió a pisar el consultorio, aparentemente de buen ánimo, entró acomodándose los guantes, los estiraba sobre las muñecas cuando ya los tenía calzados, pasó a mi lado y sonrió, los labios apretados, como

si supiera muy bien lo que estaba haciendo, sacó al animal de la canasta y después metió la mano al bolsillo de su pantalón y extrajo una bolsa, una bolsa blanca, sin ningún distintivo, una bolsa que me sorprendió que no tuviera absolutamente nada fuera de lo común, y haciendo un sonido con los labios, un sonido que al parecer pretendía ser amistoso, introdujo al conejo dentro de la bolsa, y después le pidió a mi padre que lo sostenga un momento en esa posición. Abrió unos cajones, sacó una jeringa y un frasco pequeño con un líquido transparente que al instante derramó dentro de la jeringa. Y después, el gesto concentrado, el veterinario chasqueó la lengua y acomodó al conejo de costado. El animal no manifestó el terror que acaso comenzaba a paralizarlo, ninguna señal de alarma, se dejó manipular muy tranquilo, el cuerpo distendido, la mirada indescifrable, las orejas parcialmente levantadas, la punta de la jeringa apuntaba al techo, el conejo gris puesto de lado, como próximo a un sueño placentero que quizá intuía, los ojos negros ocupando todo el globo ocular, estoy seguro de que no me miraba, la realidad se partía en dos y el conejo gris ya no me miraba, la jeringa empezó a cambiar de ángulo y descendió directamente sobre su lomo, tomó contacto con su piel y por un momento muy breve, un instante que de tan corto resultó casi imperceptible, el conejo reaccionó con un leve sobresalto, y de pronto el amigo de mi padre, los brazos firmes, el gesto concentrado, empujó el pulgar y la jeringa avanzó hasta el fondo, y después la fue extrayendo, lento, hasta que la sostuvo, vacía, lejos del cuerpo del animal. Golpeaba el tiempo, resonaban los segundos en mi cabeza como si los estuviera percibiendo con el oído, percibí el relajo en el cuerpo del animal después de unos segundos extraños en que pareció que no iba a ocurrir nada, unos segundos de suspenso en los cuales parecía que nada había sucedido y que pronto todo volvería a la normalidad, los dientes apretados, los puños que se formaban en mis manos cerradas, las patas traseras del animal se estiraron, lentas, hasta quedar rígidas dentro de la bolsa, y en medio del silencio expectante que dominaba el consultorio oímos nítidamente un chorro de orina que salió del cuerpo del animal y tiñó la bolsa de color amarillo. El veterinario se acercó al cadáver, se quitó los guantes y le corrió

suavemente los párpados para cerrarle los ojos. Me volví hacia la pared, blanca, vacía, sintiendo que ya no era el mismo mientras oía una conversación indescifrable entre mi padre y su amigo, ya no era el mismo cuando la mano de mi padre se posó en mi hombro y tampoco cuando, minutos después, cargaba una pequeña caja de cartón con el cuerpo del animal. Lo llevaba de vuelta al auto, esa noche de domingo, cuando escuché la voz de mi padre diciendo que fuéramos a su casa para enterrarlo en el jardín.

(conejo gris)

Ayer Emilia y yo pasamos por la tienda de mascotas, y vimos por primera vez al conejo gris. Patas blancas, pecho blanco, estiraba su pequeño cuerpo dentro de una jaula. Nos acercamos y metimos los dedos por las ranuras para acariciarle el hocico. Hoy volví a la tienda para comprarlo.

¿Cuándo nació?, le pregunto al vendedor.

Tiene cuatro semanas y media, me responde el muchacho, sacando al animal de la jaula.

¿Qué día exactamente?

No lo sé. Pero tiene cuatro semanas y media. Eso seguro.

Muy bien, le digo. Hoy es 26 de octubre. Viernes 26 de octubre de 2001. Hay que restarle cuatro semanas y media. ¿Cuánto es eso? ¿22 de setiembre? ¿23?

Saco los billetes y pago. Decido que el cumpleaños del conejo será el 23 de setiembre y que voy a recordarlo todos los años. Recibo al animal metido en una caja y empiezo a caminar de vuelta a casa. Imagino la alegría de Emilia cuando me vea llegar con él. Camino con el conejo en brazos sin imaginar que nuestra historia será tan larga, ninguna pista para sospechar lo que nos espera en los seis años en que seguiremos juntos. Por eso sonrío muy tranquilo mientras camino a casa con el conejo en brazos. Siento el calor de su cuerpo y su movimiento sobresaltado dentro de la caja. Miro las calles que de pronto me parecen luminosas, miro la gente pasar y me siento bien, me siento realmente bien, como si este fuera un verdadero inicio, un comienzo prometedor. Por eso me siento muy bien aquí, esta mañana de primavera de 2001, caminando con el conejo en brazos, de vuelta a casa. Estoy muy bien aquí, mirando el futuro con optimismo. Mirando todo con mucho optimismo.



Un hombre se acaba de separar de su mujer. Se siente desvalido y empieza una terapia. Una tarde, en la sala de espera del consultorio, conoce a Adriana, una supuesta paciente que resulta ser una joven manipuladora, y se involucra sexualmente con ella. Pronto Adriana le revela los traumas de su nacimiento y desata una madeja de confidencias perversas que lo descolocan aun más. Además está la inesperada confesión de su padre: alrededor de los treinta años -la misma edad que él tiene ahora-, siendo profesor de español en Estados Unidos, se enamoró de una alumna. Esa historia de apariencia inocua destapa recónditas reflexiones en torno a las decisiones que moldean nuestra vida, la valentía o pesadumbre que estas implican y sus a menudo sofocantes consecuencias.

Austin, Texas 1979 es una novela sobre las fisuras del yo, sobre la masculinidad y sus exigencias, sobre la paternidad y el desengaño, pero principalmente es un libro acerca de la voluntad de deshacerse de uno mismo para empezar otra vez.

FRANCISCO ÁNGELES

Lima, 1977. Escritor, crítico, periodista y blogger. Estudió Literatura en Universidad Nacional Mayor de San Marcos. En 2008 creó el portal literario Porta9 y desde 2005 codirige la revista de literatura *El Hablador*. Ha publicado las novelas *La línea en medio del cielo* (2008) y *Austin, Texas 1979* (2014). Actualmente vive en Filadelfia, donde escribe en simultáneo su tercera novela y una tesis doctoral en la Universidad de Pensilvania.

AUSTIN, TEXAS 1979

Avenida Ricardo Palma 341, Oficina 601, Miraflores, Lima, Perú

Literatura Random House es un sello editorial de Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

ISBN ebook: 978-612-4271-07-6

Primera edición digital: octubre de 2016

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Michael H. Lazo

Edición digital disponible en www.megustaleer.com.pe

Conversión a formato digital: Libresque



Índice

Austin, Texas 1979
Dedicatoria
Epígrafe
Primera parte. Invierno en Lima (2007)
Segunda parte. Austin, Texas 1979
Tercera parte. Conejo gris
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos